

SEGUNDA EDICIÓN

# ARQUEOLOGÍA DE LA CORDILLERA ANDINA DE MÉRIDA

TIMOTE, CHIBCHA Y ARAWAKO

Gladys Gordones Rojas / Lino Meneses Pacheco



UNIVERSIDAD DE LOS ANDES  
MUSEO ARQUEOLÓGICO "GONZALO RINCÓN GUTIÉRREZ"  
EDICIONES DABÁNATÀ

Arqueología de La Cordillera Andina de Mérida  
Timote, Chibcha y Arawako



Gladys Gordones Rojas  
Lino Meneses Pacheco

Arqueología  
de La  
Cordillera Andina de Mérida  
Timote, Chibcha y Arawako



**Arqueología de la Cordillera Andina de Mérida. Timote, Chibcha y Arawako**

© Gladys Gordones Rojas / Lino Meneses Pacheco

© Museo Arqueológico “Gonzalo Rincón Gutiérrez”/ULA

Primera edición, 2005

Segunda edición, 2020

Museo Arqueológico “Gonzalo Rincón Gutiérrez”/ ULA

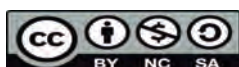
Ediciones Dabánatà

Fotografías de la portada:

Colección Museo Arqueológico “Gonzalo Rincón Gutiérrez”

Fotos: Enrique Granados

Diagramación y cuidado de la edición: Ediciones Dabánatà



Licencia Creative Commons

Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY:

Depósito Legal: ME2020000005

ISBN: 978-980-18-1005-6

DOI: 10.53766/BA/ACAM.2020

# INDICE

Presentación	6
Introducción	19
Las investigaciones arqueológicas y los grupos étnicos de Mérida	25
Las fronteras etnolingüísticas de la Cordillera Andina de Mérida en los siglos XVI y XVII	45
Cerámica y etnicidad. El material cerámico como expresión de la etnicidad	65
Los grupos étnicos de la Cordillera Andina de Mérida	89
Bibliografía	109

# PRESENTACIÓN

Gladys Gordones y Lino Meneses me han solicitado, y honrado con ello, presentar esta obra, la cual es de vital importancia para la comprensión de la historia antigua de Venezuela. Conocemos a Gladys y Lino desde los años ochenta del pasado siglo, cuando cursaron con nosotros varias asignaturas en la Escuela de Antropología de la Universidad Central de Venezuela; luego, en el caso de Lino, tutorié su Trabajo Final de Grado para obtener la licenciatura en Antropología y, en el de Gladys, fui su tutora durante su maestría en etnología, mención etnohistoria en la Universidad de Los Andes. Ya desde su época de estudiantes, ambos destacaron como interesados en la búsqueda, comprensión y explicación de las raíces históricas de Venezuela, en la realización de su estudio sistemático y, fundamentalmente, en tratar de desentrañar la necesaria vinculación que existe entre ese pasado y las actuales condiciones de existencia de nuestro país.

Es en relación a esas metas en donde se enmarca la presente obra de Gladys y Lino; los autores logran no sólo una sistematización de los resultados de los estudios antropológicos y arqueológicos sobre la zona altoandina, en particular sobre la Cordillera de Mérida, sino que ofrecen asimismo un novedoso cuerpo de datos basados en las investigaciones etnolingüísticas de la región.

Tal como los autores señalan, ya desde finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX, la zona andina ha constituido un polo de atracción para los y las investigadores/as de la vida social antigua. En tal sentido, Sanoja apunta que los estudios que se comenzaron a desarrollar desde comienzos del siglo XX enfatizaron particularmente el análisis etnológico, lo cual permitió obtener una visión detallada de las características culturales de las sociedades andinas para el período de contacto. Destacan en este sentido los trabajos realizados por Julio Salas (1908), Ignacio Lares (1907), Tulio Febres Cordero (1921), Mario Briceño Iragorry (1928) y Alfredo Jahn (1973), (Sanoja, 1986:4).

Para mediados del siglo XX, el insigne investigador venezolano Miguel Acosta Saignes (1952) define el área cultural andina con base a una combinación de datos lingüísticos y culturales. Este último autor en particular —a nuestro juicio— ofrece para su época el análisis más comprensivo sobre las poblaciones andinas, principalmente porque no sólo se aboca hacia la definición de la región como un área cultural, sino que logra ofrecer una explicación que trasciende las críticas y aburridas listas de rasgos culturales. Nos ofrece en cambio una imagen de grupos humanos vitales estructurados en sociedades, así como de los procesos sociales e históricos que las conformaron. Acosta Saignes incluye proposiciones sobre las filiaciones lingüísticas de los grupos humanos andinos, caracteriza sus sistemas productivos, describe la presencia de redes de intercambio y otros elementos socioeconómicos y socioculturales. Con su modelo analítico, Acosta Saignes privilegió una visión de los grupos andinos basada en la eficacia de sus procesos productivos y sus organizaciones sociales, describiendo prolijamente los modos y formas del trabajo, los sistemas de relaciones sociales, las posiciones de los agentes sociales en la producción, los instrumentos y medios de trabajo y el ceremonialismo, entre otros aspectos (Vargas, 1986).

Este libro de Gladys Gordones y Lino Meneses puede ser considerado como continuador de la línea de investigación sociohistórica iniciada por Acosta Saignes a mediados del siglo XX. Como ellos mismos señalan en la Introducción de la obra, intentan lograr con ella un conocimiento más profundo al general y relativamente poco detallado que existe sobre la zona, profundizándolo no sólo gracias a un enfoque integral de las ocupaciones humanas para lo cual incorporan en el análisis nuevas evidencias arqueológicas, documentales y lingüísticas, sino también histórico en el sentido de concebir a tales ocupaciones como el resultado de procesos históricos concretos (Vargas, 1990 y 1999).

Un elemento a destacar en los análisis realizados por Gordones y Meneses en esta obra —de primerísima relevancia en la actual coyuntura sociopolítica que vive el país— son los referidos a la importancia que le otorgan a la enseñanza de la historia aborígen. Este trabajo de los autores ayudará, estamos seguros, a tratar de solventar la presente pobreza de

información que existe sobre la historia venezolana precolonial, al mismo tiempo que —de ser incorporado a la enseñanza que se imparte en las escuelas nacionales— contribuirá a la diseminación de conocimientos que cuestionen la ideología hegemónica que han generado las historias tradicionales oficiales, cargadas de imágenes negativas sobre los orígenes sociales e históricos de nuestra población (Vargas y Sanoja, 1990, 1993, 1999; Vargas, 1995, 1999).

Luego de una detallada revisión y discusión de los datos lingüísticos y arqueológicos publicados, Gladys y Lino afirman la coexistencia en la sierra de Mérida de varios grupos étnicos distintos, quienes ocuparon el estado Mérida antes del contacto. En relación a estas conclusiones de Gordones, Meneses, conviene destacar, por una parte, los planteamientos de Barth (1976) y de Díaz Polanco (1987, 1988) sobre cómo se dan los procesos de estructuración y la dinámica de los grupos étnicos y, por la otra, los de investigadores como Bate (1984) y Navarrete (1990) quienes han trabajado el tema de la relación entre etnicidad, cultura e identidad.

Según Barth, son los límites étnicos los que definen a los grupos y no el contenido cultural que posean, ya que se trata de límites sociales empleados por esos grupos para indicar afiliación y exclusión. Señala asimismo que, si se insiste en considerar a la cultura de los grupos étnicos como característica primaria para su definición, “Las diferencias de los grupos se convierten en simples diferencias en el inventario de rasgos; la atención se concentra en el análisis de las culturas y no en la organización étnica.” (1976: 13). Barth no desdeña la cultura de los grupos étnicos, sino que la considera “... una implicación o un resultado...”, y dice además que “El vínculo positivo que conecta varios grupos étnicos en el seno de un sistema social circundante depende de la complementariedad de los grupos respecto a algunos de sus rasgos culturales característicos.” (1976:12, 22). Señala Barth, asimismo, que “... la persistencia de los grupos étnicos en contacto implica no sólo criterios y señales de identificación, sino también estructura de interacción que permite la persistencia de las diferencias culturales.” (1976: 18). Para el autor, son los límites étnicos los que canalizan la vida social y no están basados necesariamente en la ocupación de territorios exclusivos.



En relación a este último elemento, otro autor como González apunta para el caso de la Grecia central, que la conciencia de su origen era la que permitía que los pueblos de la región pudieran distinguir dentro de su conciencia étnica un territorio propio (2005: 3). Por otro lado, las fronteras étnicas han sido consideradas por algunos autores (González, 2005) como la expresión de los grupos étnicos con definidas identidades en espacios territoriales concretos, basadas en la conciencia de sus orígenes. Ello permite a los individuos definir, según el investigador, sus territorios originales, primordiales e históricos (González, 2005: 3-5); diríamos nosotros, gracias a que existe una suerte de unidad histórica entre el origen del grupo, el paisaje y la cultura.

La posibilidad de lograr una definición de los territorios y las fronteras étnicas usando datos antropológicos y arqueológicos son fundamentales hoy día para los pueblos indígenas, quienes plantean como una de sus reivindicaciones básicas el reconocimiento por parte de los Estados nacionales de sus territorios históricos (FIPI, 1990).

Para Díaz Polanco (1988), la etnicidad constituye "... un complejo particular que involucra, siguiendo formas específicas de interrelación, ciertas características culturales, sistemas de organización social, costumbres y normas comunes, pautas de conducta, lengua, tradición histórica, etc." (1988:20); mientras que el grupo étnico, la etnia es para el autor "... el conjunto social que ha desarrollado formas de identidad enfatizando los componentes étnicos." (1988:21). Dice Díaz Polanco que los grupos étnicos, y, en consecuencia, lo étnico, no puede desvincularse de la estructura socioeconómica en la que se inserta, y apunta además "...todo grupo social posee una dimensión étnica propia..." (1988:20).

Bate, por su parte, complementa las definiciones anteriores de Díaz Polanco categorizando los factores de la etnicidad en un intento para lograr "...explicar una comunidad de rasgos que identifican la particularidad de los grupos sociales..." (1984: 54). El autor analiza los factores de reproducción diferencial de la identidad social, considerando que el "... aspecto donde más claramente se evidencia la identidad individual objetiva de un grupo social (etnia, clase o nación) es precisamente su cultura." (1984: 61).

Tanto las ideas del investigador noruego como las de Díaz Polanco y Bate son pertinentes para lo que nos ocupa, toda vez que la obra que prologamos enfatiza sobre la existencia de varios grupos étnicos en la zona altoandina y sobre la intensidad de su interrelación, elementos inferidos a partir de dos cuerpos de datos primarios: los etnolingüísticos, usando la presencia, ausencia y distribución de topónimos y antropónimos así como afinidades léxicas, como criterios para establecer fronteras etnolingüísticas, áreas lingüísticas y afinidades étnicas, y los arqueológicos, empleando la distribución de estilos alfareros como manera para inferir la presencia de varios grupos étnicos y distintas etnicidades.

En relación al primer conjunto de datos, conviene destacar que otros autores, como es el caso de González (2005), apuntan que, en realidad: "...la relación entre lengua y etnicidad no está determinada por unas condiciones estables e invariables, de modo que la lengua no está siempre presente como un componente de la etnicidad." (2005: 3). Según el autor, la lengua y los dialectos pueden ser considerados, en situaciones concretas, como elementos secundarios en la construcción de las identidades étnicas. Es posible que, en las situaciones históricas concretas del área andina, la lengua fuese un elemento primario en las identidades étnicas, tal como señalan la mayoría de los y las autoras que trabajan sobre el tema (Díaz Polanco, 1988; Barth, 1976; Bate, 1984, entre otros/as). Y es quizás por esta última consideración que, a pesar de los planteamientos de González que hemos señalado, Gordones y Meneses –basados en las ideas de Ana Groot y Eva Hooykas, entre otros/as– consideran que el manejo de una lengua común constituye un elemento fundamental para establecer la existencia de afinidades étnicas. Destacan, asimismo, que un estudio toponímico y antroponímico les permitió inferir, para la región andina de Mérida, la presencia de áreas lingüísticas globales y de lenguas estructuralmente iguales o diferentes.

En tal sentido, son muy interesantes y valiosas sus conclusiones sobre la existencia de varios grupos, diferenciados étnicamente, en la ocupación de la Cordillera de Mérida. Según los autores, existió una oleada de población, hablante de la lengua timote, proveniente de la zona trujillana, la cual se ve atestiguada por la presencia de sitios arqueológicos en la parte

alta del río Chama, fechados radiocarbónicamente entre 1500 y 450 años antes del presente, que presentan afinidades estilísticas con los trujillanos fechados alrededor del siglo V de la era; otro grupo, originario de la zona Sur del Lago de Maracaibo, anterior al siglo V de la era, de filiación chibcha, que ocupó la cuenca baja de los ríos Chama y Mocotíes, y un tercero, de filiación arawaka, proveniente de los Llanos Altos Occidentales que se asentó en el área suroriental del estado Mérida que limita con el estado Táchira. Son igualmente importantes las conclusiones de los autores sobre la presencia de una frontera étnica en la zona de Mucuchíes, misma que separaba y unía a las poblaciones arawakas del noroccidente (Lara-Falcón) de las timote hablantes que ocupaban la porción altoandina de Mérida. Aunque los investigadores no lo declaran explícitamente, deben haber existido en algún momento otras dos fronteras étnicas, o al menos un par de líneas fronterizas: una al sur y otra al sureste, que delimitaban el territorio timote y separaban y unían a los grupos altoandinos de los que ocupaban las áreas bajas vecinas al sureste y el suroeste.

La argumentación de Gladys Gordones y Lino Meneses sobre la existencia de grupos y fronteras étnicos diferenciados para el período de contacto en la Cordillera de Mérida nos parece muy convincente. Queda por solventar, no obstante, si la utilización que hacen los autores de la lengua y la cerámica para su establecimiento –ambos elementos culturales– daría respuesta a la reconstrucción de los límites étnicos, elemento social que, según Barth, es definitivo para el reconocimiento de un grupo étnico. Habría que tomar en consideración, asimismo, si lengua y cerámica hacen eco con planteamientos como los de González sobre la construcción social de la identidad étnica, pues el autor señala que “Para la definición de la identidad étnica importa más lo que los propios actores dicen de sí mismos que lo que hacen o hubieran hecho.” (González, 2005). Por otra parte, si como señala este investigador, los elementos que conforman la identidad étnica tienen diferente presencia, importancia y composición interna, habría que considerar cuál era el grado de importancia que tuvieron la lengua y la cerámica en la conformación de las identidades étnicas de los grupos andinos. Igualmente, si consideramos que –según González–entre

los grupos étnicos pueden confluír varias identidades étnicas ¿Se podría considerar a las afinidades étnicas que reportan las investigaciones etnolingüísticas (la presencia de elementos de la lengua arawaka en el timote, por ejemplo) como expresión de varias identidades étnicas que confluyeron dentro de estos grupos en el pasado? En relación a esta interrogante, es pertinente tomar en consideración la aseveración de Barth sobre cómo las estructuras de interacción propician la identificación y persisten las diferencias culturales.

Sería interesante explorar también por qué y con base a qué les fue posible a los grupos étnicos una vez asentados en la Cordillera de Mérida: timotes, chibchas y arawakos mantener sus fronteras y en consecuencia sus territorios e impedir que los procesos de colonización continuaran hasta ser sustituidos tales grupos por nuevas oleadas de población. Lo anterior es plenamente relevante para explicar la estabilidad o inestabilidad de los grupos en un territorio ya que las fronteras étnicas cumplen diferentes funciones; por una parte, marcan los límites de la soberanía política, por la otra poseen diferentes aprovechamientos económicos e influencia antrópica y, finalmente, constituyen la primera línea de defensa o ataque (González, 2005). Es posible que los tres circuitos económicos que describen Gordones y Meneses para el estado Mérida estén relacionados, precisamente, con las tres fronteras étnicas mencionadas y en consecuencia con sus territorios, ya que pensamos que, si como plantea González, es la conciencia étnica la que sirve a los grupos para definir su territorio étnico, esa conciencia no basta por sí sola para lograr mantener la ocupación territorial.

Podríamos preguntarnos, con base a lo anterior ¿poseían ya los primeros emigrantes larenses una conciencia de unidad, una conciencia étnica y por lo tanto reconocían un territorio histórico? o, por el contrario ¿crearon o fraguaron los timote trujillanos y merideños que emigraron en tiempos remotos desde Lara una conciencia étnica en los nuevos espacios y construyeron así socialmente su territorio histórico? Si la respuesta a esta última pregunta fuese afirmativa, podríamos plantearnos que en el territorio de esos grupos pudieron haber existido dos núcleos principales: el área conformada por los valles de Carora, Quíbor y el Tocuyo y el piedemonte

trujillano, posible territorio ancestral de las antiguas poblaciones agroalfareras del Noroeste, y la zona trujillana colindante con Mérida hasta Mucuchíes. Esta posibilidad se ve reforzada si tomamos en consideración que es precisamente en esas localizaciones donde aparecen los santuarios y sitios sagrados, tales como Niquitao, Jajó, etc., donde estaban ubicados los temples de madera dedicados a la diosa Icaque, en los cuales los sacerdotes o mohanes pronosticaban la suerte de las futuras cosechas. Las poblaciones que acudían a dichos temples con ofrendas propiciatorias, no parecen haber sido sólo las altoandinas, jugando así la religión un papel integrador a nivel interétnico. Las figurinas humanas que aparecen en los sitios arqueológicos de dicha región parecen señalar preferentemente a mohanes y a mujeres en edad púber, quienes quizás desempeñaban alguna función social en las actividades rituales, cuya vestimenta los/as relaciona con las figurinas existentes en las tierras bajas de Trujillo. Ello parece indicar que el núcleo territorial trujillano-merideño tuvo para los emigrantes larenses una importancia decisiva en la definición de su conciencia étnica. Es importante señalar también que la contradicción entre los grupos de las tierras bajas con los altoandinos parece acentuarse a partir de los siglos IX y X de la era, cuando estos últimos consolidan su modo de vida fundamentado en el dominio de la tecnología hidráulica y la agricultura en terrazas que ya había comenzado en el valle de Quíbor para inicios de la era cristiana.

Un aspecto que nos parece relevante resaltar para explicar la intensa dinámica histórica que refleja el poblamiento del estado Mérida y en particular el altoandino en la cordillera es el que refiere a cómo se da la estructuración de la Región Geohistórica del Noroeste de Venezuela como un todo, en especial porque —como Gladys y Lino señalan— la Cordillera de Mérida fue ocupada por distintas oleadas de población provenientes de Lara-Trujillo, del Sur del Lago de Maracaibo y de los Llanos Altos Occidentales. La Región Geohistórica del Noroeste de Venezuela parece haber sido un área nuclear para el desarrollo sociohistórico de las poblaciones precoloniales del Occidente del país. Al inicio existieron sociedades agroalfareras vinculadas con las sociedades formativas tempranas del noroeste de Suramérica, como la Tradición Valdivia, a partir de las cuales surgie-

ron poblaciones locales que parecen haber dado origen a las comunidades humanas de la Cuenca del Lago de Maracaibo. En una fecha estimada alrededor de 3000 años ap., aparece la tradición Santa Ana en el noroeste de Venezuela, la cual representa lo que podríamos llamar un Formativo Regional. Entre 500 y 300 a.C., se desarrollan a partir de ella tradiciones regionales como Tocuyano, Betijoque y La Pitía, donde ya aparece la domesticación, posiblemente secundaria, de una raza de maíz local, la Pollo. A partir de inicios de la era cristiana surgen las tradiciones arqueológicas asociadas con sociedades complejas que caracterizarán el poblamiento humano del Noroeste hasta el siglo XVI (Sanoja y Vargas, 2003).

Estos datos sobre la conformación de la Región Geohistórica del Noroeste venezolano son particularmente significativos, especialmente si consideramos que las tres zonas que dan cuenta de las oleadas de población que definen Gordones y Meneses para la Cordillera de Mérida tuvieron su foco de origen a partir del área nuclear larense-trujillana. El sitio Los Dorados, vecino a Chiguará (Sanoja y Vargas, 1967) y el yacimiento Tabay, en las cercanías de la ciudad de Mérida (Osgood y Howard, 1943), presentan claras filiaciones estilísticas con Santa Ana, una de las tradiciones culturales más antiguas de la Región Geohistórica, lo cual plantea que las ocupaciones merideñas de esa gente pudieran ser muy anteriores al siglo V de la era.

En lo que atiene a la utilización de los datos arqueológicos cerámicos en la definición de grupos étnicos es necesario recordar, también, que la producción alfarera en todos los grupos tribales conocidos era y es realizada por mujeres, por lo que habría que considerar que si bien la presencia de un determinado estilo decorativo y un régimen de formas en una región refleja la pertenencia étnica de las mujeres que los elaboraron, su distribución espacial depende en mucho del tipo de estructura socioeconómica de la sociedad a la que esas mujeres pertenecían. Los datos etnohistóricos y arqueológicos sobre las sociedades estratificadas que se manifestaron en toda el área del Caribe desde comienzos de la era cristiana hasta el siglo XVI informan que las mujeres devenían un elemento fundamental en la estructuración de las alianzas y redes de intercambio de los cacicazgos, por lo que existía una férrea normativa que regulaba las

uniones matrimoniales intra e interétnicas. Este carácter de control sobre las mujeres contrasta fuertemente con lo que ocurría entre grupos tribales igualitarios, donde existía más estabilidad y circunscripción de las mujeres dentro de sus grupos étnicos y, en consecuencia, la producción cerámica parece haber sido más definitoria de la etnicidad de cada grupo.

Estas ideas son importantes especialmente si tomamos en cuenta que tradicionalmente se ha considerado a los grupos altoandinos como tribales jerárquicos, con una estructura social desigual basada en rangos y jerarquías sociales. En este sentido, Clarac reafirma el carácter desigual de la estructura social de los grupos merideños, expresado en la apropiación de sobre trabajo mediante el pago de tributos (1996: 32-33). De la misma manera, es conveniente señalar que los grupos arawako provenientes del norte y de los Llanos Altos Occidentales han sido considerados, asimismo, tribales jerárquicos. (Salazar, 2002).

Por otro lado, gran parte de los datos arqueológicos utilizados por Gordones y Meneses provienen de sitios con fechados anteriores a la invasión europea. Es sabido que uno de los primeros y más nocivos efectos de la conquista y colonización ibera, sobre las poblaciones indígenas originarias en general, fue la dislocación de sus estructuras sociales y la desagregación de los diversos individuos que las conformaban. Los resguardos, los pueblos de misión, pero sobre todo las encomiendas actuaron en la desestructuración de las etnias indígenas, y deben haber influido negativamente en la libertad relativa que poseían las mujeres para reproducir por medio de la alfarería sus etnicidades. Aunque Clarac apunta que en el caso merideño los españoles respetaron al comienzo de la colonización, de alguna manera, las divisiones territoriales de las sociedades indígenas (1996: 25), Edda Samudio informa que los trabajos urbanos contractuales de los/as indígenas fueron característicos en Mérida entre los siglos XVI y XVII (1988: 234).

Todas las interrogantes que planteamos en los párrafos anteriores demuestran el carácter sugerente, estimulador y provocativo de la obra *Arqueología de la Cordillera Andina de Mérida*. Invitamos a los lectores a disfrutar y aprender de su lectura. Dejemos, pues, que Gladys y Lino hablen.

Bibliografía

- Acosta Saignes, Miguel. 1952. El área cultural prehispánica de Los Andes venezolanos. Archivos Venezolanos de Folklore. (1):1.
- Barth, Fredrik. 1976. Los grupos étnicos y sus fronteras. Fondo de Cultura Económica. México.
- Bate, Luis Felipe. 1984. Cultura, clases y cuestión étnico-nacional. Colección principios. Juan Pablos Editor. México.
- Clarac, Jacqueline. 1996. Las antiguas etnias de Mérida. En: Mérida a través del tiempo. Pps. 23-51. Consejo de Publicaciones. Universidad de Los Andes, Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez, CONAC. Mérida.
- Díaz Polanco, Héctor. 1987. Etnia, nación y política. Colección principios. Juan Pablos Editor. México.
- \_\_\_\_\_1988. La cuestión étnico nacional. Distribuciones Fontamara 53. México.
- Frente Independiente de Pueblos Indios (FIPI). 1990. Reforma constitucional. Un nuevo cambio de piel del indigenismo. Boletín de Antropología Americana. (21): 149-160.
- González, José. 2005. Identidades y fronteras en Grecia Central. <http://www.uam.es/proyectosinv/sterea/ethnos>.
- Navarrete, Rodrigo. 1990. Cerámica y etnicidad. GENS 4 (2): 5997.
- Osgood, Cornelius y George Howard. 1943. An argaeological survey of Venezuela. Yale Publications in Anthropology. No. 27. New Haven.
- Salazar, Juan J. 2002. Sociedades complejas. Período del contacto en el Noroccidente de Venezuela. MS. Tesis de Maestría. Biblioteca de la Maestría en Etnología. Escuela de Historia. Facultad de Humanidades. Universidad de Los Andes. Mérida.
- Samudio, Edda. 1988. El trabajo y los trabajadores en Mérida colonial. Fuentes para su estudio. Universidad Católica del Táchira. San Cristóbal.
- Sanoja, Mario. 1986. La formación del área cultural andina. GENS 2 (1): 4-17.
- Sanoja, Mario e Iraida Vargas. 1967. Proyecto de Arqueología del



Occidente de Venezuela. Primer Informe General. Revista de Economía y Ciencias Sociales. Año XII, No. 3. Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales. U.C.V. Caracas

\_\_\_\_\_1999. Orígenes de Venezuela. Comisión Presidencial del V Centenario de Venezuela. Editorial Centauro. Caracas.

\_\_\_\_\_2003. La Región Geohistórica del Noroeste de Venezuela y el Poblamiento antiguo de la Cuenca del Lago de Maracaibo. Boletín de Antropología. Universidad de Antioquia. 17 (34): 185-208.

Vargas, Iraida. 1986. Desarrollo histórico de las sociedades andinas antiguas de Venezuela. GENS 2 (1): 18-40.

\_\_\_\_\_1990. Arqueología, Ciencia y Sociedad. Editorial Abre Brecha, Caracas.

\_\_\_\_\_1995. The perception of history and archaeology in Latin America. A theoretical approach. En: *Makin Alternative Histories*. Pps. 47-67. School of American Research Advanced Seminar Series.

\_\_\_\_\_1999. La Historia como Futuro. Fondo Editorial Tropykos y FACES, U.C.V. Caracas.

Vargas, Iraida y Mario Sanoja. 1990. Education and political manipulation of history in Venezuela. En: *The excluded past: Archaeology in Education*. Pps. 50-60. Unwyn Hyman. Londres.

\_\_\_\_\_1993. Historia, Identidad y Poder. Fondo Editorial Tropykos, Caracas.

**Iraida Vargas Arenas**

Caracas, junio 2005



# INTRODUCCIÓN

El interés por conocer quiénes eran y de dónde venían los pobladores indígenas de la región andina venezolana, y en especial los de la Cordillera Andina de Mérida, nos lleva a remontar nuestra mirada hacia finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, época que marca los inicios de la ciencia antropológica en Venezuela. Los trabajos pioneros de José Ignacio Lares (1950), Adolfo Ernst (1913), Julio César Salas (1971-1997), Alfredo Jahn (1973), Tulio Febres Cordero (1921) y Gaspar Marcano (1971), iniciaron desde una perspectiva antropológica los diversos caminos por donde comenzaron a transitar los diversos planteamientos sobre adscripción étnica de los antiguos habitantes de Los Andes venezolanos.

Los datos sobre las costumbres, la lengua, la ubicación geográfica y su posible vinculación con grupos de la cultura colombiana, llevaron a cada uno de estos estudiosos a plantear la existencia de uno o varios grupos étnicos para la región andina. Según Lares (1950) y Jahn (1973) la Cordillera Andina de Mérida estaba habitada en tiempo prehispánico por los Timotes y para Salas (1997) por los Mucu.

A mediados del siglo XX el antropólogo venezolano Miguel Acosta Saignes (1954) propone el término “Timoto-Cuica”, para denominar el área cultural andina. Esta definición y sus diversas variantes influyeron en la discusión sobre el poblamiento de la región andina venezolana y en especial, como es nuestro caso, la región andina merideña. Esta influencia se ha mantenido con mucha fuerza en los círculos de enseñanza donde han permanecido los planteamientos iniciales del término “Timoto-Cuica”, para referirse a los “indígenas” de la región andina del país.

Por otro lado, Andrés Márquez Carrero (1980), nos habla de la “Cultura Tatuy” para definir culturalmente a los antiguos habitantes de la región que hoy comprende el estado Mérida.

Recientemente, Jacqueline Clarac de Briceño (1985-1990/1996) desarrolla otra tesis sobre los grupos étnicos y propone el término de “Mucu-Cha-

ma” o “Takuwa” para definir a los antiguos pobladores de Mérida. Esta definición se hace a partir de ciertas características lingüísticas y culturales que se relacionarían con grupos colombianos como los Tunebos.

La historia aborigen de la región andina venezolana se conoce a grandes rasgos. A partir de las evidencias arqueológicas se ha planteado la ocupación de la región tardíamente por grupos sedentarios provenientes de las zonas bajas; cultivadores de tubérculos – como la papa– los cuales mantendrían una constante interrelación con grupos asentados en diferentes pisos altitudinales con la finalidad de lograr la complementariedad económica.

Las nuevas evidencias arqueológicas, documentales y lingüísticas que hemos incorporando a esta discusión nos han permitido dar respuestas a la complejidad y diversidad étnica que existió en la cordillera andina venezolana, en particular al área merideña.

Ahora bien, uno de los problemas fundamentales a la hora de plantearnos un trabajo que combine las fuentes históricas, arqueológicas y lingüísticas, es responder hasta qué punto se puede complementar los datos provenientes de la arqueología, la lingüística y la historia, debido a la relación temporal en la cual pudieran estar involucradas cada una de fuentes en cuestión.

Es bastante conocida la discusión en torno a la separación entre arqueología e historia. La primera tradicionalmente, ha estudiado los pueblos extintos y ágrafos, y los únicos datos disponibles para construir sus explicaciones estaban en el registro material cerámico contenido en un yacimiento arqueológico, el cual por demás –dentro de la definición de grupo étnico– ha sido tomado de manera automática para la denominación cultural de un grupo determinado. Al respecto, P. V. Castro Martínez y P. González Marcén (1989) nos comentan que ha prevalecido: “una concepción de la cultura arqueológica para cuya caracterización todo vale, y cualquier rasgo puede ser elevado a la categoría de idiosincrático, recurriéndose a la interpretación de la presencia de grupos humanos portadores de dichos rasgos (Castro y González, 1989: 10).

La segunda, es decir la Historia, basaba sus investigaciones en los documentos existentes en los archivos, trayendo como consecuencia que

solamente estudiaban las sociedades con escritura.

En los trabajos de muchos historiadores tradicionales y también de muchos de los llamados etnohistoriadores, notamos cómo los elementos materiales y los nombres indígenas que son tomados de los escritos coloniales son usados para designar grupos étnicos en la actualidad, encontrándonos en la literatura especializada tantos grupos étnicos como nombres existentes en dichos documentos. En muchos se recoge las referencias a través de palabras utilizadas para nombrar sitios geográficos y que son asumidos en la actualidad para definir grupos étnicos.

A esta discusión se le tendría que agregar lo planteado por Carmen Arellano (1994), en relación con la definición del conquistador español, que denominaba como nación o señorío a varias aldeas gobernadas por un principal, cuyo nombre hoy es tomado para designar grupos étnicos, confundiendo de esta manera nombres personales, nombres geográficos y nombres de grupos con grupos étnicos.<sup>1</sup>

Por otra parte, tenemos que tener en cuenta en esta discusión la concepción homogeneizadora que establece el conquistador español en nuestro territorio, frente al otro al cual describe, nombra, divide y desarraiga para poder gobernar. Un ejemplo de esto, lo podemos ver en la designación que se hace del término Caribe, que va a definir a una lengua, a un grupo, a un territorio y a un grupo étnico, cuyos miembros reales o no son buscados y exterminados por el conquistador y sus aliados.

En este orden de ideas, tendríamos que preguntarnos hasta qué punto estos nombres definen realmente grupos étnicos, naciones, pueblos o tribus, cuando sabemos que muchos de ellos fueron dados sobre la base

---

1 Sobre la definición de grupos étnicos estamos de acuerdo con lo planteado por Héctor Díaz-Polanco (1985), cuando nos dice que los grupos étnicos son el resultado de procesos históricos concretos, que se identifican con un conjunto social que ha desarrollado una fuerte solidaridad a partir de los componentes étnicos. Estos componentes no sólo le permiten al grupo definirse como tal, sino además establecer la diferencia o el contraste respecto a otros grupos. Ahora bien, los componentes étnicos, siguiendo a Bonfil Batalla, en tanto representaciones colectivas, son “diferentes de una sociedad a otra, precisamente porque son: el resultado de una larga acumulación que ocurre en el universo social delimitado y continuo a lo largo del tiempo. De ahí que las representaciones colectivas siempre formen parte de una cultura específica y que la identidad étnica, como expresión ideológica constrativa, pero fundada en representaciones colectivas particulares, expresen también a esa cultura” (Bonfil Batalla, 1992: 111).

de la suposición de que hablaban una misma lengua, portaban materiales culturales semejantes o vivían en espacios geográficos parecidos. Hay que comenzar a preguntarse hasta dónde pueden llegar los documentos históricos en la definición de grupos étnicos cuando el interés primordial de los que escribían tales documentos no era precisamente la definición de lo étnico.

Al hablar de arqueología y lingüística no hay que perder de vista dos vertientes que, a nuestra manera de ver, han marcado o definido esta relación. La primera que hace referencia a cómo los estudios y la metodología propia de la disciplina lingüística ha sido tomada en el análisis arqueológico, el cual en los últimos años, ha venido influyendo en el propio discurso arqueológico que se viene estructurando (Funari, 1999) y, la segunda; indudablemente vinculada con la primera, tiende a ir más al estudio de la complementariedad de las investigaciones lingüísticas en el conocimiento de la lengua como elemento diferenciador de los grupos sociales y su correspondencia con el material arqueológico. Este enfoque surgido en el siglo XX, tiene como uno de sus mayores exponentes a Gustaw Kossina, quien fue el primero que se preocupó por correlacionar los materiales cerámicos arqueológicos con los pueblos y su lengua. Esta tendencia fue seguida por otros arqueólogos como Gordon Childe, quien afirmaba que la lengua era uno de los vínculos más importantes en la transmisión de tradiciones sociales, y que probablemente, una cultura distinta tuviera también una lengua distinta (Renfrew, 1990; Funari, 1999).

Indudablemente, la relación aquí planteada entre la arqueología y la lingüística es problemática debido a la variación temporal entre la lengua y las evidencias arqueológicas. Pero sin negar esta necesaria consideración tenemos que los cambios producidos en el ámbito social, cultural y lingüístico no se realizan separados uno de otro. Por lo tanto, al modificarse el aspecto lingüístico de un grupo social específico, las expresiones materiales de su cultura también tienden a ser modificadas, manteniendo contenidos representativos del grupo. La lengua como expresión social es uno de los indicadores de la identidad, y sin lugar a dudas, está vinculada con la dinámica de la realidad social de sus hablantes y de su etnicidad. En este sentido, la lengua y con ésta sus expresiones fonéticas, morfológicas y

gramaticales, constituyen expresiones que forman parte de los elementos de identidad de los pueblos y de su etnicidad.

Somos conscientes de la identificación que los grupos humanos establecen con sus elementos culturales, y que la lengua contiene particularidades culturales de los grupos que la hablan; y que el espacio es un lugar de acción particular de los grupos humanos que lo elaboran, pero esto no es suficiente a la hora de plantear la existencia de grupos étnicos. Ninguno de estos elementos por separado, ni la suma mecánica de todos ellos, bastaría si no profundizamos en los procesos socio-históricos que le dan sentido y son válidos para definir grupos étnicos.

El libro lo hemos ordenado para que los/as lectores/as puedan ir construyendo a partir de los elementos que le vamos aportando un modelo que explique la diversidad étnica que existía en la Cordillera Andina merideña para el momento de la llegada del conquistador europeo. En el primer capítulo introducimos la problemática étnica por medio de las investigaciones etnológicas y arqueológicas. Hacemos una revisión de las diversas propuestas que desde finales del siglo XIX se comienzan a postular en torno al origen y poblamiento de la región.

En el capítulo referido a las fronteras etnolingüísticas de la Cordillera Andina de Mérida en los siglos XVI y XVII, planteamos una discusión sobre lo que se ha venido sosteniendo en relación con la lengua hablada por los antiguos habitantes de la Cordillera Andina de Mérida y su vinculación con otras áreas de la región occidental del país. Para esta comparación nos hemos basado en los listados de antroponímicos y toponímicos que compilamos en los documentos relacionados con las visitas realizadas a la Cordillera de Mérida por los oidores del Reino de Granada en los siglos XVI y XVII.

El dato cerámico es uno de los aspectos más representativos de la cultura de los pueblos y al encontrarse en éste elementos particulares de su identidad, se convierte en una de las fuentes fundamentales para conocer la etnicidad de grupos sociales del pasado. En el capítulo relacionado con la cerámica y la etnicidad hacemos una clasificación tipológica del material cerámico prehispánico con su respectiva vinculación temporal con otros materiales de la zona y la región occidental de Venezuela, con la finalidad

de aportar evidencias que conjuntamente con otros datos provenientes de los contextos arqueológicos nos permitan perfilar las interrelaciones sociales de los diversos grupos que hicieron vida en la región merideña antes de la llegada del europeo.

En el apartado destinado a los grupos étnicos de la Cordillera de Mérida discutimos, a partir de la integración de toda la información generada en los capítulos previos, nuestra propuesta del poblamiento y conformación de grupos y territorios étnicos en la región andina de Mérida y su vinculación con el resto de la región occidental del país.

Esta obra no está culminada, ya que el conocimiento de nuestra historia es una tarea continua; en este sentido, aspiramos que la información que suministramos sirva para conocer nuestro pasado y poder darle coherencia a nuestro presente.

Esperamos que este aporte se convierta en un material de consulta para todos/as los/as docentes que se ven enfrentados/as a la difícil tarea de enseñar nuestra historia aborigen.



# Las investigaciones arqueológicas y los grupos étnicos de Mérida

## Los pioneros

Para el sabio Lisandro Alvarado (1989) era sumamente importante la discusión en torno a quiénes eran los antiguos habitantes de la Cordillera Andina de Mérida. Decía Alvarado que:

Interesante como el anterior es el problema de cuáles fueron los ascendientes de los indígenas de la Cordillera. En capítulo destinado a la etnografía que trae la geografía de Codazzi se asienta que los indios que habitaban el territorio de las provincias de Mérida y Trujillo hablaban dialectos de los Muisca y sus facciones son las mismas que las de los pueblos de la provincia de Tunja. Si es original esta hipótesis, no lo sabemos; pero el autor de ella se funda en la estructura de los nombres indígenas que conservan los lugares de la Cordillera y en ciertas consideraciones generales. Las observaciones del doctor Tulio Febres Cordero, publicadas en “EL centavo”, de Mérida, contribuyen a favorecer esa idea, que es por lo demás verosímil y que encuentra un fuerte apoyo en estas líneas que leo en el libro del doctor Toro: “En los caracteres craneométricos de los Chibchas, estudiados por Broca, es donde se encuentran las analogías con los Timotes, ... A todo esto, alega el doctor Salas que el lenguaje chibcha difiere totalmente de los idiomas ando-venezolanos; y que exceptuando los lazos de unión comunes con todos los habitantes precolombinos de América, no se encuentran en las costumbres de estos indios fundamento serio para calificarlos como pertenecientes a la familia chibcha. El examen de

los dialectos andinos recogidos por Febres y Lares ha dado, en efecto, por resultado que Ernst los crea más bien relacionados con otros de la América Central. Este problema es digno de atención y de que en mira de aclararlo o resolverlo se mancomunen los esfuerzos de los escritores de la Cordillera (1989: 425).

Efectivamente, el interés por descifrar cuáles fueron los antiguos grupos étnicos que habitaron Los Andes merideños se remonta a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Los trabajos de José Ignacio Lares (1950), Adolfo Ernst (1913), Gaspar Marcano (1971), Julio César Salas (1971-1997), Tulio Febres Cordero (1921) y Alfredo Jahn (1973), muestran un incesante interés por esclarecer los orígenes étnicos de los antiguos habitantes de la Cordillera Andina, enmarcados en un contexto sociohistórico relacionado con la consolidación del Estado venezolano. Estos pioneros, de la más variada formación, recopilaron información etnográfica de la Cordillera y abrieron un debate importante sobre el origen étnico de los antiguos habitantes de la cordillera. Se dieron a la tarea de indagar sobre el origen de las sociedades asentadas en Los Andes venezolanos, basándose en la compilación de datos lingüísticos, etnohistóricos, etnográficos y arqueológicos.

Para conmemorar el centenario del nacimiento del Libertador Simón Bolívar, José Ignacio Lares escribió en el año 1883 el opúsculo titulado: “Etnografía del Estado Mérida” (1950), para exponer su tesis sobre las primeras razas que poblaron la Cordillera Andina de Mérida, decía Lares que:

Con frecuencia se han llamado Muisca los pueblos indígenas que habitaban la antigua provincia formada de Táchira y Mérida; pero esta denominación no debe entenderse sino en cuanto a que, formando este territorio parte del que se llamó Nuevo Reino de Granada o Imperio de los Muisca, por extensión se aplicó el nombre a todas las provincias del reino. (Lares, 1950: 13).

Según Lares, había en la cordillera merideña una multitud de pue-

blos más o menos populosos con distintos nombres que se adjuntaban bajo la denominación de Timotes y que eran gobernados cada uno por un cacique:

Los Timotes, pues que así los llamaré, tenían por confinantes los pueblos siguientes: al norte, o sea sobre las orillas del Lago, los Bobures y Motilonés; al sur sobre el arranque de los llanos, los Toboros, Caros y Coyones. Al Oeste los Mombures y Aviamas del Táchira, dependientes o confinantes de los Chitareros; y al Este la nación de Cuicas, que, compuesta de pueblos de distintos nombres, habitaban lo que es hoy estado Trujillo. Los límites que tenían señalados entre sí, los Timotes y Cuicas, son precisamente los mismos que dividen hoy los estados Mérida y Trujillo (Lares, 1950: 14)

Por otro lado, Adolfo Ernst, a partir del análisis de algunas piezas arqueológicas y del vocabulario compilado por Lares, planteaba en sus “Apuntes para la Etnografía Precolombina de la Cordillera de Los Andes” presentado en el Congreso Internacional de Antropología y Arqueología y Ciencias Prehistóricas que se reunió en París en 1889, que los habitantes precolombinos de la cordillera de Mérida pertenecían al:

... grupo étnico cuyo centro fue la altiplanicie de Cundinamarca, y así no es extraño que se encuentren también en los santuarios de Mérida y Trujillo numerosas figuras de ranas, hechas de serpentina, puesto que entre los chibchas la rana era símbolo de la benéfica diosa que en la lluvia daba a la tierra nueva fertilidad, y nuevas cosechas al hombre (Ernst, 1913: 791).

Entre los años 1890 y 1891, Gaspar Marcano publica en el Bulletin de la Société D' Anthropologie de París, la etnografía precolombina de Venezuela relacionada con los indios Piaroas, Guahibos, Goajiros, Cuicas y Timotes. A partir del análisis de restos óseos y de piezas arqueológicas de cerámica y lítica, Marcano se pregunta qué nombre tenían los habitantes precolombinos de Mérida, y señala que:

En Mucuchíes habrían residido los indios del mismo nombre; en

Burrero los Cuicas... el señor Lares sostiene que timotes es la designación colectiva que convendría aplicar a todas las tribus precolombinas que han habitado la Cordillera de Mérida hasta el valle de Motatán. Los timotes se subdividían en veintiocho tribus. (Marcano, 1971: 305)

Según Marcano:

Los objetos de la Cordillera no ofrecen ninguna semejanza con los de los valles septentrionales. La cerámica difiere desde todo punto de vista, y más particularmente los ídolos (...). Las placas de los timotes son completamente propias de su región. Ningún objeto parecido ha sido encontrado en las tumbas de Los Cerritos ni en las márgenes del Orinoco. Desde el punto de vista craneológico, los caracteres son los mismos, tanto en el cráneo de Mucuchíes como en los de Burrero; por lo tanto, es necesario reunirlos en una misma serie. Si comparamos esta última con las que ya hemos hecho conocer, llegamos a diferencias tan importantes, que estamos obligados a considerar a los Timotes como un pueblo muy distinto de los otros precolombinos de Venezuela (Marcano, 1971: 306).

Las diversas evidencias osteológicas, cerámicas y líticas permitieron a Marcano comparar y emparentar a los Timotes de la Cordillera Andina de Mérida con los Chibchas de la Sabana de Bogotá.

En el mismo debate de José Ignacio Lares, Julio César Salas en su obra: *Tierra Firme: Estudios sobre etnología e historia*, expone que:

También incurren Codazzi y otros etnógrafos reproductores de sus datos en el error de considerar las tribus que poblaron Los Andes venezolanos como pertenecientes a la raza muisca; de un concienzudo estudio se desprende que no hay razón para tal aserto. (Salas, 1971: 30).

En un principio Julio César Salas (1971) propone que, el territorio

que actualmente ocupa el estado Mérida estaba habitado, entre otras, por una familia indígena llamada “Chama”:

La familia indígena que convencionalmente apellidamos Chama la componen una multitud de tribus independientes que para la época de la conquista habitaban el territorio del actual estado Mérida de Venezuela, naciones que poseían unas mismas costumbres y nexos muy estrechos entre sus diferentes lenguas; afirmación esta última que se basa en la identidad de nombres geográficos, en los cuales predomina una sola radical. Chama es el nombre del principal río que baña los terrenos que antiguamente pertenecían a las comunidades indias, y hé aquí el motivo por el cual lo escogemos y adoptamos en nuestra clasificación, (...) abraza o abarca con la red de sus afluentes las principales naciones en que predomina en el lenguaje la radical mucu. Es de advertir que pertenecen también al territorio de este estado Mérida otras tribus de parecidas o diferentes costumbres a las de la hoya del mencionado río: Giros, Quinoes, Timotíes, Torondoyes y Bobures (Salas, 1971: 143).

Posteriormente, Salas (1997), en su obra *Etnografía de Venezuela*, indica que:

En otra parte denominamos Chammas a los aborígenes de Venezuela de suave natural del estado Mérida, nombre convencional del nombre indígena del río cuya cuenca están situadas casi todas las tribus en cuya toponimia es superabundante la radical Mucu, pero en atención a que las tribus Tucanes, Torondoyes y las varias que comprende la nación Timotes, tienen también en su toponimia la radical Mucu y quedarían fuera de aquella denominación, por pertenecer a otras hoyas hidrográficas, creemos más comprensivo para todas estas tribus de suave natural de Mérida el nombre de Indios Mucus (Salas, 1997: 14).

Según Julio César Salas existían en la cordillera andina de Mérida diversos grupos étnicos con distintas parcialidades. El mapa étnico de Mérida según él estaba integrado por:

1. Los indios Mucus que se localizaban en las cuencas del río Chama, Motatán y Torondoy.

2. Los indios Giros o Giraharas ubicados hacia el extremo de la Cordillera de Mérida que vierte hacia los Llanos de Barinas a través de las aguas de los ríos Canaguá, Caparo, etc., y hacia la zona de Bailadores y Guaraque.

3. Los indios Quiriquires o Güigüires y Motilonos que vivían hacia las tierras del Sur del Lago de Maracaibo.

Por su parte, Alfredo Jahn (1973), plantea la existencia de un solo grupo denominado Timote para toda la región de los Andes venezolanos (Ver Mapa N° 1). Este planteamiento se sustentaba en el hecho de que los grupos Cuicas hablaban también la lengua Timote:

Los KuiKas o sea los aborígenes trujillanos, hablaban la misma lengua que sus vecinos occidentales, los meridinos y por esta razón debemos considerarlos como miembros de la gran nación Timote, pobladora de toda nuestra región andina de Trujillo y Mérida (Jahn, 1973: 87).

Así mismo plantea que:

... la lengua Timote y todos sus dialectos de Trujillo y Mérida forman un grupo aparte que no tiene cabida en ninguno de los grupos lingüísticos establecidos. Estos aborígenes vivían en la parte elevada de la Cordillera de Mérida y Trujillo y excepcionalmente algunas de sus parcialidades se extendían por los valles que descenden hasta la zona cálida (Jahn, 1973: 114).

De igual forma, señala que:

“El contacto en que vivían Aruacos y Timotes, en lo que corresponde a Mérida, ha debido ser la causa de las concor-

dancias lingüísticas que algunos autores han denunciado entre ambas lenguas, y cuya existencia es innegable en algunos gentilicios y nombres geográficos, hasta en algunos del valle central de Mérida Chama, que nosotros hemos considerado como de origen Timote (1973: 137). Para Jahn es muy significativa la coincidencia que los Kinaróes de Lagunillas fueran los ocupantes de la mesa de Caparú, voz arawaka del área amazónica (Jahn, 1973).

Miguel Acosta Saignes, basado en el análisis de las fuentes históricas, define a partir de las características lingüísticas y culturales el área de Los Andes venezolanos como una: “prolongación, dentro del territorio venezolano, de las culturas andinas, representadas por los Timoto-Cuicas” (Acosta Saignes, 1954: 67). Acosta Saignes expone algunos elementos culturales representativos del área Timoto-Cuica:

1. Agricultura: Andenes, silos subterráneos (mintoyes), estanques, sistemas de riego y cultivo de yuca dulce, papa, ruba, micuy, hayo y fique.
2. Industria: Urao, chimó y trabajo especial de piedra (nefrita, serpentina).
3. Comercio: Comercio de “águilas” de oro y urao.
4. Enterramientos: Momificación y entierros en cuevas (mintoyes).
5. Religión y creencias: Veneración de las lagunas, creencia en migración anual de los zamuros a Los Andes, organización sacerdotal, sacrificios humanos y creencia en la picada de arco.

## Los nuevos planteamientos

La definición del Timote ha sido utilizada con mayor frecuencia para referirse a los antiguos pobladores de Los Andes Merideños. Al respecto Jorge Mosonyi considera muy probable la hipótesis de Alfredo Jahn sobre la existencia de una sola lengua denominada Timote que: “hasta donde se sabe hoy en día era lingüísticamente autóctona y no formaba parte de los Arawacos, ni de los Caribes, ni de los Chibchas” (Mosonyi,

1986: 35). Recientemente, los hermanos Esteban Emilio y Jorge Mosonyi han planteado que:

En Los Andes venezolanos, particularmente en la zona de Mérida y Trujillo, tenían su asiento los pueblos timoto-cuicas, los cuales, hasta donde se sabe hoy en día, eran lingüísticamente autónomos, y no formaban parte de los arahuacos, ni de los caribes, ni de los chibchas, aunque guardaban afinidades culturales y económicas con estos últimos. Alfredo Jahn, quien pudo reunir muestras lingüísticas directas de los sobrevivientes de estas poblaciones hacia 1920, sostenía el criterio, que creemos muy plausible, de que todas las parcialidades de este grupo hablaban una sola lengua, el timote, que tenían un conjunto de variedades dialectales locales (Mosonyi y Mosonyi, 1999: 54).

El lingüista costarricense Adolfo Constenla Umaña (1991), ha dicho que la familia timoto-cuica, estuvo integrada, aparentemente, por dos lenguas que se habrían extinguido a comienzos del siglo XX y que habrían contado con varios dialectos a su interior. A partir de los materiales descriptivos de las variedades timoto-cuica, colectados por personas sin preparación lingüística, reunidos en las publicaciones de Alfredo Jahn (1973) y Paul Rivet (1927),<sup>1</sup> Constenla concluye que, desde el punto de vista tipológico, la sintaxis de estas lenguas divergen de las lenguas del área intermedia (Chibcha, Chocó, Quechua, etc.) debido tanto que la mismas se relacionan con las que presentan varias lenguas de las área Caribe y Amazónica, (Constenla, 1991). Igualmente, propone en relación con los vocabularios compilados, que: "... se puedan aprovechar en la determinación de sus relaciones tanto internas como externas, es la de analizarlos y sistematizarlos con puntos de vistas lingüísticos modernos." (Constenla, 1991: 54).

Esta última sugerencia hecha por Constenla Umaña, orientó el trabajo de la costarricense Anita Arrieta Espinoza "Tipología fonológica

---

1 La obra lingüística de Paul Rivet está basada en los datos recopilados por Ignacio Lares, Tulio Febres Cordero y Amílcar Fonseca.



y morfosintáctica del Timote” (1992), que plantea la relación de la lengua Timote con la etnia Wayuu del tronco lingüístico Arawak. A partir de la integración de los materiales trabajados por Paul Rivet en año 1927 y Alfredo Jahn del mismo año, Arrieta concluye que desde el punto de vista morfosintáctico:

...el timote tiene mayor similitud con los rasgos que le son atribuidos al guajiro, lengua de la península de la guajira, en los resultados de la encuesta morfológica realizada por Constenla (1991: 193-204) a partir de una muestra de lenguas de las Áreas Mesoamericanas, Intermedia y Peruana. Esto quiere decir que, desde una perspectiva areal, el timote comparte características con el guajiro, que de acuerdo con los resultados obtenidos por Constenla (1991), es considerada, junto con otras lenguas de la región fronteriza entre Colombia y Venezuela y de los alrededores del Lago de Maracaibo, como las más alejadas, pos sus rasgos morfológicos, de las lenguas del Área Intermedia... (Arrieta, 1992: 121).

Para Jacqueline Clarac de Briceño (1985):

...la generalización del nombre Timotes no tiene ninguna base (...) Los documentos que consultamos en el archivo de Sevilla (...) no indican jamás un nombre que pudiera servir de base para clasificar genéricamente a los indios andinos. La mayoría de las veces los grupos encomendados lo son bajo la simple etiqueta de un “grupo de indios”; a veces aparece un nombre que sirve de indicador para un grupo nada más. No tenemos por consiguiente ninguna razón para aceptar la división definitiva de los grupos andinos en Timotes y Cui-cas. (Clarac, 1985: 46).

En este orden de ideas Clarac propone, de acuerdo con Salas, el nombre de Mucu-Chama para el grupo étnico que ocupó los territorios

que hoy conforman el estado Mérida.

Los Mucu-Chamas, según Clarac de Briceño: "...ocupaban la región que conocemos en la actualidad como estado Mérida, y cuyos principales centros prehispánicos fueron aparentemente Zamu, Macaria (o Mucuria?), Chama, Mucuchís y Timotes" (Clarac, 1985: 50). Ahora bien, también apunta Clarac que: "Podríamos clasificar también conjuntamente a los cuicas y a los MucuChamas, pues ... pertenecían todos a una misma cultura con pocas variantes." (Clarac, 1985: 50).

Posteriormente, la autora citada propone, a partir de la información etnográfica compilada en la población de Lagunillas del estado Mérida, que: "sus antepasados habían llegado a Mérida provenientes del Lago de Maracaibo (la "Laguna de Maracaibo") y pertenecían a un grupo emparentado lingüísticamente con los goajiro." (Clarac, 1990: 39). Según Clarac: "Si tomamos en cuenta esta información, dicho grupo, que sería de origen Arawak, no habría llegado hasta la Cuenca Alta del río Chama, ya que los españoles llegaron cuando no habían terminado de dar solución a sus conflictos Inter e intra-étnicos por el territorio en la zona de la Laguna de Urao." (Clarac, 1990: 39).

Para ella la población de la Cordillera de Mérida se constituyó en el devenir del tiempo por diversas oleadas migratorias. La primera, según su hipótesis, fue un grupo instalado desde un tiempo indeterminado cuyo estado actual de conocimiento arqueológico no permite su reconstrucción. El segundo grupo étnico llegó al comienzo de la era cristiana; por su cultura, religión, patrones funerarios, técnicas agrícolas y mitología puede ser ubicado en la cultura chibcha, siendo la población actual de la Cordillera de Mérida descendiente de él. Un tercer grupo relacionado con la cultura arawak llegaría hacia el siglo IX de nuestra era (Clarac, 1996).

Según Clarac: "El nombre del segundo grupo habría sido U'wa (nombre también de la "tijereta" que es un tipo de golondrina ... según la mitología tuneba (grupo chibcha actual) acerca de los orígenes y migración de sus antepasados..., los Tunebos habrían migrado a Colombia saliendo de la Cordillera de Mérida a la cual llaman todavía en su lengua (tronco chibcha) "La Mujer Joven del Sol".

Basada en Ann Osborn (1985), sugiere que: "El nombre particular

del grupo de Mérida habría sido “THAKUWA” o THA-KU`WA, lo que significaría en tunebo “Gente Mayor” o “Gente hacia atrás” (Clarac, 1996: 26).

Posteriormente, sostiene Clarac, la hipótesis de la existencia de Barí en la Cordillera de Mérida:

Hoy sabemos que los primeros (los Motilones Bravos quienes también estaban en Mérida, donde resistieron a los españoles hasta el siglo XVII, razón por la cual son todavía famosos entre los campesinos, especialmente en Jají, donde existen varios “filos de los motilones”) son los Barí, etnia de lengua chibcha (...). Esos Barí, después de abandonar la Cordillera de Mérida tuvieron una migración hacia el Sur del Lago de Maracaibo y luego fueron empujados progresivamente hacia la Sierra de Perijá... (Clarac, 2000: 205).

Sobre esta discusión, la perspectiva arqueológica en sus inicios ha aportado muy poco, debido a que la mayoría de los trabajos han estado orientados a la descripción de los materiales arqueológicos. Los primeros trabajos sistemáticos se inician en los años cuarenta con las investigaciones de Alfred Kidder II (1944), Cornelius Osgood y George Howard (1943)<sup>2</sup> y J. M. Cruxent e Irving Rouse (1982). Es precisamente con estos trabajos que se realizan por primera vez para la Cordillera de Mérida construcciones tipológicas y estilísticas del material cerámico proveniente de contextos arqueológicos. Los pioneros de la antropología venezolana, habían tratado aspectos de la arqueología andina de Mérida a partir de las colecciones privadas, pero no llegaron a construir tipologías del material cerámico prehispánico.

Cornelius Osgood y George Howard, fueron los primeros arqueólogos en realizar una excavación arqueológica sistemática en lo que hoy

---

2 Como resultado de la visita de Alfred Kidder II, Cornelius Osgood y George Howard a Venezuela en los años treinta del siglo XX, se producen las primeras monografías sistemáticas en el quehacer arqueológico venezolano. Se conoce la primera tabla de cronología relativa y se introducen técnicas y recursos de excavación relacionadas con la estratigrafía métrica, entre otras (Meneses ,1992; Vargas ,1998; Gassón y Wagner, 1998).

es el estado Mérida. A comienzos de los años cuarenta del siglo pasado afloraron en Tabay, producto de la ampliación de la carretera trasandina, vasijas globulares y restos óseos humanos. Allí, Osgood realiza la excavación de una trinchera de 5x2 metros en la que recuperó tiestos y diversos artefactos asociados (Osgood y Howard, 1943). Osgood y Howard describen el material cerámico y establecen conexiones estilísticas con otros materiales de otras regiones del país y de Colombia.

Simultáneamente, Alfred Kidder II (1944), apoyado en las informaciones de Alfredo Jahn, Tulio Febres Cordero y Mario Briceño Iragorry, realiza un análisis detallado de diversas piezas arqueológicas provenientes de la cordillera de Mérida. Expone las características de las figurinas antropomorfas, zoomorfas y de las placas aladas para establecer sus relaciones con otras áreas de la Cordillera Andina venezolana, la Cuenca del Lago de Maracaibo, del Lago de Valencia y los Llanos Venezolanos.

En el año 1948, José María Cruxent trabajó un sitio de habitación prehispánico en Chipepe, Moca Bajo, Mucuchíes, en la zona que hoy llamamos Cuenca Alta del río Chama. Cruxent localizó un mintoy superficial y 224 tiestos cerámicos aflorados que posteriormente le sirvieron para postular junto con Irving Rouse el “Estilo Chipepe” (Cruxent y Rouse, 1982). Según Cruxent y Rouse, el “estilo Chipepe” está relacionado con el “Estilo Mirinday” del estado Trujillo, perteneciente al horizonte Tierroide; sobre la base de esta comparación lo incluyeron cronológicamente en el período IV, es decir, próximo a la época de contacto con el europeo.

Para estos mismos autores, Mérida es una:

... región en la que los restos arqueológicos no se limitan a los residuos o basura como en las zonas de las que hemos tratado hasta ahora, sino que forman otro tipo de estación como las terrazas agrícolas (...) enterramientos en pozos recubiertos de piedra que se conocen localmente con el nombre de mintoyes (...) y en cuevas usadas con fines religiosos. (Cruxent y Rouse, 1982: 250).

A finales de los años sesenta del siglo XX, la Cordillera Andina

de Mérida se comienza a estudiar sistemáticamente a través de diversos proyectos arqueológicos adelantados por Erika Wagner (1970-1980), Mario Sanoja e Iraida Vargas (1967-1970). Los proyectos de investigación en cuestión van a suministrar datos importantes para la comprensión de la dinámica étnica de la Cordillera en tiempos prehispánicos.

En el marco del proyecto “Arqueología del Occidente de Venezuela”, Iraida Vargas (1969), realiza investigaciones arqueológicas en la localidad de Tabay, más específicamente en el sitio de San Gerónimo” que es tipificado, por ella, como un sitio de habitación que se remonta, según las fechas radiocarbónicas obtenidas, entre 970 a 1310 años después de Cristo.

La tradición plástica presente en San Gerónimo está relacionada:

Hacia el norte (Trujillo y Lara), existían con anterioridad (...), otras fases posiblemente pertenecientes a la misma tradición plástica. La Fase Miquimú (Wagner, 1967), comparte con San Gerónimo las vasijas trípodes del tipo incensario, las vasijas globulares o subglobulares trípodes de patas sólidas, las asas acintadas de sección circular, las asas festoneadas de sección oval, así como las cadenetas incisas, las tiras de arcilla aplicadas onduladas y los pectorales de piedra. (Vargas, 1969: 124).

Simultáneamente al trabajo de San Gerónimo realizado por Vargas, en la localidad de Chiguará, en la cuenca baja del río Chama, Mario Sanoja realiza excavaciones arqueológicas obteniendo material cerámico considerable y enterramientos en urnas funerarias y en pequeñas cámaras recubiertas de piedra: “Las fases Chiguará y San Gerónimo parecen haber estado caracterizadas por la presencia de pequeñas aldeas agrícolas enclavadas sobre empinadas laderas del cañón del Chama.” (Sanoja y Vargas, 1967: 42).

Para Sanoja y Vargas existen diferencias entre la Fase Chiguará y la Fase San Gerónimo, ya que la primera se vincula más con los sitios arqueológicos ubicados hacia el Sur del Lago de Maracaibo: “Chiguará enfatiza la incisión y el brochado. Comparte con el Guamo la presencia de vasijas globulares de cuello cónico y orificio restringido, decorado este último con motivos incisos. Con Zancudo comparte la pintura roja.” (Sanoja y Vargas, 1967: 42).

A finales de 1967 y comienzos de 1968, Erika Wagner (1970/1980) excava los sitios de “La Era Nueva” y “Mocao Alto” en Mucuchíes, cuenca alta del río Chama. El sitio de “La Era Nueva” fue considerado como un sitio de habitación y “Mocao Alto” fue catalogado como un sitio de habitación asociado a un cementerio y un taller de placas aladas, remontrándose ambos sitios, según fechas radiocarbónicas obtenidas de estas excavaciones, a un período de ocupación que oscila entre 450 y 1120 años antes del presente, es decir período IV (1000-1520 d.C) de la cronología regional de Cruxent y Rouse (1982).

Para Wagner (1970), el material arqueológico de Chipepe, San Gerónimo, Mocao Alto y La Era Nueva son similares, razón por la cual los consideró que eran producto de un solo grupo humano y los asignó a la Fase Mucuchíes. La Fase Mucuchíes: “comparte una serie de rasgos con otras fases dentro y fuera de Venezuela. Así notamos similitudes con Mirinday, Betijoque, La Mulera, Dabajuro y Tierra de los Indios del occidente de Venezuela. Mucuchíes también comparte una serie de rasgos con la fase Miquimú del área de Carache (cerámica tosca y la presencia de “alas de murciélago”). Cronológicamente, Miquimú es anterior a Mucuchíes (período III) y es muy probable que Mucuchíes recibió influencias del área de Carache.” (Wagner, 1970: 183).

Los avances de las investigaciones arqueológicas sistemáticas en los estados Lara y Trujillo le permitió a Sanoja plantear que:

Las áreas de distribución de la alfarería decorada con técnicas plásticas y la de la alfarería policroma en el norte de la región andina, parecen sugerir una gradual ocupación de los valles bajos y el piedemonte norandino por los fabricantes de esta última y un repliegue de los fabricantes de la alfarería decorada con técnicas plásticas hacia las regiones altoandinas. Es posible que las poblaciones de ambas etnias, como parecen demostrarlo los datos arqueológicos hubiesen mantenido relaciones de cooperación e intercambio de productos agrícolas y manufacturados, pero conservando —sin embargo— la definición territorial de sus unidades sociopolíticas” (Sanoja,

1986: 13).

Por otra parte, las movilizaciones de los grupos hacia Los Andes:

... estarían dadas por los requerimientos territoriales de los cacicazgos en general, y del cacicazgo noroccidental en particular. Esta necesidad de obtener territorios y de someter a los grupos que los ocupan, es intrínseca a este modo de vida, e incluso, a la formación económico social como un todo” (Vargas, 1986: 28). Para Vargas, La ocupación de la región alto-andina parece haber comenzado en el siglo VI d.c y ya para los siglos IX y X d.c, se habían constituido como una comunidad cacical añadiendo una serie de medios de producción que, lógicamente, respondían a necesidades objetivas de la región alta. (Vargas, 1986: 30).

A partir de los años ochenta el Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez de la Universidad de Los Andes empieza a desarrollar con intensidad investigaciones arqueológicas en el área metropolitana de la ciudad de Mérida, en la cuenca alta del río Chama y en la población de Lagunillas ubicada en la cuenca media del mismo río.

Por un lado, las excavaciones arqueológicas en el área metropolitana de la ciudad de Mérida, más específicamente en Loma de la Virgen (Ramos, 1988<sup>a</sup>, Ramos et al. 1988) Loma de San Rafael (Ramos 1988b) y la Hacienda San Antonio (Gordones y Meneses, 1992) en La Pedregosa, Cerro las Flores (Niño, 1988a, 1988b) en La Hechicera; y por el otro; en Escagüey (Niño, 1990) y Mucurubá (Meneses y Gordones, 1993) en la cuenca alta del río Chama, permitieron documentar y complementar las evidencias arqueológicas presentes en San Gerónimo (Vargas, 1969) y Moca Alto (Wagner, 1970) que mencionamos en líneas anteriores.

Las excavaciones arqueológicas en el sitio de Llano Seco, Lagunillas, permitieron obtener, para esta zona de la Cordillera de Mérida, entierros primarios y en urnas, abundante cerámica y fechamientos. Para Llano Seco la datación por medio de termoluminiscencia permitió obtener

“fechas de 1510 y 1520 años a.p. Tales datos relacionan a Llano Seco con otros sitios de la Cordillera de Mérida datados entre 600 y 1300 años d.c, como Mucuchíes y Tabay. Sin embargo, atendiendo al análisis comparativo de la alfarería de estos yacimientos y otros de la cuenca baja del Chama, observamos una estrecha relación entre Llano Seco y sitios del Sur del Lago de Maracaibo, como Zancudo, Onia y El Guamo” (Ramos, 1990: 37).

Llano Seco está estrechamente relacionado desde el punto de vista cerámico con el sitio de Estanquez en la misma cuenca media del río Chama (Gordones, 1995). La muestra del material cerámico de Estanquez, se encuentra: “relacionado con el material cerámico de Lagunillas (estado Mérida) que se caracteriza por presentar una decoración plástica con incisiones lineales que en su conjunto forman motivos geométricos, apliques antropomorfos ubicados en el borde de las vasijas (...) además de pintura roja ubicada en algunos casos en la zona del labio y el borde” (Gordones, 1995: 65). A su vez: “la presencia de esta muestra de alfarería con una superficie alisada y pulida, decoración incisa, aplicados y pintura roja sobre natural, relacionada, en algunos casos, con la decoración plástica incisa o modelada y la presencia de una pequeña, pero significativa muestra de pintura roja sobre fondo blanco, nos lleva a relacionar este material con la Fase Zancudo.” (Gordones, 1995: 66).

Partiendo de las evidencias arqueológicas, en diversas oportunidades hemos propuesto la co-existencia en la Cordillera Andina de Mérida de por los menos dos grupos étnicos distintos (Gordones, 1993-1995). Por un lado, postulamos, en la cuenca alta del río Chama, un grupo que se caracterizaba por la presencia de una cerámica sencilla, en la mayoría de los casos “tosca”, con una decoración plástica basada en la incisión corta en forma piramidal, cadenetas aplicadas con impresión de dedos, asociada con construcciones de piedra, la presencia de talleres líticos y la práctica funeraria asociada a cámaras funerarias (mintoyes); y por el otro; en la cuenca baja del mismo río, tenemos a otro grupo que se caracterizaba, en términos generales, por poseer una cerámica con decoración plástica con incisiones lineales, apliques antropomorfos, pintura roja en los labios y piezas completas, entierros directos y secundarios en urnas (Gordones, 1993; Meneses y Gordones, 1995).



# Las fronteras etnolingüísticas de la Cordillera Andina de Mérida en los siglos XVI y XVII

En los estudios en los cuales se relacionan la arqueología, la etnohistoria y la lingüística, como en nuestro caso, interesa destacar las semejanzas fonéticas relacionadas con el parentesco de las lenguas y su dispersión geográfica, porque son éstas las características que nos pueden guiar hacia el pasado histórico de los hablantes de dichas lenguas.

El manejo de una lengua en común constituye un elemento fundamental en la afinidad étnica de cualquier grupo humano. Las lenguas se presentan universalmente determinadas en un área geográfica particular. La antroponimia y la toponimia dentro de un espacio geográfico se corresponden lingüísticamente con un idioma históricamente determinado. Por tal razón, siguiendo a Ana Groot y Eva Hooykas (1991), para un: “área continua que tiene una toponimia que se distingue de otras toponimias contiguas, se puede postular la existencia en cualquier punto en el tiempo, de un idioma que se distingue de los idiomas espacialmente contiguos, aunque no sobreviva ninguno de ellos.” (Groot y Hooykas, 1991: 45).

Consideramos entonces que un estudio toponímico y antroponímico de la región andina de Mérida, nos permitiría establecer, en los siglos XVI y XVII, áreas lingüísticas globales y, por consiguiente, lenguas estructuralmente iguales o diferentes en la Cordillera de Mérida.

Metodológicamente, se nos presentan diversos problemas cuando tratamos con lenguas aborígenes desaparecidas, debido a que las características fonéticas y morfológicas de las posibles familias presentes en el área de estudio no son cabalmente conocidas en el presente, aunque en

la actualidad contemos con el trabajo de Anita Arrieta (1992)<sup>1</sup> sobre la tipología fonética y morfosintáctica del Timote.

No obstante, podríamos considerar algunos postulados para enfrentar estas limitantes según la cual: “Con base en la delimitación espacial, se utilizan las distribuciones espaciales de elementos lingüísticos que se puedan reconocer (...) Estos elementos pueden ser fonéticos (como la /j/ o /g/ inicial) o pueden ser meramente silábicos.” (Groot y Hooykas, 1991: 45). De igual forma, González Nãñez afirma que el proceso de afijación de lexemas permitiría establecer distinciones nominales y verbales en una lengua determinada (González, 2005).

Otro elemento problemático a tener presente sobre el aspecto que aquí tratamos es lo que Colin Renfrew denominó los “Tres procesos de cambio lingüístico en un área determinada”. Según Renfrew (1990), las lenguas llegan a hablarse en una región determinada debido a tres procesos básicos: colonización inicial, sustitución y desarrollo continuo. Para nuestro caso es de suma importancia los dos primeros, es decir la colonización inicial y la sustitución.

Por colonización inicial se entiende la dinámica por medio de la cual grupos humanos penetran y colonizan un área geográfica deshabitada introduciendo por primera vez la lengua a dicha región (Renfrew, 1990). Esta tuvo que ser la dinámica que operó cuando los primeros grupos humanos organizados poblaron inicialmente Los Andes venezolanos, creando así los primeros topónimos de la región.

El proceso de sustitución opera cuando una lengua hablada en una región geográfica determinada es desplazada por otra lengua (Renfrew, 1990). La introducción de elementos lingüísticos foráneos por migraciones o conquistas terminan imponiendo una toponimia y antroponimia híbrida o totalmente nueva en el área en cuestión.

A partir del siglo XVI, los españoles comienzan a imponer nuevos antroponímicos y toponímicos que producen cambios o adaptaciones a la fonética y a la morfología de los idiomas hablados en la cordillera de

---

1 Este trabajo sistematiza en una lista ordenada alfabéticamente los vocabularios compilados, a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, por Alfredo Jahn, José Ignacio Lares, Tulio Febres Cordero y Amílcar Fonseca, con la finalidad de crear las condiciones fonológicas y morfosintácticas básicas para el método comparativo de la lingüística diacrónica (Arrieta, 1992).

Mérida. Un primer ejemplo de esta realidad lo podemos observar en el toponímico de /Xaxi/ el cual es transformado morfológicamente para conocerse en la actualidad como /Jají/; y un segundo ejemplo que tiene que ver con la hibridación, es la prefijación del nombre de /quebrada/ y/o /río/ a nombres originarios de torrentes de agua.

La comparación de antroponímicos y toponímicos recopilados en los documentos de los siglos XVI y XVII y el establecimiento y diferenciación de elementos lingüísticos como la presencia o no de ciertas afijaciones, será la metodología que orientará nuestro trabajo.

La comparación nos permite medir el grado de separación de las lenguas en relación con el grado de correspondencias localizadas y su distribución en función de poder formular un antepasado común de las lenguas (Constenla, 1995). De igual forma, a partir de la comparación se pueden establecer matrices de correspondencia fonética que nos permitan relacionar elementos con significados diferentes, pero de algún modo relacionables.

Como lo hemos apuntado, José Ignacio Lares (1950), Julio César Salas (1971-1997), Tulio Febres Cordero (1921) y Alfredo Jhan (1971), habían hecho intentos serios de clasificación de los grupos étnicos a partir de topónimos y vocabularios recopilados por ellos a finales de siglo XIX y comienzos del XX. Sin embargo, para los fines de nuestra investigación las clasificaciones hechas por estos pioneros habría que tomarlas con sumo cuidado debido al largo proceso de etnogénesis que desembocó en la configuración étnica-cultural de los pueblos que habitaron la región en el siglo XIX y comienzos del XX.

El proceso de implantación del sistema de encomiendas y luego de fundación de pueblos de indios (Velásquez, 1995; Samudio, 1997 y Parada, 1998), trajo como consecuencia que diversas parcialidades originarias de la Cordillera de Mérida fueran agrupadas o separadas, primero según los intereses de los encomenderos y, luego por la nueva estructura económica y política impuesta por la corona española, trayendo como consecuencia que dentro de este proceso de movilización y redistribución de la población aborigen el idioma o los idiomas hablados por estos sufrieran cambios o erradicaciones definitivas. Son pocos, pero significativos los ca-

sos de quejas de la población aborigen, que al ser trasladados de un lugar a otro manifestaban el no poder hablar la misma lengua de los otros grupos con los cuales se les agrupaban.

A partir de estas reflexiones, abordamos en este capítulo la delimitación de los grupos étnicos a partir del análisis y la distribución espacial de los antropónimos y toponímicos compilados en los censos de población aborigen contenidos en documentos del siglo XVI y siglo XVII, producto de las visitas realizadas por los oidores de la Real Audiencia de Granada: Bartolomé Gil Naranjo (1586), Antonio Beltrán Guevara (1602), Alonso Vázquez de Cisneros (1619 y 1620) y Diego de Baños y Sotomayor (1657).

## **El proceso de conquista y las lenguas habladas en la Cordillera de Mérida**

En la Cordillera Andina de Mérida el proceso de conquista y colonización se lleva a cabo a partir del año 1558, por el capitán y conquistador español Juan Rodríguez Xuárez, quien penetra con un grupo de soldados desde el Nuevo Reino de Nueva Granada. Esta conquista se caracterizó rápidamente por: “imprimir importantes modificaciones en la distribución espacial de la población autónoma, en la forma de vida, en la lengua y en su mundo de creencia.” (Samudio, 1997: 36). En este proceso el conquistador español no se preocupó por dejar testimonios escritos sobre la lengua o los idiomas hablados por las poblaciones aborígenes de la región. Los datos que tenemos sobre estos son escasos y están relacionados con los topónimos y antropónimos que han quedado inscritos en documentos oficiales del período colonial.

A pesar de esta situación, tenemos una referencia importante que nos aporta Fernando Campo del Pozo en relación con los Agustinos, quienes para finales del siglo XVI (1590), dirigían las doctrinas de Mucuchíes, Aricagua, Tabay, Torondoy y Jají, entre otras. Estos clérigos, según Campo del Pozo, que venían de Santa Fe de Bogotá: “conocían el Quechua y el Chibcha que no le servirá para la región de Mucuchíes donde se hablaba un idioma o dialecto distinto, denominado Mucuchí o Mocoquí.” (Campo del Pozo, 1979: 11). Según Campo del Pozo el: “Arzobispo F. Arias de

Ugarte, al visitar la Provincia de Mérida en compañía del P. Miguel de Tolosa SJ, se dio cuenta de que los indios de esta región hablaban una lengua distinta de la general (muisca) del Reino.” (Campo del Pozo, 1988: 89). Para poder llegar los Agustinos a Mucuchíes tuvieron que transitar por la cuenca baja del río Chama donde se encontraba la población de Lagunillas, población que no es nombrada por los clérigos Agustinos y que nos hace suponer que los mismos no tuvieron, por su conocimiento del Chibcha, dificultad alguna para comunicarse con la población aborigen de esta última población.

En la actualidad, lo poco que conocemos sobre las lenguas que se hablaban en la región de Mérida se basa en las recopilaciones hechas a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, por los pioneros de la antropología en Venezuela, que tratamos en el capítulo anterior. Estas compilaciones confrontan, para los fines de nuestro estudio dos problemas fundamentales. El primero tiene que ver con la hibridación de las lenguas autóctonas de la región, producto del proceso de desarraigo y movilización forzosa a la que fueron sujetas las poblaciones originarias de la cordillera en tiempo de la conquista y colonia, lo que trajo como consecuencia, por un lado, la imposición del español como lengua oficial y, por el otro, la mezcla y unificación de las posibles lenguas con sus respectivas variaciones dialectales habladas por los habitantes originarios de la cordillera. El segundo problema, se relaciona con el hecho de que las compilaciones fueron realizadas por personas sin ninguna preparación lingüística, lo que dificulta el conocimiento fonético y gramatical de la lengua hablada en la Cordillera Andina de Mérida. Sin embargo, como lo plantea Swadesh “la diseminación de los pueblos es gradual, manteniéndose las viejas y las nuevas áreas en contacto desde generaciones hasta por miles de años (...) De la compleja serie surgen dialectos y lenguas separadas, pero la compleja continuidad de dialectos puede reflejarse, miles de años después, en la cadena de relaciones en traslape entre las lenguas derivadas.” (Constenla, 1995: 31).

Ahora bien, el “Timote” es el nombre que ha sido utilizado con mayor frecuencia para designar a la lengua de los antiguos pobladores de Los Andes merideños.

Para algunos lingüistas, como los hermanos Esteban Emilio y Jorge Mosonyi:

En Los Andes venezolanos, particularmente en la zona de Mérida y Trujillo, tenían su asiento los pueblos timoto-cuicas, los cuales, hasta donde se sabe hoy en día, eran lingüísticamente autónomos, y no formaban parte de los arahuacos, ni de los caribes, ni de los chibchas, aunque guardaban afinidades culturales y económicas con estos últimos. Alfredo Jahn, quien pudo reunir muestras lingüísticas directas de los sobrevivientes de estas poblaciones hacia 1920, sostenía el criterio, que creemos muy plausible, de que todas las parcialidades de este grupo hablaban una sola lengua, el timote, que tenían un conjunto de variedades dialectales locales (Mosonyi y Mosonyi, 1999: 54) .

Sin embargo, para Constenla Umaña (1991) “la familia timoto-cuica”, estuvo integrada aparentemente por dos lenguas que se habrían extinguido a comienzos del siglo XX y que quizás contaban con varios dialectos. A partir de los materiales descriptivos de las variedades, reunidos en las publicaciones de Alfredo Jahn (1973) y Paul Rivet (1927), Constenla concluye que desde el punto de vista tipológico la sintaxis del timoto-cuica diverge de las lenguas del Área Intermedia (Chibcha, Chocó, Quechua, etc.): “en tanto que se relacionan con las que presentan varias lenguas del área Caribe y Amazónica.” (Constenla, 1991: 54-55).

En un estudio reciente, Arrieta Espinoza (1992), sostiene que la lengua Timote: “tiene mayor similitud con los rasgos que le son atribuidos al guajiro, lengua de la península de la guajira,” (Arrieta 1992: 121); es decir, el Timote como lengua contiene elementos similares con la lingüística del Arawak.

Una vez analizado el panorama sobre la lengua hablada en la Cordillera Andina de Mérida, habría que preguntarse si ésta era la lengua estándar en tiempo prehispánico en toda la cordillera y cuáles eran las lenguas que se hablaban en el piedemonte barinés, el flanco nor-central de

la cordillera andina, la vertiente sur-occidental de la Cuenca del Lago de Maracaibo que colinda con la Cordillera Andina, para saber cuáles fueron las influencias que éstas últimas pudieron tener sobre la/s lengua/s habladas en la Cordillera Andina de Mérida.

De manera sintética podemos decir que, según las crónicas del siglo XVI, el piedemonte barinés, los llanos altos de Barinas y el flanco nor-central de la Cordillera de Mérida, estaban habitados por los Jirajara y los Kaketío en los territorios que hoy forman los estados Barinas y Portuguesa, los Jirajara, Ayamán, Gayón y Kaketío ocupaban el territorio larense y los Cuicas el actual estado Trujillo (Jahn, 1973; Redmon y Spencer, 1990; Linárez, 1995).

Hasta donde se sabe, los Jirajara eran lingüísticamente autónomos. Ocupaban el margen meridional de la Cordillera Andina desde el río Acarigua hasta el río Apure, pasando por el piedemonte andino venezolano en donde mantenían: “intercambio con otras sociedades que habitaban Los Andes y Los Llanos venezolanos, los Jirajara adquirirían productos de las más diversas procedencias. Es probable que los Jirajara intercambiaran sal, pedernal y otros recursos de la cordillera andina por otros diversos procedentes de los llanos.” (Redmon y Spencer, 1990: 7).

Para el siglo XVI, el Kaketío, de filiación lingüística Arawak, tuvo una amplia distribución espacial en la región centro occidental del país que cubría las costas de Falcón, Yaracuy, Lara, Cojedes, los Llanos Altos Occidentales e inclusive las islas de Aruba, Curazao y Bonaire (Oliver, 1989; Redmon y Spencer, 1990). Estaban organizados en cacicazgos, y cada aldea tenía al frente un cacique que respondía ante un cacique principal regional. Según los datos aportados por las crónicas del siglo XVI, las aldeas kaketía eran densamente grandes y estaban fortificadas (Redmon y Spencer, 1990).

Con respecto a la cuenca sur-occidental del Lago de Maracaibo la situación es compleja, debido a la multitud de parcialidades étnicas de habla chibcha y caribe, clasificadas por la etnología de comienzos del siglo XX como motilonos y que indudablemente tuvieron que ver con el proceso de etnogénesis de los actuales Barí y Yu'pa, hoy ubicados en la Sierra de Perijá en el estado Zulia. Para el siglo XVIII, los misioneros habían

establecido diferencias entre los Chaqués y los Motilones.

En los años cincuenta Paul Rivet y Cesáreo de Armellada, contribuyen notablemente a diferenciar los grupos de habla caribe y habla chibcha que estaban en la cuenca sur-occidental del Lago de Maracaibo, denominando a los últimos, es decir a los grupos de habla chibcha, con el nombre de Dobokubí (Rivet y Armellada, 1965). Posteriormente, Johannes Wilbert (1961), propone llamarlos Barí (Barira- gente) a partir de un vocabulario compilado por él en las nacientes del río Ariguaisá.

La etnogénesis de los Barí actuales está estrechamente relacionada con los antiguos Kunaguasayá y Mapé que ocupaban los territorios ubicados entre los ríos Ariguaisá, Santa Ana, Catatumbo, de Oro, Tarra e inclusive el territorio donde se ubica hoy en día la ciudad de El Vigía, en el cual se encuentra el topónimo de bubuki para nombrar a un caño que cruza la urbe. (Rivet y Armellada, 1965; Lizarralde, 1976; Lizarralde y Beckerman, 1982).

Los Barí actuales tienen una economía basada en la agricultura, confeccionan hilos de fique y de algodón para tejer con los primeros, los chinchorros y con los segundos confeccionar por medio de telares verticales las telas utilizadas para los guayucos y media faldas de las mujeres. Poseen alfarería caracterizada por unas ollas grandes de base puntiaguda y pequeñas de base redondeada (Wilbert, 1961).

Según Constenla (1991), la distribución de las lenguas chibchas en Costa Rica, Panamá, Colombia y Venezuela, sugiere que el subantepasado de la superfamilia chibchense meridional, compuesta por el Cuna, Chimila, Tunebo, Muisca-duit y Barí, entre otros, se habría distribuido a lo largo de la costa pacífica de Costa Rica. El inicio de la separación de la familia chibcha posiblemente se remonta a 7.8 milenios (Constenla, 1995).

Para Constenla (1991), se produjo una separación entre el Cuna que se quedó en el área del Darién, entre Panamá y Colombia, y el resto de los grupos chibchas que avanzaron hasta el este del río Magdalena en Colombia. En este lugar:

... se habría producido posteriormente una nueva división, pues los antepasados de los Chimilas y los hablantes de len-



guas arhuacas permanecieron en el territorio de la Sierra Nevada de Santa Marta y sus alrededores, en tanto los hablantes del chibcha colombiano meridional habrían avanzado hacia el sur. Su punto de partida habría sido probablemente el área de Valledupar y la ruta habría sido la frontera colombiano-venezolana, separándose primero los antepasados de los baríes, en tanto que los Tunebos y los Muisca-duits continuaron hasta la Sierra del Cocuy, de donde los segundos finalmente continuaron hasta sus posiciones históricamente conocidas en la Cordillera Oriental (Constenla, 1991: 44) .

La separación temporal del Barí con el Muisca y el Tunebo se remonta aproximadamente a 4.5 milenios. Este modelo de expansión propuesto por Constela explica el alto porcentaje de afinidad léxica que existe entre el Barí, el Tunebo y el Muisca, razón por la cual, desde el punto de vista léxico, el Barí presenta entre las lenguas chibchas –18 en total– un porcentaje muy alto de palabras cognadas con el Muisca (26.8 %) y el Tunebo (26.8 %) (Constenla 1995).

Haciendo una comparación de 22 palabras del vocabulario “Timote” de Arrieta (1992) con los vocabularios Dobokubi-Barí de Wilbert (1961) y Dobokubi-Kunaguasayá de Rivet y Armellada (1961) nos permite inicialmente afirmar que el Timote era una lengua totalmente distinta a la lengua hablada en la cuenca del Lago de Maracaibo (ver cuadro N° 1).

Como lo señalamos anteriormente, en la cuenca sur-occidental del Lago de Maracaibo también existían grupos de habla caribe a quienes los misioneros capuchinos del siglo XVIII llamaron “Chaqués” y que, según los capuchinos, estaban constituidos por diversas parcialidades que ocupaban el territorio que iba desde el río Palmar hasta el río Tucucu (Ruddle y Wilbert, 1983).

La etnógenesís de los Yukpa está relacionada con los Sabriles –actuales Japrería–, Coyaima, Chaké, Ríos Negrinos, Parirí, Chaparro, Yasá, Yrapa, Kirikire (Rivet y Armellada, 1961; Ruddle y Wilbert, 1983).

Los antepasados de los Yukpa, es decir, las diversas parcialidades de lengua caribe, ocupaban un territorio más amplio que no tiene relación alguna con los territorios ocupados actualmente. Antiguamente

Español	Timote (Arrieta, 1992)	Dobokubi-Barí (Wilbert, 1961)	Dobokubi Kunaguasayá (Rivet y Armellada, 1961)
Acostarse	mutuvotz	kabára	akawari
Agua	chumpuk (FC) Sömbuch (AJ)	limá (ua)	čimarā
Algodón	chacho	kathána	Kaná
Beber	meu meuch (AJ)	dadára	auča
Boca	ma-Kabú (FC)	ána	kaču
Cabeza	kisán (FC)	ságbara	Ča
Caza	kusham (FC)	katha	Abrika
Comer	kfok (FC)	anngánga	ko
Hombre	há (AJ)	ataidána	ateki
Mujer	meuk-ñeum(AJ)	abiobána	čiče
Padre	taita	taita <sup>1</sup>	ateki
Ojo	kuaés	óra	ule
Nariz	jo-ki(FC) kónacki (AJ)	nislala	Disa
Pierna	chukó (FC)	biridigbara	kitu
Muchacho	sará (L)	---	baeči
Murciélago	toutsú	dohgdúngbara	---
Lluvia	oki moy (FC)	dihkáira	Óbita-r
Luna	narúpchu kfeu (AJ)	cyibá	tiba
Sol	mpú (FC) naréupa (AJ)	ñianá	---
Frio	chéuch	---	terokwa
Hambre	som (L)	sairángma	cérekwa

Leyenda: FC Febres Cordero; AJ Alfredo Jahn; L Ignacio Lares

### Cuadro N° 1

1 Es importante destacar que la palabra “taita” que sirve para nombrar al padre en el vocabulario Timotes de Arrieta (1992) y en el Dobokubí-Barí es una palabra incorporada del español Wilbert (1961). Según el Diccionario de la Real Academia Española (1988), la palabra Taita del de latín tata, padre, es entre otros, un nombre infantil con que se designa al padre, también es una palabra que tenía el gobierno de mancebía y en las Antillas es el tratamiento que suele darse a los negros ancianos.

los caribes ocupaban un territorio que iba desde el río Socuy hasta las riberas del Sur del Lago de Maracaibo y los alrededores del río Zulia y el río Uribante (Rivet y Armellada, 1961; Amodio, 1995). Por otra parte, las parcialidades de habla caribe y las de habla chibcha se encontraban en constante guerra por el control del territorio, situación que aparentemente nunca se resolvió. Según Ruddle y Wilbert: “Parece que antes de la llegada de los europeos existía un estado de guerra permanente entre los Yukpa y otras tribus, y también entre las subtribus Yukpa. Los Barí solían hacer incursiones al territorio Yukpa con el objeto de secuestrar mujeres y niños; lo mismo hacían los Yukpa con los Barí.” (1983: 47).

A partir de la tradición oral Yukpa, Ruddle y Wilbert (1983), afirman que: “las subtribus estaban en continuas guerras con los Manapsa (o Wanapsa); éste es el nombre que ellos daban a los primeros habitantes de la región.” (1983: 47).

Partiendo de esta información podemos afirmar que los primeros grupos que penetraron la cuenca sur-occidental del Lago de Maracaibo fueron los antepasados de los Barí provenientes de la región de Valledupar, lo que confirmaría el modelo hipotético de expansión de las lenguas chibchas planteado por Constenla (1995).

Al parecer, los antepasados de los Yukpa poblaron tardíamente la cuenca sur-occidental de Lago de Maracaibo: “llegando desde los llanos a través de la depresión de San Cristóbal, o navegando por la costa, desde la zona de Tucacas y bajando por el Lago de Maracaibo.” (Tarble, 1985: 69). Previamente, según el modelo de Kay Tarble (1985) los grupos Caribes habrían partido primero de las Guayanas hacia el Amazonas, luego al Orinoco y en un período más reciente (600 d.C y los 1000 d.C) a los Llanos Altos Occidentales y la región central del país.

Proponemos que la llegada de los grupos Caribes a la región se produjo por diversas oleadas, lo que explica, por un lado, el estado de guerra permanente que existía entre las subtribus Yukpa: “La guerra constante entre subtribus Yukpa, y entre familias extendidas de la misma fue aún más significativa. Según Alcácer (...), quien estudió los documentos relacionados con la historia de la región durante el siglo XVII, los coyamo estaban en guerra con los Sabriles. Estos aparentemente los más reacios

de las subtribus estaban en guerra con todos los otros grupos Yukpa.” (Ruddle y Wilbert 1983, 46); y por el otro, el grado de divergencia lingüística interna del Japreria –antiguos Sabriles– con el resto de las subtribus Yukpa (Ruddle y Wilbert, 1983). Por la ubicación actual de los Japreria, hacia el norte entre el río Palmar y Macoita, podemos decir que sus antepasados los Sabriles pudieron haber llegado navegando por la costa desde la región central de país, cruzando el Lago de Maracaibo y la otra oleada, representada hipotéticamente por los Kirikires hacia el Sur, pudieron haber penetrado por la depresión del Táchira desde los llanos venezolanos.

Aclarado el panorama de las lenguas habladas en los territorios que circundan la Cordillera Andina de Mérida, entraremos ahora a revisar los toponímicos y antroponímicos que existían en Mérida a la llegada de los españoles, para establecer si el “timote” era una lengua estándar para toda la región.

## **Estudio de los Antroponímicos y Toponímicos en la Cordillera de Mérida**

Los primeros documentos que hemos trabajado para la búsqueda de toponímicos y antroponímicos en la Cordillera Andina, son los que se refieren a la visita efectuada por Bartolomé Gil Naranjo, juez poblador de los naturales de la Villa de San Cristóbal, el Espíritu Santo de La Grita y de Mérida, quien llega en el año 1586 al territorio merideño, veintiocho años después de la incursión de Juan Rodríguez Xuárez desde el Nuevo Reino Granada. Gil Naranjo viene con la misión de ordenar la población indígena existente en las 51 encomiendas que existían para ese entonces. Para tal fin, realizó un censo de la población aborigen que recoge los nombres de las parcialidades indígenas y los nombres de los varones, hecho que no conseguiremos en los demás documentos relacionados con visitas posteriores realizadas por los distintos funcionarios españoles que llegan a la región, lo cual hace que el censo de Gil Naranjo se convierta en uno de los más valiosos

documentos para conocer los antroponímicos y toponímicos que se localizaban en la región de Mérida para el siglo XVI.

<b>Mucujunta</b>	<b>Cabana</b>	<b>Mucujubibu</b>	<b>Maquiguara</b>
<b>Moconoque</b>	<b>Xaxi</b>	<b>Mocochiz</b>	<b>Los Estanques</b>
<b>Curabare</b>	<b>Mucutate</b>	<b>Mucurua</b>	<b>Lagunillas</b>
<b>Mucurutu</b>	<b>Nucay</b>	<b>Mucurufue</b>	<b>Mucumux</b>
<b>Mucuesjque</b>	<b>Nutea</b>	<b>Muchetaque</b>	<b>Musnubu</b>
<b>Mosnacho</b>	<b>Mucipiche</b>	<b>Muchucumba</b>	<b>Mucuchungo</b>
<b>Mucustunta</b>	<b>Muquchiz</b>	<b>Mucuchiz</b>	<b>Noro</b>
<b>Mocosnoto</b>	<b>Cuvachuan</b>	<b>Mucomamungo</b>	<b>Muchufago</b>
<b>Muchucafan</b>	<b>Mucusturu</b>	<b>Mucunpus</b>	<b>Chirury</b>
<b>Tosto</b>	<b>Nucutacaa</b>	<b>Muxuxoa</b>	<b>Mucuruva</b>
<b>Mucuy</b>	<b>Iricuy</b>	<b>Mucusnupu</b>	<b>Muconoque</b>
<b>Camucay</b>	<b>Muruabaz</b>	<b>Mucuramos</b>	<b>Moguechique</b>
<b>Mucuchay</b>	<b>Muchucafan</b>		

Fuente: BNTFC. Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Tomos I al X.

## Establecimiento de grupos lingüísticos

Los nombres de las encomiendas son toponímicos importantes, que junto a los antroponímicos colectados, nos han permitido, según las características de los morfemas que los conforman, establecer cinco grupos, los cuales se encuentran relacionados geográficamente entre sí.

### Grupo 1:

Este grupo se encuentra ubicado geográficamente en el área sur-occidental de lo que hoy es el estado Mérida. En el mismo se encuentran representadas las parcialidades de Los Estanques o Uchuara, Los Moquitlaguade Lagunillas, Nutea y La Cabana actual pueblo de La Sabana.

Para este grupo tenemos los antroponímicos y toponímicos siguientes:

### **Antroponímicos y Toponímicos Grupo 1**

<b>Muquytulagua</b>	<b>Tibygua</b>
<b>Titelagua</b>	<b>Ayanquesina</b>
<b>Qusina</b>	<b>Piagua</b>
<b>Quenasa</b>	<b>Bynuagua</b>
<b>Tocobalasa</b>	<b>Cinquesina</b>
<b>Aguarquetena</b>	<b>Guasinasa</b>
<b>Guata</b>	<b>Vrasa</b>
<b>Enasa</b>	<b>Iguanasa</b>
<b>Cabana</b>	<b>Chiaguana</b>

Fuente: BNTFC. Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Tomos I al X.

Este grupo se caracteriza, fundamentalmente, por poseer los morfemas /ana/ /asa/ /ina/ /gua/ al final de los antroponímicos o toponímicos. Estos morfemas sufijados también los podemos encontrar como infijos.

Hemos observado en los censos coloniales una baja frecuencia de los morfemas /asa/, /ina/ y /ana/ en la lista de los antroponímicos y toponímicos de Lagunillas y La Sabana. Quizás esta situación se debe al proceso de colonización temprana que sufren estas poblaciones por parte del conquistador español. Lagunillas es el primer centro poblado donde

se asienta el capitán Juan Rodríguez Xuárez y donde se funda por primera vez el pueblo de Mérida, por lo que el proceso de colonización e imposición de nombres cristianos se dio de una manera muy rápida, situación que podría explicar el por qué veintiocho años después, cuando se produce la visita del oidor Gil Naranjo, encontramos en sus censos un porcentaje considerable de antropónimos españoles o cristianos.

El morfema /ana/ es característico de las lenguas chibchas, Dobokubi-Barí de Wilbert (1961) y Dobokubi-Kunaguasayá de Rivet y Armellada (1961), lo que nos permite establecer su relación con lenguas habladas en el área sur-occidental del estado Mérida (ver comparación):

<b>Antropónimos y Toponímicos de Estanquez, Lagunillas La Sabana y Nutea</b>	<b>Vocabulario Barí- Dobokubí (Wilbert, 1961)</b>
<b>Qusina</b>	<b>acyína</b>
<b>Quenasa</b>	<b>kána</b>
<b>Tocobalasa</b>	<b>aribará</b>
<b>Aguarquetena</b>	<b>tsabará</b>
<b>Enasa</b>	<b>kángbara</b>
<b>Cabana</b>	<b>ataidána</b>
<b>Ayanquesina</b>	<b>K'aína</b>
<b>Cinquesina</b>	<b>aiwáina</b>
<b>Guasinasas</b>	<b>dadará</b>
<b>Titelagua</b>	<b>ohkrihgua</b>
<b>Iguanasa</b>	<b>ána</b>
<b>Chiaguana</b>	<b>ñaaná</b>

Fuente: BNTFC. Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Tomos I al X



También se encuentra presente en esta muestra el morfema /asa/ el cual, según Constenla (1995), se derivaría del étimo Muisca y Tunebo /hase/ correspondiente al pronombre de primera persona en singular. El mismo se presenta en el Tunebo como /asa/, no localizándose en otras lenguas de la región del Magdalena, Colombia, pero sí fuera de ésta como es el caso del Cuna y en el caso particular de Mérida en los antropónimos y toponímicos de Estanquez y Noro.

Por otra parte, la presencia del morfema /asa/ estaría definiendo en los antropónimos del área suroccidental del estado Mérida la primera persona y el pronombre posesivo. Para el antropolingüista Omar González Ñañez, es válida esta observación, ya que en el caso de otras familias lingüísticas como el maipure-arawak, los españoles recogían sin distinguir palabras que eran marcadas por un prefijo para medir, como en este caso el pronombre posesivo. (González, 2005).

Otra característica lingüística de estas parcialidades, relacionadas geográficamente entre sí, es la presencia de una gran variedad de fonemas al comienzo de los vocablos. En Uchuara o Los Estanquez y Nutea se presentan /a/, /b/, /c/, /g/, /n/ y /q/, disminuyendo su presencia, quizás por la aparición temprana de los españoles, en las parcialidades de La Cabana y Muquytulagua de Lagunillas, localizadas geográficamente al frente de las dos primeras.

En el vocabulario Mosco de 1612 (Quesada, 1991), se presentan muchas palabras con morfemas /a/, /b/ /c/, /k /, /g/, /f/, /q/ y /z/ y las terminaciones con los lexemas /gua/, /que/ y /sa/. Esta característica es compartida por este grupo de parcialidades en la construcción de sus antropónimos, lo cual podría estar relacionado con la influencia de lenguas Chibchas en la zona. En diversas oportunidades se ha planteado la presencia de grupos motilones bravos, actuales Barí, en estos territorios para la llegada de los españoles. (Salas, 1979, Wagner, 1992; Gordones, 1993).

## Grupo 2:



Se encuentra conformado por las parcialidades ubicadas a lo largo de la cuenca del río Chama, río Torondoy, nacientes del Mocotés y Valle de Nuestra Señora. Este grupo se caracteriza por antroponímicos y toponímicos que presentan un predominio de la sufijación de los morfemas /mu/ y /mo/, que como ya hemos dicho han sido relacionados como variantes de la lengua Timote y se han tomado como elemento para unificar a las poblaciones que habitaron la cordillera de Los Andes merideños (Salas, 1971-1997; Clarac, 1985) e inclusive al resto de la región andina venezolana (Jahn, 1973; Acosta Saignes, 1954; Mosonyi, 1986).

Ya para comienzos del siglo XX, Julio César Salas planteaba la existencia de una familia denominada “Chama”, la cual poseía: “unas mismas costumbres y nexos muy estrechos entre sus diferentes lenguas.” (Salas, 1971: 147). Afirmación ésta que se basa en la presencia del radical “mucu” en la identificación de nombres geográficos. Para Salas estos grupos humanos que habitaban parte del territorio merideño se diferenciaban de los Timote y Cuica, es decir que a nivel lingüístico constituirían una lengua diferente.

Alfredo Jahn (1973), por su parte, basado en los trabajos de Salas, plantea que el timote era una lengua hablada en todo el territorio merideño, así como también en Táchira: “Los Cuicas (...) aborígenes trujillanos, hablaban la misma lengua de sus vecinos (...) merideños y por esta razón debemos considerarlos como miembros de la gran nación timotes, pobladora de toda nuestra región andina.” (Jahn, 1973: 87).

Jahn, uniforme en el ámbito lingüístico toda la región andina, planteamiento éste que considera muy probable el antropólogo y lingüista Jorge Mosonyi (1986), para quien las parcialidades de los “Timoto-Cuicas” que poblaban la región andina: “hablaban una sola lengua, el timote, que tenía un conjunto de variedades dialectales locales.” (Mosonyi, 1986: 36).

Para Omar González Ñáñez, esta afirmación no sería válida para todo el territorio de la Cordillera Andina de Mérida: “con las pocas evidencias lingüísticas y por la afirmación correcta de Salas de la inexistencia del morfema mu~(mo-), en la lengua timote resulta difícil probar que las lenguas propiamente muku del área de Lagunillas fueran de filiación timote o que las mismas se extendieran desde Trujillo hasta las inmediaciones

del sur del Lago.” (González, 2000: 73).

Así mismo, se ha presentado diferencia en cuanto a la presencia del morfema /mo-/, lo que nos lleva a pensar en una particularidad estructural más que en una variante del morfema /mu-/, y que posiblemente estaría relacionado con los diferentes dialectos que se le atribuyen a la lengua timote.

### **Antroponímicos y Toponímicos Grupo 2**

<b>Muharacun</b>	<b>Morachemay</b>
<b>Mujuu</b>	<b>Moxontoco</b>
<b>Mucabay</b>	<b>Morcamoxa</b>
<b>Mustizo</b>	<b>Morejoto</b>
<b>Mucurupay</b>	<b>Morosase</b>
<b>Mujurunda</b>	<b>Moyrare</b>

Fuente: BNTFC. Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Tomos I al X.

<b>Mutian</b>	<b>Mutipu</b>
<b>Muticimum</b>	<b>Mutique</b>
<b>Mutiscote</b>	<b>Mutismi</b>
<b>Mutiquicox</b>	<b>Muticha</b>

Fuente: BNTFC. Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Tomos I al X.

Los antroponímicos que presentan la sufijación del prefijo con el morfema /mu-/ mantienen como característica la terminación en vocales siendo frecuentes la /e/, /a/ y la /i/, así como la terminación en conso-

nantes: /y/, /m/, /n/. Así mismo, hay frecuencia del morfema /-ti/ en posición infija.

Las terminaciones de los antroponímicos que mantienen en la conformación del prefijo la sufijación del morfema /mo-/, tienden a ser también vocales, predominando en este caso: /a/, /e/ y la /o/. También encontramos terminaciones con consonantes como: /s/, /y/, /m/ y /z/, sin que se pueda llegar a establecer un patrón en cuanto a la escogencia de una o de otra.

Junto a los antroponímicos que presentan el morfema /mo-/ como preposición, hemos notado la ausencia o poca frecuencia del lexema /ti/ manteniendo las mismas terminaciones vocálicas y consonánticas, siendo más frecuentes las primeras.

No hemos encontrado antroponímicos cuya composición suponga una variación del morfema /mu-/ y /mo-/ por lo que podemos suponer que se debe más a una construcción independiente, posiblemente debida a la presencia de un dialecto.

Así mismo, encontramos en este grupo la presencia del morfema /na/ y /an/, en posición intermedia o final, lo cual correspondería a la designación de la primera persona /an/ y la tercera persona /na/ o un radical aumentativo en la lengua Timote (Arrieta, 1992).

<b>Moxocotan</b>	<b>Morantan</b>
<b>Munay</b>	<b>Morachan</b>
<b>Moyranyca</b>	<b>Mochacapajuy</b>
<b>Moyoguaynaca</b>	<b>Maquyman</b>
<b>Mugarani</b>	<b>Mutucaran</b>
<b>Mutijuan</b>	<b>Mucunarey</b>
<b>Musnang</b>	<b>Mutunanuque</b>
<b>Mucunara</b>	<b>Macanton</b>

Fuente: BNTFC. Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Tomos I al X

Estas características en cuanto a la presencia de estos rasgos lingüísticos se concentran en las parcialidades de: Nucutacaa o Mucutaa, Capintiz, Mucuramos, Mucuchiz, Mucurua, Muquchiz, Mucipiche, Mochiz, Mosnacho, los cuales presentan una mayor frecuencia del radical /mo-/, y en relación con las parcialidades de: Maquiguara, Tosto, Mucustunta, Mucurusturu, Muchucafan, Mucurutu, Mucumux, Musnubu, Moquechique, Muxuxoa, Mucuesjque, Mucunoque, Mucuruva, Mucurufue, Muchuetaque, Mucuy, los cuales presentan con mayor frecuencia la radical /mu-/.

### Grupo 3:

Ubicado hacia el sur del Lago de Maracaibo, pie de monte de Mérida y parte del estado Trujillo, se encuentra representado por las parcialidades de Muchufago, Noro, Cuvachuan, Chirury, Mucunpus, Mucujubibu, Mucomamungo y Mocosnoto. Las características lingüísticas que nos permite agrupar a estas parcialidades en un solo grupo son la presencia de los siguientes antroponímicos:

#### Antroponímicos y Toponímicos de Grupo N° 3

<b>Cacepo</b>	<b>Mocaque</b>
<b>Toneque</b>	<b>Tismabi</b>
<b>Mofote</b>	<b>Nachucascepo</b>
<b>Nisfuy</b>	<b>Moresfuy</b>
<b>Munay</b>	<b>Joroy</b>

Fuente: BNTFC. Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Tomos I al X

Estos antroponímicos se repiten de manera casi constante para designar los nombres de los varones de estas parcialidades. Llama la aten-

ción esta característica, ya que en las otras se evidencia una riqueza en la construcción de los antropónimos. Así mismo, tenemos que hacer notar la ausencia de estos antropónimos en las otras listas que hemos trabajado.

Julio C. Salas (1997), afirma que varias de las parcialidades situadas en las cercanías de Timotes, hacia los lados del estado Trujillo, eran dominadas por un cacique nombrado “Toneque”, antropónimo que se repite en estas parcialidades. A partir de esta apreciación consideramos, tomando en cuenta la referencia de la ubicación aportada por Salas, que se trata de un solo grupo, cuyo cacique posiblemente serviría como nexo de reconocimiento.

La ausencia en este grupo de los radicales /mu/ y /mo/, que hemos tomado para caracterizar subgrupos del Timote en la región meridiana, posiblemente se deba a la gran variedad dialectal que el Timote presentaba.

## **Grupo 4:**

Las parcialidades que conforman este grupo se encuentran ubicadas hacia la parte oeste y suroeste del estado Mérida, representados en Xaxi, Yricuy, Curabare, Mucutate, Muruabaz, Nucay, Camucay, Mucusnupu y Mucunano.

Este grupo se caracteriza por presentar una gran variedad de morfemas al comienzo de la construcción de los antropónimos y los topónimos. Esta característica es compartida con el grupo número uno, pero se diferencia de este por no presentar los radicales /ana/, /asa/ e /ina/.

También se observa en este grupo baja frecuencia de los radicales, /mu-/ , /mo-/ , /mi-/ , /ma-/ , sin embargo, la gran variedad de fonemas en posición inicial en este grupo la encontramos también en la lista de los vocablos timote presentados por Arrieta, lo cual nos hace suponer que, si bien se correspondería con el timote, se diferencia de los antropónimos y topónimos, correspondientes al grupo número tres que hemos catalogado como típico del Timote.

## Antroponímicos y Toponímicos del Grupo N° 4

Yricuy	Extam	Jumiure
Chinto	Tutaque	Etundi
Purucuta	Chucucha	Cajanba
Cirigui	Soch	Jolong
Pirandu	Curubare	Quichi
Canti	Tamani	Cargapachi
Tasenbag	Mitiqui	Mobu
Segui	Tamani	Tiquito
Tanon	Sochi	Mocomn
chimu	Nacay	Tijo
Extaraque	Picarando	Muripaz
Cachiquine	Chicofa	Mosnachog

Fuente: BNTFC. Archivo Histórico de la Nación, Visitas de Venezuela. Tomos I al X.

### Grupo 5:

Para la conformación de este grupo nos hemos basado en la presencia de toponímicos que se ubican en la zona sur-occidental, entre los límites de los actuales estados Barinas y Táchira.

El grupo de toponímicos que encontramos en esta región se caracteriza por la presencia del morfema /gua/ en posición inicial o en posición final. Este morfema puede estar relacionado con la penetración de grupos de habla arawak, donde el morfema /wa/ pudo haber sufrido una castellanización en el proceso de conquista europea. Aquí es importante

mencionar que en la zona de la cordillera donde hemos ubicado estos toponímicos también encontramos en la actualidad el topónimo de “Capurí” que significa mono en las lenguas arawaka del Amazonas. (González, 2005).

### **Antroponímicos y Toponímicos del Grupo N° 5**

<b>Yricagua</b>	<b>Guariqueñas</b>
<b>Diricagua</b>	<b>Guarichines</b>
<b>Ysuguaca</b>	<b>Curvenas</b>
<b>Guaraque</b>	<b>Babiriqueñas</b>
<b>Guaruries</b>	

**Fuente:** BNTFC. Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Tomos XXVI y XXVII

En síntesis, como se ha podido apreciar, la investigación que hemos realizado de los antroponímicos y toponímicos de la Cordillera de Mérida nos ha permitido distinguir tres grandes grupos lingüísticos dentro de estas áreas geográficas específicas:

1.- El grupo número uno y cuatro deben su relación a la expansión de los grupos hablantes de la lengua chibcha y emparentados con los antepasados de los Barí, conocidos también en la etnología de comienzos del siglo XX como “Motilones Bravos”.

2.- La lengua timote y sus variantes, representadas por el grupo dos y tres, fueron dominantes en cuanto a su extensión geográfica y permanencia de los toponímicos y antroponímicos localizados.

3.- El grupo cinco, con una notable relación con los Arawak provenientes de Los Llanos venezolanos que penetraron la Cordillera Andina de Mérida posiblemente en una época más tardía.

# Cerámica y etnicidad

## El material cerámico como expresión de la etnicidad

Para nosotros, los materiales culturales son el producto de la transformación que un grupo particular ejerce sobre sus medios convirtiéndose en la expresión más formal de la etnicidad de los grupos sociales.

En los trabajos arqueológicos, el conocimiento de los patrones de enterramiento, la utilización del medio ambiente en la transformación de bienes alimenticios y no alimenticios, los patrones de asentamiento y la elaboración cerámica, entre otros, son elementos que nos hablan de la creación de pautas de pertenencia y de la etnicidad del grupo en el devenir de su proceso histórico-social.

En los contextos arqueológicos, uno de los indicadores que ha sido tomado como expresión de “la etnicidad” es el material cerámico, ya que las pautas de su elaboración y utilización se corresponden con los criterios asumidos y elaborados de manera consciente en la cotidianidad del grupo que los produce a lo largo de su tradición histórica (Navarrete, 1990; Gordones, 1995). En este sentido: “la definición o utilización de códigos simbólicos completos por parte de un artesano no puede ser producto del azar histórico. Para que un creador, en este caso un alfarero introduzca en la tradición de las vasijas elementos estilísticos que suponen códigos simbólicos, los cuales son compartidos por los miembros de una comunidad, en tanto integrantes de una etnia, debe existir en tal alfarero un sentido de pertenencia étnica.” (Vargas, 1987: 358). La conformación de la etnicidad es pues producto y efecto de los elementos que los grupos sociales crean en la transformación de su entorno y de los contenidos valorativos-simbólicos que estos les asignen en la reflexión cotidiana de su proceso productivo.

El análisis del material arqueológico cerámico es una herramienta



que le permite al investigador/a acceder a los elementos fenoménicos de la cultura material de una sociedad determinada, de tal modo que se pueda establecer el desarrollo socio-histórico de la sociedad en cuestión. En tal sentido, el dato arqueológico – en nuestro caso el cerámico– constituye un testigo silencioso que da cuenta de las variables tecnológicas y socio-culturales, así como de las ideológicas que dieron lugar al objeto, siendo éstas el resultado del conocimiento, aceptación e identificación por parte de los miembros del grupo, cuestión sumamente importante a la hora de hablar de los procesos étnicos -identitarios de sociedades ya extintas.

Con la finalidad de establecer relaciones de los materiales obtenidos en trabajos arqueológicos, hemos considerado necesario establecer comparaciones en el ámbito de los “tipos” y sus atributos, con los reportados en trabajos realizados anteriormente en la región de Mérida y fuera de ella. En este orden, para la clasificación del material arqueológico cerámico, nos hemos basado en la creación de “tipos” a partir de la combinación de los atributos de color, desgrasante, decoración y forma, infiriendo la función por ser estos los más significativos.

La cerámica y las relaciones que ésta guarda con otras expresiones de la vida social se convierte en una de las mejores exponentes de la etnicidad de los grupos que la producen.

#### Clasificación y descripción del material cerámico

Los materiales descriptos provienen de nuestras propias investigaciones de campo y de otros trabajos arqueológicos llevados a cabo en distintos momentos, por diferentes investigadores/as en la Cordillera Andina de Mérida.

El objetivo específico es establecer sus elementos característicos, su ubicación en la región y las relaciones que guardan tanto en el ámbito espacial, como en el temporal.

## ONIA

El yacimiento de Onia, ubicado en la zona sur del piedemonte andino que colinda con el Lago de Maracaibo, fue excavado en la década de los 60 por Mario Sanoja e Irida Vargas, en el marco del Proyecto de

Arqueología del Occidente de Venezuela (1967 y 1970).

Hemos considerado para este trabajo hacer un análisis previo de dicho material, resguardado por el Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes, con la finalidad de lograr establecer una comparación con otros de la región.

Del total del material correspondiente al sitio arqueológico de Onia se trabajaron 2.923 fragmentos, de los cuales 78 presentan un engobe blanco sobre la superficie externa; 43 a una decoración plástica y 199 corresponden a fragmentos de bordes.

**Entre las características distintivas de la muestra tenemos:**

A. Presencia de un engobe blanco sobre la superficie externa, con un color grisáceo en la cara interna.

B. Grosor de las paredes que oscila entre 0.5 cm a 1.3 cm.

C. Recubrimiento grueso de arcilla en la parte externa de las piezas que al parecer cubría toda la parte externa de las mismas.

D. Las asas tienden a ser acintadas, colocadas de manera vertical o en forma de orejeras.

E. La decoración, cuando se encuentra presente, consiste en incisión lineal corta, punteado inciso y acanalado.

F. Las bases tienden al parecer a ser planas o redondeadas.

G. Presencia de bases anulares, frecuentes en el tipo anaranjado liso, y en ocasiones presenta decoración incisa punteada.

**La decoración consiste en:**

A. Cintas aplicadas con o sin incisión.

B. Mamelones aplicados, modelados con incisión o punteado inciso.

C. Punteado.

D. Incisión corta paralela vertical u oblicua.

E. Los elementos decorativos se ubican en la zona del borde y

labio o en la parte media de las vasijas.

A partir de la combinación de los atributos de color, decoración y textura, hemos establecido los tres tipos cerámicos para esta muestra.

### **1. Tipo engobe blanco**

#### 1. 1. Pasta:

1.1.1. Color: De grisáceo, 2.5YR6/1 a anaranjado claro 2.5YR7/6.

1.1.2. Textura: Compacta y jabonosa.

1.1.3 Cocción: Oxidación completa, no presentando núcleos en general.

1.1.4. Antiplástico: Arena fina y mica como inclusión natural.

#### 1.2. Superficie:

1.2.1. Color: Varía en relación con la aplicación del engobe blanco y las formas. En general las vasijas globulares presentan engobe en la parte externa, mientras que hay unos fragmentos de vasijas de boca ancha, poco profundas, que presentan engobe blanco tanto en la parte interna como externa. El color de la superficie sobre la cual fue aplicado el engobe varía de marrón claro, 5YR6/2, a un anaranjado claro, 5YR7/6.

1.2.2. Tratamiento: Alisado.

#### 1.3. Formas:

1.3.1. Bordes: Directos rectos, ligeramente entrantes o salientes.

1.3.2. Labio: Aplanados o redondeados.

1.3.3. Bases: Posiblemente planas o redondeadas.

1.4. Formas reconstruidas: Vasijas globulares de cuello alto y boca ligeramente restringida; vasijas de boca ancha y cuerpo poco profundo y vasijas de boca ancha paredes entrantes y cuerpo medianamente profundo (Ver lámina N°1).

1.5.Función: Posiblemente para contener o almacenar alimentos.

### **2. Tipo engobe de arcilla grueso:**

#### 2.1. Pasta:

2.1.1. Color: varía de anaranjado claro 2.5YR7/6, a un anaranjado oscuro, 2.5YR6/6.

2.1.2. Textura: Compacta.

2.1.3. Cocción: Oxidación completa, no presentando núcleos en general.



2.1.4. Antiplástico: Arena fina y mica por inclusión natural.

2.2. Superficie: Se caracteriza por presentar una gruesa capa de arcilla del mismo color de la superficie.

2.3. Tratamiento: Presenta una superficie externa muy agrietada o siguiendo un patrón de impresión que puede estar relacionado con la referencia de impresión de tejidos referidas por Sanoja y Vargas (1963).

2.4. Formas: No se han podido establecer formas en este tipo debido a que no se encontraron fragmentos correspondientes a inflexiones o bordes.

2.5. Decoración: No se encuentra presente.

### 3. Tipo anaranjado liso:

3.1. Pasta:

3.1.1. Color: Varían de anaranjado claro 2.5YR7/6 a un anaranjado oscuro 2.5YR6/6.

3.1.2. Textura: Compacta.

3.1.3. Cocción: Oxidación completa.

3.1.4. Antiplástico: Arena fina y mica por inclusión natural.

3.2. Superficie:

3.2.1. Color: Varía de anaranjado claro 2.5YR7/6 a 5YR6/6.

3.2.2. Tratamiento: Presenta una superficie externa alisada que en algunos casos puede estar decorada.

3.3. Formas:

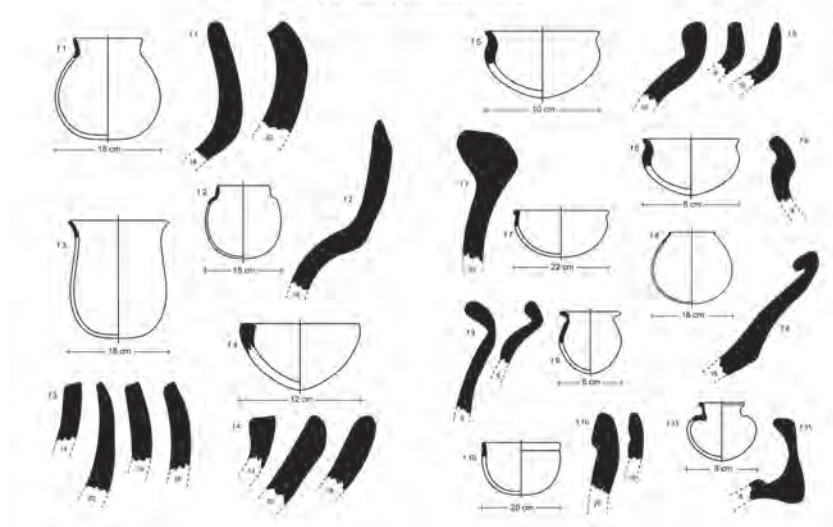
3.3.1. Bordes: Directos rectos, ligeramente entrantes o salientes, con engrosamiento o no en la cara interna.

3.3.2. Labios: Aplanados, redondeados o ligeramente biselados.

3.3.3. Bases: posiblemente planas o redondeadas, circulares cortas.

3.4. Formas reconstruidas: Vasijas globulares de cuello alto y boca ligeramente restringida, vasijas de boca ancha y cuerpo poco profundo, vasijas de boca ancha paredes entrantes y cuerpo medianamente profundo y bol (ver lámina de formas y bordes).

Formas y bordes de Onia



#### 4. Decoración:

4.1. Técnica: Plástica, que consiste en la aplicación de cintas delgadas, modeladas, con o sin incisión lineal corta o punteado, mamelones aplicados, modelados con incisión lineal o punteado e incisión corta paralela vertical u oblicua. La presencia de decoración pintada sobre la cual se ejecuta frecuentemente el punteado inciso también se encuentra presente en este tipo, pero en menos frecuencia, así como los apliques zooantropomorfos.

Los elementos decorativos se encuentran ubicados en la zona del borde y labio de las vasijas en la zona media del cuerpo y en las bases anulares.

5. Función: Preparación y almacenamiento de alimentos.

### **Relaciones:**

De la muestra trabajada no hemos encontrado fragmentos con desgrasante de tiestos molidos, ni el correspondiente al tipo con pintura negra sobre blanco que definen Sanoja y Vargas (1963), lo cual se puede deber a pérdidas del material, antes de su ubicación final en la sede del Museo Arqueológico “Gonzalo Rincón Gutiérrez”.

El material de Onia está relacionado con la tradición plástica establecida para el Occidente de Venezuela y norte de Colombia (Sanoja y Vargas, 1967: 1969), la cual se caracteriza por un predominio de la incisión, el punteado, el modelado y la impresión. Los apliques se caracterizan por representar figuras antropomorfas y zoomorfas, vasijas Tetrápode y trípodas, la presencia de figurinas y vasijas funerarias.

También, la tradición plástica de Onia estaría relacionada con la Fase Zancudo (Sanoja, 1969) y la Fase El Guamo (Sanoja y Vargas, 1967 y 1970), con las cuales compartiría la variedad de desgrasante de tiestos molidos y arena fina, así como el engobe blanco y la decoración basada en la incisión, punteado y modelado. Para este tipo, Sanoja y Vargas (1967 y 1969), establecen una relación con la Fase El Guamo a partir de la presencia de pintura blanca, la cual habría penetrado en Onia y luego pasaría a la Fase Zancudo, dando origen al tipo Zancudo Blanco para después

decaer al final del primer período, que abarca desde 864 a. C. a 1168 d.C, lo que estaría, según estos autores, marcando un desplazamiento de los grupos portadores de la alfarería del occidente de Maracaibo hacia el Pie de Monte Andino.

Este cuadro se ve reforzado por el establecimiento de relaciones de los materiales de Onia y Zancudo con la Serie Berlinoide (Arvelo y Wagner 1986) y sus estilos Berlín, El Diluvio y Sirapta, planteados por Arvelo y Wagner (1986) y Arvelo (1987 1996). La Serie Berlinoide (Arvelo y Wagner, 1986) comparte con Onia la variedad de desgrasante (arena fina, arena gruesa, piedras molidas y tiestos molidos), una decoración fundamentalmente plástica con predominio de la incisión, el punteado, el modelado y el aplique. La Serie Berlinoide (Arvelo y Wagner, 1986) comprende una gran tradición plástica que abarca desde 500 a.C al 1500 d.C, asociada a la pintura Negro sobre Blanco, Rojo sobre Blanco y Rojo sobre Natural con combinaciones de decoración plástica.

Así mismo, Onia guarda relación con los sitios de Lagunillas de Mérida (Ramos, 1990), Estanquez (Gordones, 1995) y La Matica en Santa Cruz de Mora ubicados en la Cordillera Andina de Mérida, y con las cuales comparte el predominio de la decoración plástica con líneas incisivas, el punteado y la aplicación de figuras antropomorfas y zoomorfas en la parte externa de las vasijas. También comparte los entierros secundarios en urnas, la presencia de pintura roja combinada con decoración plástica, las bases pedestales y la presencia de un pequeño número de fragmentos con engobe blanco y rojo sobre blanco.

## MATICA

La Matica, ubicado Santa Cruz de Mora, municipio Antonio Pinto Salinas del estado Mérida, en la cuenca del río Mocotíes, hacia los límites con Onia, corresponde a un yacimiento habitacional, el cual fue perturbado por la construcción de una vía de penetración. El mismo fue excavado durante el año 1997, lográndose obtener 608 fragmentos cerámicos de los cuales 106 corresponden a bordes.

**Entre las características distintivas de la muestra tene-**

mos:

A. Desgrasante de arena gruesa, arena fina y piedras molidas.

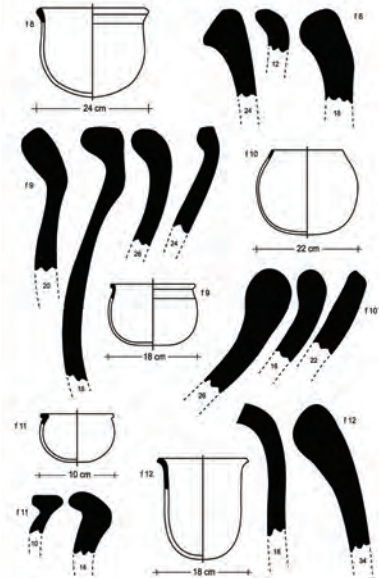
B. Decoración fundamentalmente plástica, predominando la incisión de líneas anchas poco profundas, oblicuas o semicirculares, el punteado y la aplicación de figuras antropomorfas y zoomorfas en la zona del borde.

C. Presencia de engobe rojo situado en la zona del borde y parte media de las vasijas en la cara externa.

D. Bases planas redondeadas o pedestales cortas.

E. Vasijas globulares de cuello corto con decoración incisa y apliques modelados en la zona del borde. Vasijas de boca abierta poco profundas, boles y vasijas semi globulares de paredes ligeramente rectas, formando un cuerpo interno relativamente rectangular, con presencia de decoración incisa lineal y apliques modelados zoomorfos en la zona del borde (ver lámina N° 2).

A partir de las características presentes en la muestra hemos esta-





blecido dos tipos cerámicos:

### **1. Tipo marrón**

#### 1.1. Pasta

1.1.1. Color: Varía de un marrón oscuro 2.5YR25/4 a un marrón rojizo 2.5YR3/6.

1.1.2. Textura: Compacta.

1.1.3. Cocción: Varía de una oxidación completa a incompleta, con un porcentaje menor que presenta núcleo en el interior.

1.1.4. Antiplástico: Arena, piedras molidas y esquito micáceo.

#### 1.2. Superficie:

1.2.1. Color: Varía según la cocción de un marrón claro 2.5YR5/4 a un marrón rojizo 2.5YR3/6.

1.2.2. Tratamiento: La superficie externa fue alisada y en algunos casos presenta un pulido, así como manchas negras debido a la cocción por lo que podemos suponer que no se tenía un buen control sobre la misma.

#### 1.3. Formas (ver lámina N° 2):

1.3.1. Bordes: Directo recto, ligeramente saliente con engrosamiento externo o ligeramente entrante, engrosados o no.

1.3.2. Labio: Redondeado, aplanado o ligeramente biselado.

1.3.3. Bases: Planas, redondeadas o circulares pedestales cortas.

#### 1.3.4. Formas reconstruidas:

1.3.4.1. Vasijas globulares con cuello corto y boca ancha con decoración incisa semi-circular o lineal en la zona del borde y apliques modelados, zoomorfos o asas acintadas cortas.

1.3.4.2. Boles.

1.3.4.3. Vasijas semi-globulares de paredes salientes y boca ancha.

4. Decoración: Plástica, caracterizada por la incisión lineal semi-circular y apliques modelados ubicados en la zona del borde.

### **2. Tipo engobe rojo**

2.1. Pasta: Igual a la anterior.

2.2. Superficie: La superficie externa fue alisada y en algunos casos presenta un cierto pulido con una pintura roja muy delgada ubicada en la zona del borde y el labio de las vasijas o hasta la parte media de la cara externa de éstas.

2.3. Formas (ver lámina de formas y bordes)

2.3.1. Bordes: Directo, ligeramente recto o saliente, con engrosamiento externo.

2.3.2. Labios: Aplanados, redondeados o ligeramente biselados.

2.3.3. Bases: Planas, redondeadas, circulares pedestales cortas.

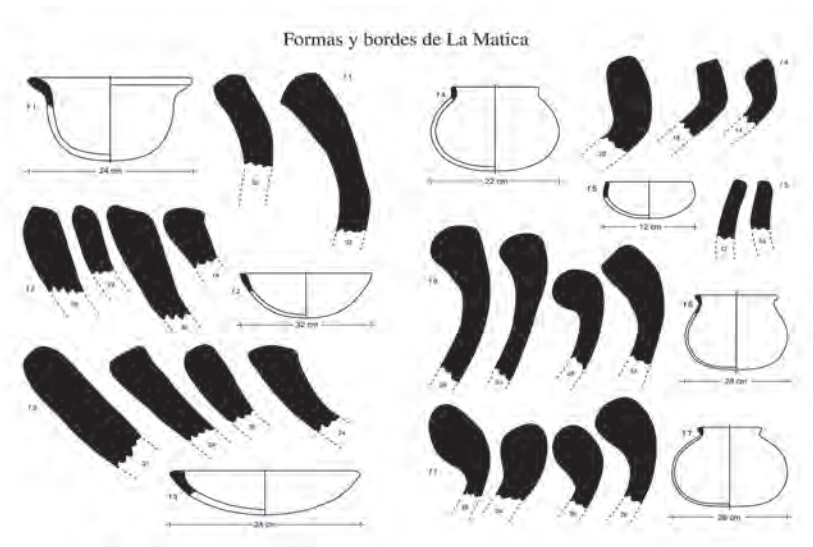
2.4. Formas reconstruidas:

2.4.1. Vasijas semi-globulares con base circular pedestal corto, decoración incisa semi-circular y aplique modelado.

2.4.2. Vasijas de cuerpo ligeramente recto u borde ligeramente saliente con decoración incisa corta triangular paralela y pintura roja en la zona del borde y parte media de las vasijas.

2.4.3. Boles.

2.5. Decoración: Plástica, caracterizada por la incisión lineal semi-circular y apliques modelados ubicados en la zona del borde.



### **Relaciones:**

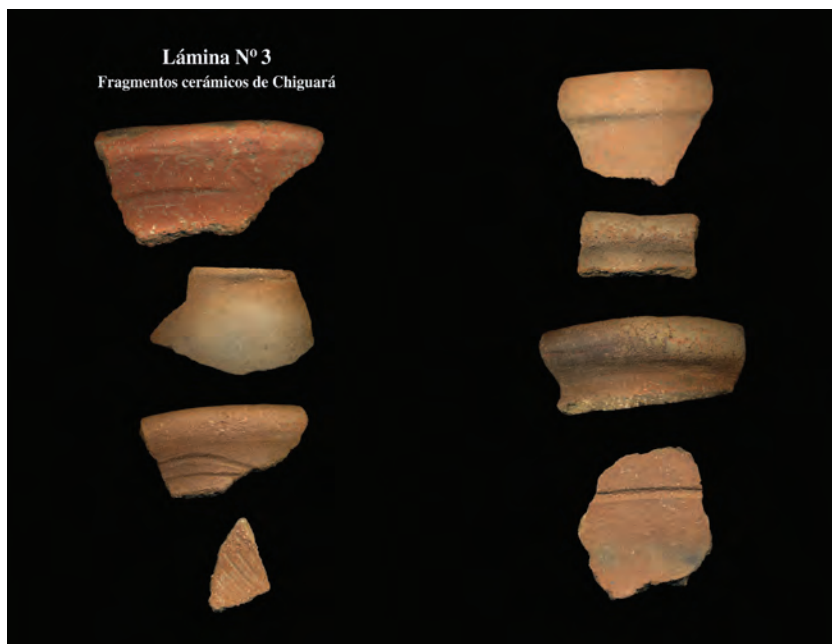
El material cerámico del sitio de La Matica en Santa Cruz de Mora, se relaciona con el material de Lagunillas (Ramos, 1990) y Estanquez (Gordones, 1995), en la cuenca del río Chama, así como también con los tipos Ranchón Naranja Inciso, Zancudo Inciso y Zancudo Rojo Inciso, pertenecientes a la Fase Zancudo (Sanoja, 1969), con los cuales comparte el desgrasante de arena y piedras molidas, la decoración plástica, incisa y el modelado aplicado, la presencia de pintura roja en la zona del borde de las vasijas. El material cerámico de La Matica se encuentra relacionado con la tradición plástica alfarera del Occidente del país que describimos en líneas anteriores.

## **CHIGUARÁ**

El yacimiento arqueológico de Chiguará, situado en la cuenca media del río Chama, estado Mérida, fue excavado a finales de los años 60 por Mario Sanoja, en el marco del Proyecto de Arqueología del Occidente de Venezuela (Sanoja y Vargas, 1967, 1970). La muestra del material arqueológico consta de 2.186 fragmentos, entre los cuales tenemos 146 bordes.

### **Entre las características distintivas de la muestra tenemos:**

- A. Desgrasante de arena gruesa, arena fina y piedra molida.
- B. Decoración fundamentalmente plástica predominando la incisión de líneas anchas, poco profundas, oblicuas o semi-circulares.
- C. Presencia de engobe rojo situado en la zona del borde y parte media de las vasijas en la cara externa.
- D. Bases planas o redondeadas.
- E. Vasijas globulares de cuello corto con decoración incisa en la zona del borde. Vasijas de boca abierta poco profundas y boles. (ver lámina N° 3).



## 1. Tipo Marrón

### 1.1. Pasta:

1.1.2. Color: Color marrón 7.5R4/1.

1.1.3. Textura: Compacta, rugosa.

1.1.4. Cocción: En general presenta oxidación incompleta, con núcleos.

1.1.5. Antiplástico: Arena, cuarzo y mica por inclusión natural.

### 1.2. Superficie:

1.2.1. Color: Entre anaranjado claro 5YR5/6 y anaranjado oscuro 10R4/8.

1.2.2. Tratamiento: Alisada en la cara externa.

### 1.3. Formas:

1.3.1. Bordes: Directos salientes, ligeramente rectos con engrosamiento interno e indirectos salientes.

1.3.2. Labios: Aplanados, redondeados y ligeramente biselados.

1.3.3. Bases: Planas y redondeadas.

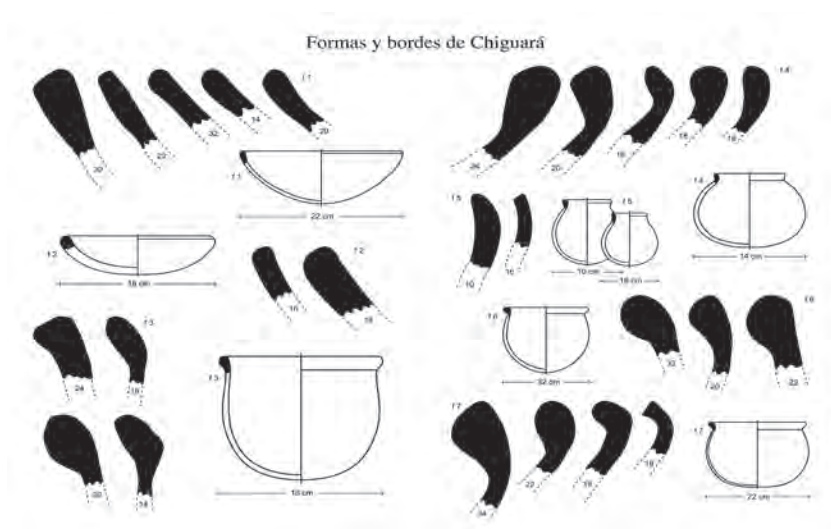
1.4. Formas reconstruidas (ver lámina N° 3 de formas y bordes):

1.4.1. Vasijas de boca ancha poco profundas.

1.4.2. Bol.

1.4.3. Vasijas globulares y boca ancha.

1.4.4. Vasijas semi globulares de boca restringida.



1.5. Decoración: La tendencia decorativa es plástica, caracterizándose fundamentalmente por la presencia de la incisión lineal y en menor grado por cintas aplicadas con impresión de dedos ubicadas en la zona media del cuerpo de las vasijas.

### Relaciones:

Las características de una decoración fundamentalmente plástica combinada con pintura roja en zona o cubriendo toda la pieza, relacionan a Chiguará con el material de Lagunillas (Ramos, 1990), Estanquez

(Gordones, 1995) y La Matica, aunque los diseños incisos del primero no lleguen a tener la contundencia que tiene en los otros sitios nombrados.

Chiguará se relaciona también con Zancudo (Sanoja y Vargas, 1967, 1970), específicamente con el tipo Zancudo Rojo (Sanoja 1969) con el cual comparte el desgrasante y la decoración plástica superficial con engobe rojo. Además, comparte con Lagunillas, los entierros directos en posición flexionada en tumbas circulares recubiertas de piedra y la presencia de urnas funerarias (Ramos, 1990), características éstas compartidas también con la Fase El Guamo, Onia y la Fase Zancudo (Sanoja y Vargas, 1967 1970).

En menor grado, Chiguará comparte con los sitios arqueológicos de la cuenca alta del río Chama la presencia de una cerámica con paredes gruesas y decoración incisa, cintas aplicadas con impresiones de dedos situadas en la parte media de las vasijas, lo que permitiría plantear a Chiguará como uno de los sitios de confluencia de la alfarería de grupos ubicados en la cuenca media y baja del Chama y grupos asentados en la cuenca alta de este mismo río.

## CUEVA JEREMÍAS

El material arqueológico de la Cueva Jeremías, ubicada en Las Mercedes, entre las poblaciones de Jají y La Sabana, Municipio Campo Elías, fue recolectado en el año de 1984 por Antonio Niño, investigador del Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez. De esta zona contamos con un total de 91 fragmentos cerámicos correspondientes a 17 bordes y 56 fragmentos decorados.

**Entre las características distintivas de la muestra tenemos:**

- A. Desgrasante de arena y cuarzo de granos con diferentes tamaños.
- B. Decoración fundamentalmente plástica predominando la incisión en líneas poco profundas y punteado triangular.

C. Presencia de engobe rojo situado en la zona del borde y parte media de las vasijas en la cara externa.

D. Bases planas o redondeadas.

E. Vasijas con cuello corto y decoración incisa en la zona del borde. Vasijas de boca abierta poco profundas y boles (Ver lámina N° 4).



La preponderancia de las vasijas de pequeño diámetro de cuello corto y decoración plástica y pintada, se asocia a Lagunillas, cuenca baja del Chama y en menor proporción a las vasijas localizadas en los sitios funerarios (mintoyes) de la cuenca alta del río Chama, más específicamente, en las zonas de La Pedregosa (Gordones y Meneses, 1992) y Loma de La Virgen (Ramos, 1988), del municipio Libertador, San Gerónimo (Vargas, 1969) y Tabay, del municipio Santos Marquina. Por lo típico de esta cerá-

mica en la cuenca baja del Chama, creemos que estamos en presencia de una relación de comercio, como cerámica votiva.

A partir de la combinación de los atributos de color y decoración hemos establecido dos tipos cerámicos para la muestra:

### **1. Tipo anaranjado**

#### 1.1. Pasta:

1.1.1. Color: Anaranjado claro, 2.5YR7/6

1.1.2. Textura: Compacta.

1.1.3. Cocción: Oxidación completa.

1.1.4. Antiplástico: Arena, piedra molida y mica por inclusión natural.

#### 1.2. Superficie:

1.2.1. Color: Anaranjado 2.5YR7/6.

1.2.2. Tratamiento: Alisado en la cara interna.

#### 1.3. Formas:

1.3.1. Bordes: directos salientes o ligeramente entrantes.

1.3.2. Labios: Redondeados o aplanados.

1.3.3. Bases: Planas o redondeadas.

#### 1.4. Formas reconstruidas (ver lámina de formas y bordes):

1.4.1. Vasijas semi-globulares de borde ligeramente recto y boca ancha.

1.4.2. Vasijas globulares de borde ligeramente entrante o saliente y boca ancha.

1.4.3. Vasijas de boca ancha poco profundas.

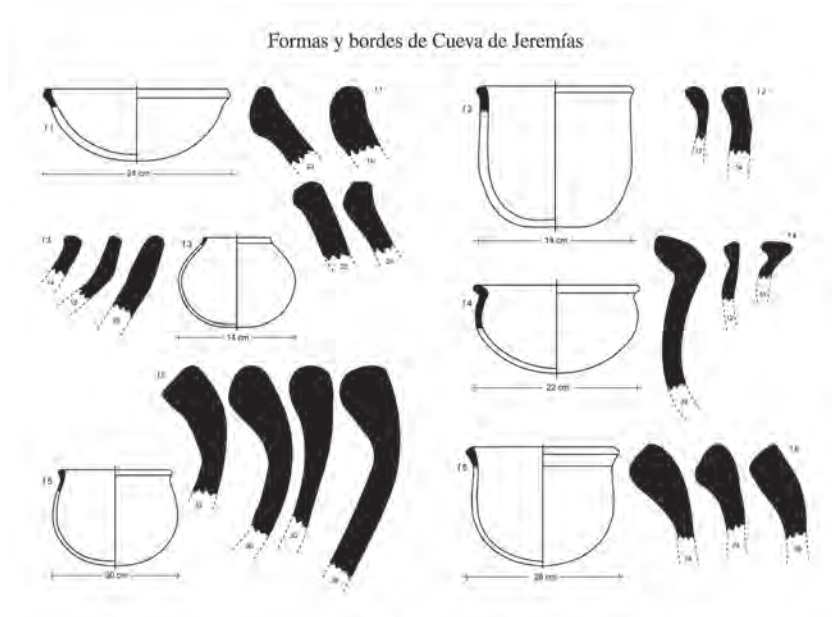
1.4.4. Boles.

1.4.5. Vasijas globulares con bordes ligeramente salientes y boca restringida.

1.4.6. Vasijas globulares con cuellos salientes y paredes ligeramente entrantes.

1.4.7. Decoración: Se caracteriza por la presencia de incisión lineal vertical, paralela o semi-circular, en la zona del borde y parte media de las vasijas, la incisión lineal vertical y la presencia de mamelones aplicados.





## 2. Tipo marrón claro

### 2.1. Pasta:

2.1.1. Color: Marrón 2.5YR4/1.

2.1.2. Antiplástico: Arena, cuarzo y mica por inclusión natural.

### 2.2. Superficie.

2.2.1. Color: Marrón 2.5YR4/1.

2.2.2. Tratamiento: La superficie externa se encuentra alisada y algunas piezas presentan pulimento con muestras de estrías dejadas por el instrumento, posiblemente un canto rodado. Esta característica recuerda al material de Timotes fundamentalmente el de carácter votivo.

### 2.3. Formas:

2.3.1. Bordes: Directos rectos, ligeramente entrantes o salientes con engrosamiento interno o externo.

2.3.2. Labios: Aplanados, redondeados o ligeramente bislados

2.3.3. Bases: Planas o redondeadas.

2.4. Formas reconstruidas:

2.4.1. Vasijas con borde salientes y boca ancha.

2.4.2. Vasijas globulares con cuello corto y boca ancha.

2.4.3. Vasijas con cuello corto y boca restringida.

2. 5. Decoración: La decoración se caracteriza por la presencia de la incisión lineal vertical y paralela y la incisión semi-circular. Se presentan las cintas aplicadas en la parte media de las vasijas.

**Relaciones:**

En lo que se refiere al desgrasante, técnica de superficie y formas cerámicas, el material de Cueva Jeremías presenta similitudes con los otros sitios arqueológicos localizados en la cuenca alta del río Chama, con los cuales comparte las formas de vasijas globulares de boca ancha, los boles, las vasijas de cuerpo saliente poco profundas y de boca ancha. La decoración plástica se caracteriza por la presencia de cintas aplicadas con impresión de dedo, el punteado, la incisión lineal corta y mamelones aplicados.

En la Cueva Jeremías también se encuentra presente una vasija de tamaño mediano, cuello corto y con decoración incisa en la zona del borde que se relaciona con el material de Lagunillas que, como ya hemos dicho anteriormente, se relaciona con un material destinado a uso votivo.

La asociación de vasijas de pequeño diámetro asociadas como elemento votivo a sitios de santuarios, como cuevas y a sitios de enterramiento, ha sido reportada por Erika Wagner (1988) para las Fases Miquimú y Mirinday.

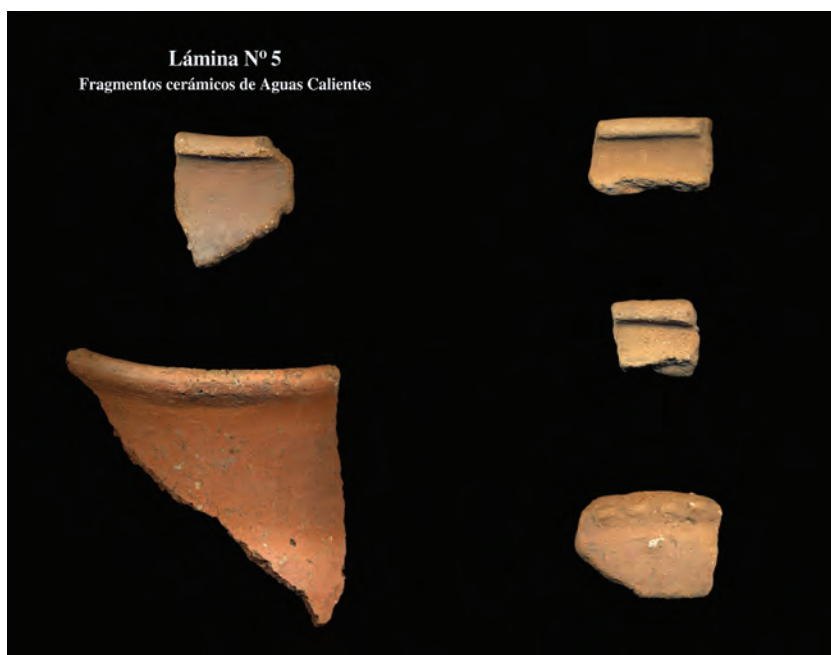
**AGUAS CALIENTES**

La colección de Aguas Calientes, municipio Santos Marquina, recolectada por Arturo Falcón y José A. Gil, en el año 2000, está formada por 94 fragmentos cerámicos provenientes de una recolección superficial, de los cuales 24 corresponden a bordes.

**Entre las características distintivas de la muestra en-**

**contramos:**

Decoración plástica caracterizada por cintas aplicadas con impresión de dedos y mamelones aplicados modelados. Dicha decoración se ubica en la zona de los bordes y en la parte media del cuerpo de las vasijas (Ver lámina N° 5).



**1. Tipo Marrón**

1.1. Pasta:

1.1.1. Color: Marrón oscuro 7.5R4/1 a marrón claro 5YR6/6.

1.1.2. Textura: Compacta.

1.1.3. Cocción: Oxidación completa, no presentando núcleos.

1.1.4. Antiplástico: Arena, cuarzo y mica por inclusión natural.

1.2. Superficie:

1.2.1. Color: Anaranjado claro 5YR5/6 a marrón claro 5YR6/6.

1.2.2. Tratamiento: Alisada en la cara externa.

1.3. Formas:

1.3.1. Bordes: Directos ligeramente rectos, entrantes o salientes con engrosamiento interno o externo.

1.3.2. Labios: Aplanados, redondeados o ligeramente biselados.

1.3.3. Bases: Planas o redondeadas.

1.4.4. Formas reconstruidas (ver lámina de formas y bordes):

1.4.1. Vasijas semi-globulares de borde ligeramente recto y bocaancha.

1.4.2. Vasijas globulares con bordes ligeramente entrantes o salientes y boca ancha.

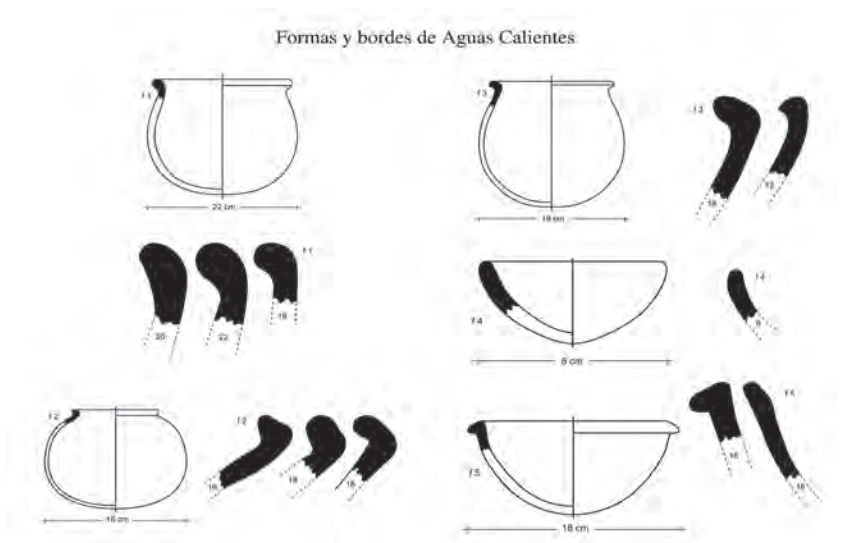
1.4.3. Vasijas con boca ancha poco profundas.

1.4.4. Boles.

1.4.5. Vasijas globulares con bordes ligeramente salientes y boca restringida.

1.4.6. Vasijas globulares de cuello saliente y paredes ligeramente entrantes.

1.5. Decoración: Incisión lineal vertical paralela o semi-circular, mamezones aplicados modelados y cintas aplicadas con incisión.



1.5.1. Ubicación: Zona del borde y parte media de las vasijas.

**Relaciones:**

Presenta las mismas relaciones que las ya establecidas para los otros sitios situados en la cuenca alta del río Chama y la asociación de vasijas votivas en sitios de entierro y santuarios.

## **TIMOTES**

Hacia la zona de Timotes, Municipio Miranda, estado Mérida, tenemos en custodia del Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez una muestra de materiales provenientes de recolecciones superficiales llevados a cabo en diferentes momentos.

### **Entre las características distintivas de la muestra tenemos:**

- A. Desgrasante de arena fina y arena gruesa.
- B. Presencia de decoración plástica: incisión, punteado, aplicación de cintas con impresión de dedo o no, con punteado o incisión, predominando la primera.
- C. Decoración pintada.
- D. Presencia de micro vasijas.
- E. Presencia de vasijas incensarios, tetrápodos y trípodes.
- F. Las asas tienden a ser acintadas, colocadas de manera vertical o en forma de orejeras. Presencia de mamelones aplicados, incisos o no.
- G. Los elementos decorativos se ubican en la zona del borde y labio o en la parte media de las vasijas.

Por ser los más significativos, a partir de la combinación de los atributos de color, decoración y textura hemos establecido dos tipos cerámicos para esta muestra.



## 1. Tipo anaranjado

### 1.1. Pasta:

1.1.1. Color: Anaranjado claro 2.5YR7/6.

1.1.2. Textura: Compacta.

1.1.3. Cocción: Oxidación incompleta, presentando núcleos.

1.1.4. Antiplástico: Arena, cuarzo y mica por inclusión natural.

### 1.2. Superficie:

1.2.1. Color: Anaranjado, 5YR7/6

1.2.2. Tratamiento: Alisada y en algunos casos presenta pulido en la cara externa.

### 1.3. Formas:

1.3.1. Bordes: Directos rectos, ligeramente entrantes o salientes con engrosamiento interno.

1.3.2. Labio: Aplanados o redondeados.

1.3.3. Bases: Planas, redondeadas o bulbosas macizas.

1.4. Formas reconstruidas (er lámina de formas y bordes):

1.4.1. Vasijas trípodes.

1.4.2. Vasijas tetrápodos.

1.4.3. Vasijas globulares con cuello saliente y paredes ligeramente entrantes.

## **2. Tipo marrón claro**

2.1. Pasta:

2.1.1. Color: Marrón 2.5YR4/1.

2.1.2. Textura: Compacta.

2.1.3. Cocción: Oxidación completa.

2.1.4. Antiplástico: Arena, cuarzo y mica por inclusión natural.

2. Superficie:

2.2.1. Color: Varía de un marrón claro 2.5YR4/1 a un marrón oscuro 2.5YR5/3.

2.2.2. Tratamiento: Cara externa alisada.

2.3. Formas:

2.3.1. Bordes: Directos rectos, entrantes o salientes con engrosamiento interno.

2.3.2. Labio: Aplanados o redondeados.

2.3.3. Bases: Planas o redondeadas.

2.4. Formas reconstruidas (er lámina de formas y bordes)

2.4.1. Vasijas con borde saliente y boca ancha profundas.

2.4.2. Vasijas con borde saliente boca ancha y poco profundas.

2.4.3. Boles.

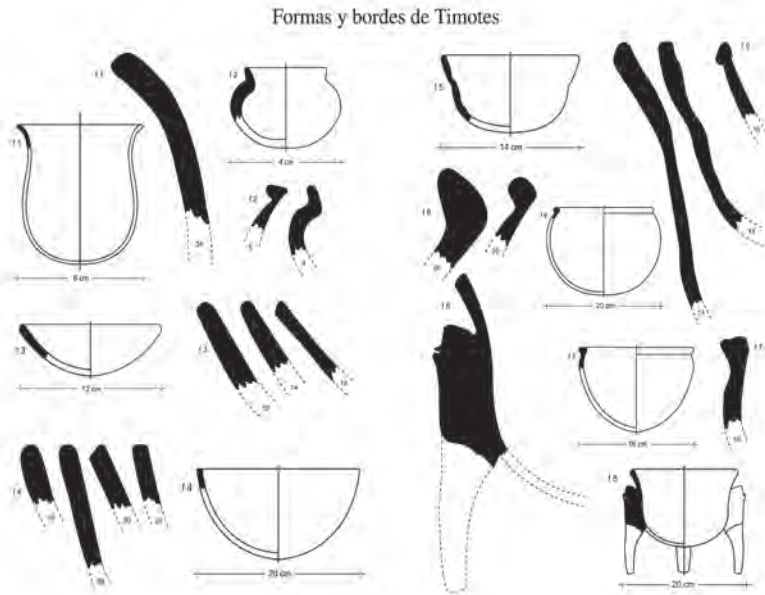
2.4.4. Vasijas globulares con boca ancha.

## **Relaciones:**

El material arqueológico de Timotes se relaciona en general con el material localizado en la cuenca alta del río Chama, fundamentalmente en La Pedregosa (Ramos, 1988 y Gordones y Meneses, 1992), Tabay, San

Gerónimo (Vargas,1969), El Bolo (Niño 1990), Mucurubá (Meneses y Gordones 1963), Mucuchíes (Wagner, 1970, 1980 y Meneses y Gordones, 1995) y Chipepe (Cruxent y Rouse, 1982). Comparte con ellos un desgrasante de arena fina, arena gruesa y piedra molida. La decoración es sencilla, predominando la incisión, el punteado y la aplicación de mamelones modelados, incisos o no; prevalecen las cintas con impresión de dedos o incisión. Tienden a predominar las formas de vasijas globulares con boca ancha o boca restringida, los boles, las vasijas tetrápodas y trípodes de patas sólidas y las bases anulares o cónicas.

La cerámica de Timotes también se relaciona con el material de Miquimú y la Fase Mirinday (Wagner, 1988), por la presencia de vasijas tetrápodas y trípodes, la decoración basada en la aplicación de cintas con impresión de dedos, las formas simples de vasijas. Comparte también la presencia de figuras antropomorfas y zoomorfas, los pectorales líticos, los entierros en mintoyes y una muestra muy pequeña de pintura Negro sobre Blanco.





# Los grupos étnicos

de la Cordillera Andina de Mérida

Fray Pedro de Aguado relata que cuando llegan los españoles hacia el año 1558, se distinguieron básicamente dos poblaciones para la cuenca del Chama y valles laterales del mismo. Los colonizadores europeos dividieron y apartaron entonces:

... dos maneras de gente; que la del pueblo para arriba toda en la mas gente de tierra fría de buena disposición y muy crecido, los cabellos cortados por junto a la oreja y los miembros genitales sueltos (...) las mujeres traen ciertas vestiduras sin costuras hecha a manera de saya que llaman los españoles samalayetas, que les cubre casi todo el cuerpo. (Aguado, 1987: 454).

Según Aguado, esta gente pobló:

... todo el valle para arriba del pueblo, hasta los páramos, con otra población que está a mano izquierda del pueblo de la otra banda de la quebrada o río que llaman de Albarregas, con la población del valle de Pernia y los valles del Pabuey y Escaguey y otros sus comarcas, y el valle de Santo Domingo y Corpus Christi y el de la Sal, con todas aquellas vertientes de la laguna, por los altos hasta casi el pueblo de la sabana” (cf. 454-455).

... La gente del pueblo para abajo es más menuda y muy ajudiada: traen los cabellos largos, andan desnudos, como los

demás y son para menos trabajo; traen los genitales atados y recogidos a un hilo que por pretina se ponen por la cintura, y las mujeres tienen o traen vestidas las samalayetas que los demás de arriba he dicho, que son de algodón. Hay entre ellos los principales, a los cuales llaman cepos, pero son de poca estimación y respecto, que no son tan obedecido como en otras partes, excepto aquellos que por su tiranía y valentía se apoderaban con ayuda de sus parientes, en otras gentes, estos eran de gran veneración entre ellos. (Aguado, 1987: 455).

Las evidencias arqueológicas y lingüísticas discutidas en los capítulos anteriores nos permiten establecer, sin duda alguna, que la Cordillera Andina de Mérida no estaba poblada para el período de contacto con los europeos por un sólo grupo étnico. Los datos arqueológicos actuales de la Cordillera merideña y los territorios que les rodean, nos sugieren que la primera fue ocupada por distintas oleadas poblacionales provenientes de la región nor-central del país, de la cuenca Sur-occidental del Lago de Maracaibo, y por grupos humanos provenientes de Los Llanos altos occidentales (Ver Mapa N° 1).

Los resultados obtenidos hasta el presente nos permiten establecer diferencias claras entre el grupo étnico que habitó la parte alta del valle del Chama, la cuenca del río Motatán y la cuenca del río Nuestra Señora, con respecto a otros grupos que habitaron, por un lado, la parte baja del Chama y la cuenca del río Mocotíes; y por el otro, la vertiente sur-occidental de la Cordillera de Mérida.

Los fechados arqueológicos que oscilan entre 1500 y 450 años antes del presente y los antroponímicos y toponímicos del siglo XVI y XVII, analizados en el capítulo “Fronteras etnolingüísticas de la Cordillera Andina de Mérida”, nos permiten correlacionar, con bastante seguridad, los grupos de lengua Timote (Jahn, 1973; Arrieta, 1992) con los sitios arqueológicos de Chipepe (Cruxent y Rouse, 1982), San Gerónimo (Vargas, 1969), la Fase Mucuchíes (Wagner, 1970), Mucurubá (Meneses y Gordones, 1993), Escagüey (Niño, 1990), Loma de la Virgen (Ramos, 1988a) Loma de San Rafael (Ramos, 1988b), Hacienda San Antonio (Gordones

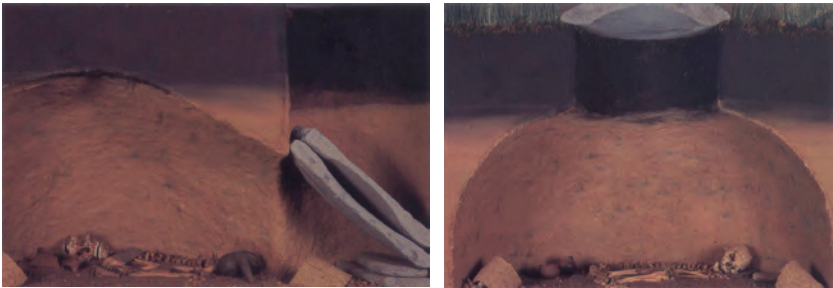
y Meneses, 1992), Cerro las Flores (Niño, 1988<sup>a</sup>-1988b), Motocuaró, los Cardones, los Antiguos (Meneses y Gordones, 2003), Tabay, La Culata y Tímotos, ubicados todos en la cuenca alta del río Chama, la cuenca del río Motatán y el valle del río Nuestra Señora (Ver mapa N° 2). Todos estos sitios se correlacionan dado a las numerosas similitudes que presentan entre sí. La cerámica se caracteriza por una decoración plástica basada en la incisión corta en forma piramidal, cadenetas aplicadas con impresión de dedos, vasijas trípodes e incensarios; la presencia de construcciones de piedra ya sean como terrazas agrícolas y/o estructuras de uso habitacional; la presencia de talleres líticos donde se elaboraban pectorales o placas aladas y las prácticas funerarias asociadas a cámaras subterráneas conocidas como mintoyes (Vargas, 1969; Wagner, 1980; Niño, 1990; Gordones, 1993)



Las Fragmentos con decoración plástica incisa, cadeneta y piramidal  
La pedregosa, Mérida, estado Mérida.  
Colección Museo Arqueológico ULA. Foto: Lino Meneses Pacheco.



Vasija Trípode. Timotes, estado Mérida  
Colección Museo Arqueológico ULA. Foto: Enrique Granados.



Reconstrucción tipológica de cámaras funerarias subterráneas (mintoy), Mérida.  
Izquierda: Chimenea lateral. Derecha: Chimenea central.  
Fuente: Niño, Antonio, 1997.

Las características descritas para los sitios arqueológicos merideños en cuestión, nos permiten correlacionar a Miquimú (Wagner, 1988), en el área de Carache, estado Trujillo, con los mismos. Esta relación nos lleva a considerar a Miquimú como la ocupación más temprana relacio-

nada con los contextos arqueológicos merideños vinculados con la lengua timote.

La penetración hacia la Cordillera de Mérida de los grupos de lengua timote se debió a la expansión desde los territorios del valle de Quíbor y Barquisimeto de otro grupo étnico hablante de la lengua arawak portadores de una cerámica policroma que está representada en Carache por los tipos Chao Plástico, Mirinday pintado y el Chao Pintado-Plástico, pertenecientes a la Fase Mirinday (Wagner, 1988; Sanoja, 1986; Vargas, 1986).

La Fase Mirinday, relacionada con la Tradición Tierra de los Indios originaria del estado Lara, se corresponde a nuestra manera de ver con la expansión de grupos arawakos portadores de una alfarería pintada que se localizaban en el valle de Barquisimeto y Quíbor en el estado Lara.

Las evidencias arqueológicas de la Cordillera de Mérida nos permiten plantear que los portadores de alfarería policroma relacionada con Tierra de los Indios no llegan a penetrar todo el territorio merideño. A nuestra manera de ver, la expansión de este grupo étnico de lengua arawak, tendría como límite fronterizo la zona de Mucuchíes, pasando, desde luego, por las poblaciones actuales de Timotes, Pueblo Llano y Piñango, donde también se han encontrado evidencias cerámicas relacionadas con la Fase Mirinday y, por ende, con Tierra de los Indios.

En la zona de Mucuchíes, cuenca alta del río Chama, Wagner (1970 1988), encontró en sus excavaciones un porcentaje bastante considerable de tiosos relacionados con el tipo Mirinday Pintado, perteneciente a la Fase Mirinday. La presencia de esta muestra cerámica en Mucuchíes nos sugiere que esta zona se convirtió en un espacio de contrastación y confrontación del uno frente al otro, que permitía el mantenimiento de las relaciones interétnicas entre los grupos que ocuparon la zona, actuando como zona de frontera.

Tomando en cuenta lo anterior, compartimos la tesis de Sanoja (1986) según la cual:

Las áreas de distribución de la alfarería decorada con técnicas plásticas y la de la alfarería policroma en el norte de la región andina, pa-

recen sugerir una gradual ocupación de los valles bajos y el piedemonte norandino por los fabricantes de esta última y un repliegue de los fabricantes de la alfarería decorada con técnicas plásticas hacia las regiones altoandinas. (Sanoja, 1986: 13).

Las movilizaciones de los grupos hacia Los Andes

... estarían dadas por los requerimientos territoriales de los cacicazgos en general, y del cacicazgo noroccidental en particular. Esta necesidad de obtener territorios y de someter a los grupos que los ocupan, es intrínseca a este modo de vida, e incluso, a la formación económico-social como un todo. (Vargas, 1986: 28).

Todo este cuadro socio-histórico explicaría, por un lado, la influencia del arawak que presenta la lengua timote, según el análisis sobre la fonética y morfosintaxis del timote realizado por Arrieta (1992) y, por el otro la presencia en el ámbito geográfico de diferencias léxicas de los grupos que hemos considerado pertenecientes a la lengua timote en la región de Mérida. Para el timote hemos determinado en el capítulo sobre las fronteras etnolingüísticas la presencia de los radicales /mu/ y /mo/ como característico de la lengua, así como una variación entre la frecuencia de uno y otro que reflejaría la presencia de dialectos locales pertenecientes a dicha lengua y que estaría reflejando diferencias en la conformación de grupos étnicos dentro de un mismo territorio (Ver mapa N° 1).

Un segundo grupo se asienta en la cordillera, tiene que ver con otra oleada migratoria que penetra desde la zona sur-occidental del Lago de Maracaibo en una época anterior al siglo V de nuestra era. Este grupo étnico se corresponde con la Fase Chiguará (Sanoja y Vargas, 1967), Llano Seco (Ramos, 1990), Estanques (Gordones, 1995), en la cuenca baja del río Chama y La Matica, en la cuenca baja del río Mocotíes.

Desde el punto de vista arqueológico estos sitios se caracterizan,

por un lado; por una cerámica que presenta una decoración plástica con incisiones lineales que en su conjunto forman motivos geométricos, apliques antropomorfos en los bordes de las vasijas, pintura roja en los bordes y labios de las piezas; la presencia de entierros secundarios en urnas funerarias con apliques antropomorfos y entierros directos flexionados; y por el otro, por una ausencia de vasijas trípodas, figurinas antropomorfas y entierros en cámaras funerarias, elementos característicos en la zona alta andina de Mérida y Trujillo.



Las Fragmentos con decoración plástica, motivos geométricos, apliques antropomorfos y pintura roja, Lagunillas, estado Mérida. Colección Museo Arqueológico ULA. Foto: Lino Meneses Pacheco.

Los materiales cerámicos y las formas de enterramientos reportados para estos sitios nos permiten establecer relaciones de estos contextos arqueológicos merideños con la Fase Onia y Fase Zancudo de la cuenca sur-occidental del Lago de Maracaibo, más específicamente con los tipos Zancudo Rojo, Ranchón Naranja, Zancudo Blanco (Sanoja y Vargas, 1967-1970; Sanoja, 1969; Vargas 1990). Chiguará, Llano Seco, Estanques y La Matica, en la Cordillera de Mérida, comparten con Zancudo Rojo, Ranchón Naranja, Zancudo Blanco y Zancudo Alisado del Lago de Maracaibo, el antiplástico de arena, el predominio de la decoración plástica basada en líneas incisas, el punteado, la aplicación de figuras antropomorfas y zoomorfas en la parte externa de las vasijas, los entierros secundarios en urnas y la presencia de pintura roja combinada con decoración plástica.

La presencia de urnas funerarias desgrasadas con arena y apliques antropomorfos, es un aspecto arqueológico sumamente importante en la relación existente entre los materiales de Llano Seco en Lagunillas, cuya cerámica guarda estrecha relación con la cerámica de Chiguará, Estanques y La Matica, con los de los sitios ubicados en la cuenca sur-occidental del Lago de Maracaibo (Sanoja, 1968; Sanoja y Vargas, 1970; Gordones, 1995). Las urnas funerarias con desgrasante de arena, también han sido reportadas, para los sitios de Zancudo (Sanoja, 1968) y el Diluvio (Arvelo y Wagner, 1986), en la cuenca sur-occidental del Lago de Maracaibo y hacia el norte del territorio colombiano en el sitio de Ciénaga Grande (Angulo Valdés, 1978). (Ver Mapa N° 2) Según Vargas, la Fase Onia tiene correspondencia con la penetración de grupos Barí en la cuenca sur-occidental del Lago de Maracaibo y tiene una ocupación que abarca desde 1000 d.C. hasta 1630 d. C. Las evidencias que le sugieren la existencia de viviendas multifamiliares y la de vasijas de forma cónica de cuello alto y bases recubiertas con arcilla e impresiones de tejidos, le permiten establecer una relación directa con las viviendas multifamiliares, con las formas de vasijas y con la elaboración de tejidos de los grupos Barí actuales (Vargas, 1990).





Vasija motivos geométricos y apliques antropomorfos.  
La Matica, Santa Cruz de Mora, estado Mérida.  
Colección Museo Arqueológico ULA. Foto: Enrique Granados.



Reconstrucción de entierros en urna funeraria. Llano Seco, Lagunillas,  
Mérida, estado Mérida. Fuente: Niño, Antonio, 1997.

Los sitios de Chiguará, Llano Seco, Estanques y La Matica, ubicados en la cuenca baja del río Chama y del río Mocotíes (Ver mapa N° 2) estarían relacionados lingüísticamente con el Grupo 1, que establecimos en el capítulo sobre las fronteras etnolingüísticas de Mérida. Este grupo tiene como particularidad la presencia sufijada del morfema /ana/, que constituye un elemento característico de la lengua Chibcha hablada por los actuales Barí. Estas relaciones nos permiten establecer que la penetración de grupos de lengua chibcha-Barí se realizó desde la cuenca sur-occidental del Lago de Maracaibo a través de Onia pasando por el sitio de La Matica en Santa Cruz Mora, Estanques y Lagunillas (Ver mapa N° 1)

Ahora bien, hemos estado relacionando estos sitios andinos con la cuenca sur-occidental del Lago Maracaibo. Desde el punto de vista arqueológico esta cuenca se nos presenta como un complejo mosaico cultural que pudiera estar reflejando la diversidad étnica que existió en tiempo pre-colonial en esta región histórica. Es importante recordar aquí que en la cuenca sur-occidental del Lago de Maracaibo existía una multitud de parcialidades étnicas de habla arawak, chibcha y caribe, estos últimos clasificados por la etnología de comienzos del siglo XX, como motilonos y que tuvieron que ver con el proceso de etnogénesis de los actuales Barí y los Yukpa, hoy ubicados en la Sierra de Perijá en el estado Zulia. Las parcialidades de habla caribe y las de habla chibcha se encontraban en constante guerra por el control del territorio y ocupaban uno más extenso que no tiene relación alguna con los territorios ocupados en la actualidad y que para ese entonces no estaban claramente delimitados entre ellos.

Antiguamente, los caribes poseían un territorio que iba desde el río Palmar hasta las riberas del sur del lago de Maracaibo, los alrededores del río Zulia y el río Uribante (Rivet y Armellada, 1961). Igualmente, los grupos chibcha ocupaban los territorios ubicados entre los ríos Ariguaisá, Santa Ana, Catatumbo, de Oro, Tarra y el caño Bubukí en El Vigía (Rivet y Armellada, 1965; Lizarralde y Beckerman, 1982; Meneses y Gordones, 2019).

Los estudios léxico-estadísticos nos permiten plantear que los grupos de habla chibcha penetraron la cuenca sur-occidental del Lago de Maracaibo antes que los grupos de habla caribe. Hace 4.500 años, los ante-

pasados de los Barí iniciaron su penetración desde el territorio colombiano, específicamente desde Valledupar, en la cuenca occidental del Lago de Maracaibo; en esa época se separaron de los antepasados de los tunebos, y los muisca que continuaron hacia el sur en dirección a la Sierra del Cocuy (Constenla, 1995). Las parcialidades de habla caribe, en cambio, llegaron a la región hace aproximadamente mil años antes del presente en diversas oleadas migratorias provenientes, por un lado, de los llanos a través de la depresión del Táchira, y por el otro, desde la costa norte, atravesando el Lago de Maracaibo (Ruddle y Wilbert, 1983; Tarble, 1985).

Esta discusión tiene correspondencia con los datos arqueológicos existentes para la región en cuestión. Hacia el 700 d. C y 1200 d. C. encontramos diferenciados en la cuenca sur-occidental del Lago de Maracaibo dos tipos de antiplásticos: arena fina y tiestos molidos. (Sanoja y Vargas, 1967-1970; Arvelo y Wagner, 1986 y Vargas, 1990).

El desgrasante de arena fina comienza a ser utilizado por grupos que se asentaron tempranamente (600 a de C.) en los alrededores del río Catatumbo en la cuenca sur-occidental del Lago de Maracaibo. El mismo se encuentra asociado a la Fase Caño Grande y relacionado con los tipos Ranchón Naranja, Zancudo Rojo y Zancudo Blanco, ubicados en el área de Caño Zancudo, más hacia el sur del Lago de Maracaibo. (Sanoja y Vargas, 1970; Vargas, 1990). Este tipo de desgrasante también lo podemos conseguir más hacia el Norte, en la cabecera del río Palmar, en los sitios de El Diluvio, San Martín y Caño Pescado, ubicados cronológicamente entre 700 y 1500 d. C. (Arvelo y Wagner, 1986).

Según Vargas (1990), el antiplástico de tiestos molidos comienza a ser común en los sitios arqueológicos de la cuenca sur-occidental del Lago a partir de 1000 d. C. en los sitios El Guamo (Guamo sencillo) y El Danto, ubicados en las inmediaciones del río Zulia. Los tiestos molidos como desgrasante también lo encontramos en los sitios de El Diluvio, San Martín y Caño Pescado (Arvelo y Wagner, 1986); lamentablemente, las publicaciones que poseemos sobre estos últimos sitios no nos permiten definir claramente la secuencia estratigráfica de los contextos, para establecer el orden de aparición de ambos antiplásticos.

Aunque la mayoría de la cerámica del área en cuestión posee una

decoración plástica, cuando analizamos la distribución geográfica y las cronologías, vemos que en la decoración existen matices y notamos que la dispersión de los antiplásticos se corresponde con el modelo de expansión y ocupación del territorio propuesto para los grupos étnicos de lengua chibcha y de lengua caribe. A nuestra manera de ver, el antiplástico arena fina, mucho más temprano, se encuentra asociado también con urnas funerarias, y se corresponde con grupos étnicos de habla chibcha; y el de tiestos molidos, más tardío, se corresponde con grupos étnicos de habla caribe (Meneses y Gordones, 2019).

La información aportada por Sanoja y Vargas (1970) sobre las fases Caño Grande y El Guamo, evidencia, según la información etnográfica proveniente de los yukpa actuales (Ruddle y Wilbert, 1983), las posibles luchas que tuvieron los caribes y chibchas por el control del territorio. La aparición brusca en Caño Grande en un momento determinado de su ocupación de elementos típicos del Guamo, es decir de cerámica con antiplástico de tiestos molidos, podría indicar la penetración y control de este territorio en un momento determinado por grupos étnicos de lengua caribe (Meneses y Gordones, 2019).

Los topónimos y antropónimos de la Cordillera de Mérida también nos permitieron establecer la existencia de un grupo étnico relacionado con la lengua arawak hacia la vertiente sur-oriental de la cordillera (Ver mapa N° 1). Hipotéticamente, la penetración de este grupo se pudo producir desde los llanos de Barinas hacia esta porción de la Cordillera de Mérida que colinda con el estado Táchira. Estuvieron asentados en el área que ocupan las poblaciones actuales de: Santa María de Caparo, Guaimaral, Canaguá, Capurí, Guaraque y Bailadores.

Lamentablemente, hasta la fecha no contamos con trabajos arqueológicos sistemáticos sobre estas poblaciones andinas merideñas; sin embargo, para el territorio tachireño tenemos contextos arqueológicos muy cercanos con Santa María de Caparo, Guaimaral y Bailadores. El Palmar, San Miguel y Los Monos en el municipio Libertador, El Porvenir en el Municipio Uribante, Colinas de Queniquea en el municipio Sucre y Angostura, municipio Jáuregui (Durán, 1998), nos permiten establecer una caracterización general del área en cuestión que nos permite plantear

la posible existencia de grupos de lengua arawak en la zona.

Consideramos que la presencia de una pequeña muestra de alfarería con engobe blanco y pintura roja sobre blanco, presente en el material de Estanques y Llano Seco, guardaría relación con la expansión de la Fase El Guamo a Onia y hacia Estanques de donde posiblemente se desprende hacia Llano Seco. La penetración de esta alfarería bícroma en la zona no llega a desarrollarse: la cerámica con decoración plástica se basa en la incisión asociada a pintura roja en la zona del borde, elemento que podría estar relacionado con la alfarería de los grupos chibchas que penetran en la zona y se encuentra presente en el registro del material arqueológico de Estanques, Llano Seco, La Matica, y en menor proporción de Chiguará.

La presencia de engobe blanco y pintura roja sobre blanco es relacionada por Sanoja y Vargas (1967, 1970), con la Fase El Guamo a partir de la presencia de pintura blanca, la cual habría penetrado en Onia y luego pasaría a la Fase Zancudo, dando origen al tipo Zancudo Blanco para después decaer al final del primer período, que abarca de 864 a.C. a 1168 d.C, y que estaría marcando, según Sanoja y Vargas, un desplazamiento de los grupos portadores de la alfarería del occidente de Maracaibo hacia el pie de monte andino.

Ahora bien, las diversas aldeas asentadas en la Cordillera de Mérida, tuvieron que implementar un conjunto de estrategias socioculturales y productivas que le permitieran superar las limitaciones que les imponía el medio geográfico, por ejemplo; las heladas y granizadas que todavía hoy atentan contra los cultivos; y la escasez de agua; los suelos pobres debido a los efectos de erosión producida por las lluvias y a los cambios bruscos de la temperatura. Además, el tipo de cultivo que les imponían los distintos pisos altitudinales de la región, se convirtieron seguramente en barreras que los hombres y las mujeres originarios/as de la Cordillera de Mérida tuvieron que superar.

La diversidad de los alimentos y materias primas utilizadas en la vida cotidiana de estos habitantes provenían de los distintos pisos altitudinales de la región. Estos recursos eran obtenidos por estas poblaciones por medio de una organización sociocultural jerarquizada que les permitía el control microvertical de los pisos térmicos y el intercambio comercial

con otras poblaciones de otras regiones. Ese control permitió que cada familia tuviera acceso directo a otros tipos de recursos que lograban por medio de parcelas agrícolas de las aldeas nucleadas, labranzas en los alrededores y una red de intercambio con las tierras bajas. Esta estrategia productiva todavía se observa hoy en las familias del páramo de Mucuchíes y de Acequias que cultivan en parcelas ubicadas en las zonas del pueblo y tienen otros espacios sembrados en los páramos y laderas cercanas a los mismos pueblos.

El área de influencia de cada parcialidad o comunidad decrecía indudablemente con la distancia. En el caso de una organización caracterizada por un modo de vida jerárquico, el nivel de organización sociopolítica superaba al de las comunidades domésticas autónomas. La relación espacio-territorial y control sociopolítico del mismo guardaban una llave crucial para garantizar el abastecimiento de distintos productos venidos de las más diversas regiones térmicas de Los Andes.

La sociedad jerarquizada, gracias al control microvertical, logró superar las limitaciones que les imponía el medio ambiental y geográfico. Sin lugar a dudas, una sociedad productora de alimentos como ésta, logró alcanzar los conocimientos técnicos suficientes para controlar la reproducción de uno o varios recursos alimenticios.

La agricultura como eslabón fundamental para el sostén de estos grupos, tuvo con esta estrategia una intensificación debido a la innovación de algunos medios de trabajo, no tanto en lo que se refiere a los instrumentos, sino a la utilización de los suelos como objeto de trabajo.

La construcción de terrazas como las reportadas para Escagüey, Los Maitines en El Valle del Chama (Puig, 1989) y Mucutirí, Los Cardones y Las Cruces en El Valle de Acequias (Meneses y Gordones, 2003); la construcción, desde Moconoque hasta Mucuchíes en la parte alta del Chama, de pequeños pozos alineados en las faldas de las montañas para evitar la erosión producida por el agua de las lluvias y permitir su distribución como agua de regadío de manera uniforme a lo largo de las terrazas, y a su vez, permitir el aprovechamiento inmediato del agua en las terrazas inferiores y la introducción de un sistema hidráulico de riego relacionado con la construcción, utilización y control político de las acequias o canales

de riego, como las conseguidas por los españoles en el Valle de Acequias, son evidencias del conocimiento técnico y la organización sociopolítica que tenían estas poblaciones para lograr optimizar el proceso agrícola.

La observación directa del campo nos ha permitido corroborar que sin la compleja red de acequias y terrazas era imposible cultivar las faldas escarpadas de las montañas merideñas, cuya capa delgada de tierra, por cierto, muy pobre en nutrientes, se lava y erosiona con facilidad con el agua de las lluvias. Este cuadro se observa en la época de la colonia cuando los visitantes comentan que en Lagunillas: “yendo caminando por el dicho camino real se vio sobre mano izquierda de la otra banda del río grande que llaman Chama en unas lomas altas del repartimiento de orca de Francisco de Castro y más adelante como media legua al parecer se vio otro asiento que dijeron ser de los indios de Mucumpu (...) y asimismo se vio allí cerca otro asiento que dijeron ser de los indios del repartimiento de Xucacuy (...) informaron todas la cuales dichas tierras parecieron ser de mucha aspereza y fragosidad y informaron que son secas y que todos husan acequias de agua para regar sus labranzas.” (BNTFC, Archivo Histórico de la Nación. Sección Traslados. Ciudades de Venezuela, Tomo R 17: 138-139).

El conocimiento técnico no se limitó a las actividades destinadas a la producción de alimentos, sino que existió otra serie de procesos orientados a la producción de bienes no alimenticios usados para cubrir necesidades de vestido, suntuarias o ideológicas. En este sentido, cabe destacar los talleres de placas aladas reportados en Mocao y Escagüey (Wagner, 1980; Niño 1990), únicos en contextos arqueológicos venezolanos. En la sociedad jerarquizada o cacical la producción artesanal especializada de ciertos bienes cobró gran importancia debido al papel que jugaron para obtener recursos complementarios.

Las evidencias arqueológicas y etnohistóricas también nos sugieren la existencia de un intenso comercio que adquirió forma de un conjunto de circuitos económicos (Velásquez, 1994), que permitían intercambiar bienes entre las distintas aldeas de la cuenca alta del río Chama con los llanos barineses y el Lago de Maracaibo.

La relación comercial con los llanos de Barinas se evidencia con la

presencia de placas aladas en los yacimientos de El Gaván y Cubartí (Redmond y Spencer, 1989) y por la presencia de restos de quelonios llaneros en Mocoa Alto, Mucuchíes (Wagner, 1980). Las rutas comerciales hacia Barinas se cubrían a través de corredores naturales desde la población de Mocoa en Mucuchíes pasando por Micarache y El Carrizal para desembocar en Nueva Bolivia en Barinas y también por el páramo de Los Arangues para llegar al mismo sitio en Barinas (Meneses y Gordones, 1995).

Con respecto al Lago de Maracaibo, como parte del otro circuito económico, habría que destacar la importancia de la sal minera para las comunidades que habitaron la cuenca alta del río Chama. Las crónicas de Fray Pedro de Aguado nos comentan que la población aborigen que habitó la zona que hoy se conoce como Piñango, recibieron a Maldonado con regalos de sal, que eran llamados para ese entonces: “adoretos”, lo que llevó a los españoles a ponerle el nombre de “El Valle de la Sal” (Aguado, 1987).

Velásquez sostiene que la sal debió suponer un comercio bastante activo:

... entre las poblaciones que habitaron pisos diferentes. La vía seguida por la sal durante el período prehispánico posiblemente fue la misma que siguió este recurso posteriormente, durante el período colonial. Que no fue otra que el camino real que comunicaba a Mérida con Gibraltar y en la que estaban entrelazados Tucaní, Torondoy, el Pueblo de la Sal (Piñango), Mucuchíes, Mucurubá y Tabay. (Velásquez, 1987: 58).

Ahora bien, hemos hablado de control microvertical de los suelos, la intensificación de la agricultura, la producción artesanal especializada y las redes de intercambio, pero las mismas no se hubiesen podido realizar si dentro de la organización societal no hubiese existido una división de trabajo para la ejecución de estos procesos. Y éste es uno de los rasgos más importantes de una organización social de esta naturaleza, ya que nos permite establecer una distinción entre los procesos de trabajo y hablar de una especialización de los miembros de estas comunidades. En este sentido, habría que resaltar la figura de “mohan” como personaje intermediario



entre lo terrenal y lo divino.

Según Aguado, la gente de más reputación entre los indígenas eran los mohanes:

... los cuales son dedicados y criados desde pequeños para este efecto; y éstos no labran ni siembran ni tienen cuidado de cosa alguna de estas, porque de todo lo necesario les proveen los demás indios, y si ven en alguna necesidad de temporales o enfermedades, acuden a ellos que los remedien (Aguado, 1987: 476).

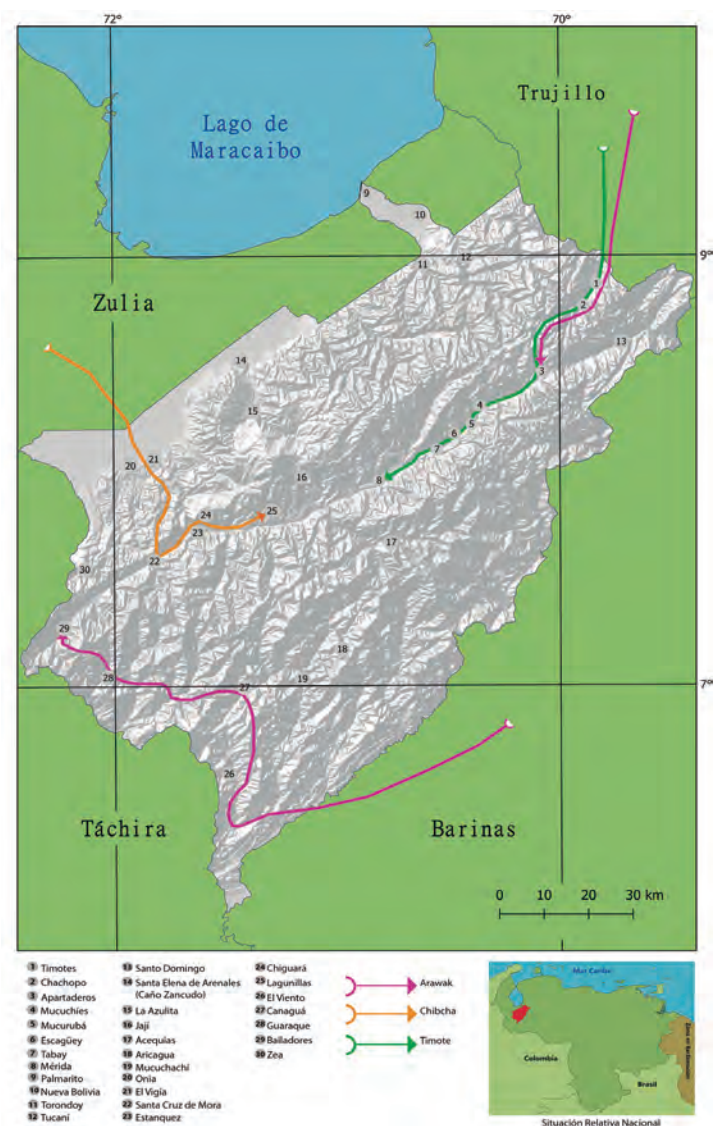
Los mohanes jugaron un papel fundamental en la cohesión ideológica de la sociedad a la cual hacemos mención, de allí su representación iconográfica en las evidencias arqueológicas aparecidas en la zona comprendida entre Mucuchíes, Piñango y parte de Timotes. La figura iconográfica del Mohan como lo plantea Delgado: “En tanto que icono de carácter mágico-religioso, debió tener por función transmitir y comunicar contenidos regulados por mojanos y caciques.” (Delgado, 1986: 57).

Para concluir, las investigaciones arqueológicas, etnohistóricas y lingüísticas nos permiten afirmar que existió en la Cordillera de Mérida una organización social jerarquizada multiétnica que se expandió por todos los pisos altitudinales de la región. Cada centro poblado de esta organización social conservaba características particulares que le daban perfil propio, pero estos a su vez se correspondían con una organización social y económica que les permitía complementarse entre sí.



Iconografía del Mohan, San Rafael de Mucuchíes, estado Mérida  
Colección Museo Arqueológico ULA. Foto: Enrique Granados.

# Los grupos étnicos



Mapa N° 1. Penetración de los grupos etnolingüísticos a la Cordillera de Mérida  
Elaborado por: Lino Eduardo Meneses Gordones.



Mapa N° 2. Ubicación de los sitios Arqueológicos de la Cordillera de Mérida  
Elaborado por: Lino Eduardo Meneses Gordones.

# BIBLIOGRAFÍA

- Acosta Saignes, Miguel. 1954. Estudios de Etnología Antigua de Venezuela. Instituto de Antropología y Geografía, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Aguado, Fray Pedro de. 1987. Recopilación Historial de Venezuela. Tomo II, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- Alvarado, Lisandro. 1989. "Etnografía patria". En: Obras Completas. Tomo II, Fundación Casa de Bello, Caracas.
- Arvelo, Liliam y Erika Wagner. 1986. "La serie Berlinoide de la cuenca del Lago Maracaibo y sus nexos culturales". En: Acta Científica Venezolana, N° 37, Caracas.
- Arvelo, Liliam. 1987. "Un modelo de poblamiento prehispánico para la cuenca del Lago de Maracaibo." Trabajo de Grado para optar al título de Magíster Scientiarum en Biología mención Antropología. Instituto de Investigaciones Científicas, Caracas.
- Arvelo, Liliam. 1996. "Modelo de poblamiento en el Lago de Maracaibo". En: Carl H. Langebaek y Felipe Cárdenas Arroyo: "Caciques, Intercambio y Poder: Interacción regional en el Area Intermedia de Las Américas". Departamento de Antropología, Universidad de Los Andes, Bogotá, Colombia.
- Arrieta E., Anita. 1992. Tipología fonológica y morfosintáctica del Timote. Tesis sometida a la consideración de la Comisión del programa de Estudio de Postgrado en Lingüística para optar al grado de Magíster Linguisticae, Sistema de Estudio de Postgrado, Universidad de Costa Rica, Costa Rica.
- Barth, Fredrik. 1976. Los grupos étnicos y sus fronteras. Fondo de Cultura Económica, México.
- Bonfil Batalla, Guillermo. 1992. Identidad y pluralismo cultural en América Latina. Fondo Editorial del CEHASS, editorial de la Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico.
- Campo Del Pozo, Fernando. 1979. Los Agustinos y las lenguas in-

- dígenas de Venezuela. Universidad Católica Andrés Bello, Instituto de Investigaciones Históricas, Centro de Lenguas Indígenas. Caracas.
- Campo Del Pozo, Fernando. 1988. Catecismos agustinos utilizados en Hispanoamérica. Universidad Pontificia de Salamanca, España.
- Cardoso de Oliveira, Roberto. 1992. Etnicidad y estructura social. Colección Miguel Otón de Mendizábal, CIESAS, México.
- Castro Martínez, P. V. y González Marcén, P. 1989. "El concepto de frontera: Implicaciones teóricas de la noción de territorio político". En: Arqueología Espacial, N° 13, Teruel, España
- Clarac de Briceño, Jacqueline. 1985. La persistencia de los dioses. Etnografía cronológica de los Andes Venezolanos, Universidad de Los Andes, Mérida.
- Clarac de Briceño, Jacqueline. 1990. "Los Arawak en la Cordillera de Mérida. Dinámica de su encuentro prehispánico con el grupo anterior según información etnográfica". En: Boletín Antropológico, N° 18, Centro de Investigaciones-Museo Arqueológico, Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela
- Clarac de Briceño Jacqueline. 1996. "Las antiguas etnias de Mérida". En: Mérida a través del tiempo. Jacqueline Clarac de Briceño (comp.), Museo Arqueológico -Universidad de Los Andes, Mérida.
- Clarac de Briceño Jacqueline. 2000. "Los grupos étnicos en la visión de Julio C. Salas y la de investigadores contemporáneos". En: Cultura, historia y sociedad. Una visión múltiple sobre Julio C. Salas. Otilia Rosas González (Coordinadora), Fundación Julio C. Salas, Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Comisión Presidencial Quinto Centenario de Venezuela, Caracas.
- Constenla Umaña, Adolfo. 1991. Las lenguas del área intermedia. Introducción a su estudio areal. Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José de Costa Rica.
- Constenla Umaña, Adolfo. 1995. "Sobre el estudio diacrónico de las lenguas chibchenses y su contribución al conocimiento del pasado de sus hablantes". En: Boletín Museo del Oro, N° 38-39, Bogotá, Colombia.

## Bibliografía

- Cruxent, J. M. e Irving Rouse. 1982. *Arqueología cronológica de Venezuela*. Vol. I y II, Ernesto Armitano Editor, Caracas.
- Delgado, Lelia. 1986. "El moján y la estética de sus oficios y objetos sagrados". En: *Gens, Boletín de la Sociedad Venezolana de Arqueólogos*, Vol. 2, N° 1, Caracas.
- Díaz-Polanco, Héctor. 1985. *La cuestión étnico-nacional*. Editorial Línea, México.
- Durán Reina. 1998. *La prehistoria del Táchira. Excavaciones arqueológicas*. San Cristóbal, estado Táchira.
- Ernst, Adolfo. 1913. "Apuntes para la etnografía precolombina de la cordillera de los Andes". En: *Revista Técnica del MOP*. Año 3, N° 36, Caracas.
- Febres Cordero, Tulio. 1921. *Historia de los Andes: Procedencia y lengua de los aborígenes*. Tipografía El Lápiz, Mérida.
- Funari, Pedro Paulo. 1999. "Lingüística e arqueología". En: *D.E.L.T.A. Revista de Documentação de Estudos em Lingüística Teórica e Aplicada*, Vol. 15, N° 1, Brasil.
- Gassón, Rafael y Erika Wagner. 1998. *El programa de Arqueología del caribe y su impacto en la arqueología venezolana: antecedentes y consecuencias*. En: *Historias de la Antropología en Venezuela*. Emanuele Amodio (editor), Ediciones de la Dirección de Cultura, Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela.
- González Nãñez, Omar. 2000. "Investigaciones recientes sobre el fenómeno Chontal en los pueblos del sur del estado Mérida: tras los aportes de Julio César Salas". En: *Hacia una relectura de Julio César Salas. II Coloquio Nacional sobre el pensamiento y obra de Julio César Salas*. Secretaría de Cultura del Estado Zulia, Universidad Católica Cecilio Acosta, Fundación Julio César Salas, Caracas.
- González Nãñez, Omar. 2005. *Conversaciones personales sobre aspectos lingüísticos y temas relacionados*.
- Gordones, G. y Lino Meneses. 1992. "Excavaciones arqueológicas en la "Hacienda San Antonio", Pedregosa Alta, estado Mérida". En: *Boletín Antropológico*. N° 26, Centro de Investigaciones Museo Arqueológico, U.L.A. Mérida.
- Gordones, Gladys. 1993. "La etnicidad en las sociedades prehispani-



- cas de los andes merideños”. En: Boletín Antropológico. N° 28, Centro de Investigaciones-Museo Arqueológico, U.L.A., Mérida, Venezuela.
- Gordones, Gladys. 1995. “La cerámica de Estanques. Un análisis tipológico para el conocimiento de los procesos étnicos prehispánicos de la cordillera de Mérida”. En: Boletín Antropológico, N° 35, Centro de Investigaciones Etnológicas-Museo Arqueológico, U.L.A., Mérida Venezuela.
- Gordones R., Gladys y Lino Meneses P. 2004. “El poblamiento prehispánico de la Cordillera Andina de Mérida-Venezuela”. En: Boletín Antropológico, N° 60. Centro de Investigaciones-Museo Arqueológico, U.L.A., Mérida, Venezuela.
- Groot, Ana María y Eva María Hooykaas. 1991. Intento de delimitación del territorio de los grupos étnicos Pastos y Quillacas en el altiplano Nariñenses. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Santa Fe de Bogotá, Colombia.
- Jahn, Alfredo. 1927. Los aborígenes de occidente de Venezuela. Litografía y Tipografía del Comercio, Caracas.
- Jahn, Alfredo. 1973. Los aborígenes de occidente de Venezuela. Tomo II, Colección Científica, Monte Ávila Editores, Caracas.
- Kidder II, Alfred. 1944. Archaeology of Northwestern Venezuela. Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Harvard University, Vol. 26, N° 1, Cambridge, Mass.
- Lares, José Ignacio. 1950. Etnografía del estado Mérida. Publicaciones de la Dirección de Cultura de la Universidad de Los Andes, N° 7, Mérida.
- Linárez, Pedro. 1995. Etnohistoria del estado Lara. Universidad Centro Occidental Lisandro Alvarado, Barquisimeto, Venezuela.
- Lizarralde, Roberto. 1976. “Vocabulario Barí.” En: Boletín Bibliográfico de antropología Americana, Vol. 38, N° 47. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México.
- Lizarralde, Roberto. 2005. “El castigo de los Indios Chiguaraes.” En: Boletín Antropológico, N° 65. Boletín Antropológico,



- Centro de Investigaciones Museo Arqueológico, U.L.A Mérida, Venezuela.
- Lizarralde, Roberto y Stephen Beckerman. 1982. “Historia contemporánea de los Bari”. En: *Antropológica*, N° 58, Fundación La Salle, Caracas.
- Marcano, Gaspar. 1971. *Etnografía precolombina de Venezuela*. Instituto de Antropología e Historia, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Márquez Carrero, Andrés. 1980. *Cultura Tatuy de Venezuela y los orígenes de Mérida*. Trabajo presentado para optar a la categoría de Profesor Asociado de la Universidad de Los Andes, Mérida.
- Meneses Pacheco, Lino y Gladys Gordones. 1993. “Investigaciones arqueológicas en la cuenca alta del río Chama, Edo. Mérida”. En: *Boletín Antropológico*, N° 28, Centro de Investigaciones Museo Arqueológico, U.L.A, Mérida, Venezuela.
- Meneses Pacheco, Lino y Gladys Gordones. 1995. “La organización social y la etnicidad de la sociedad prehispánica alto andina de Mérida”. En: *Boletín Antropológico*, N° 34, Centro de Investigaciones Museo Arqueológico, U.L.A, Mérida, Venezuela.
- Meneses Pacheco, Lino y Gladys Gordones. 2003. “Nuevas investigaciones en contextos precoloniales de la Cordillera Andina de Mérida: Arqueología en la cuenca del río Nuestra Señora”. En: *Boletín Antropológico*, N° 57, Centro de Investigaciones Museo Arqueológico, U.L.A, Mérida, Mérida.
- Meneses Pacheco, Lino y Gladys Gordones Rojas. 2019. *El Lago de Maracaibo y su gente. Arqueología e historia de los pueblos originarios* Universidad de Los Andes, Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez, Ediciones Dabánatà. <[http://saber.ula.ve/bitstream/handle/123456789/46018/libro\\_maracaibo\\_meneses-gordones.pdf?sequence=1&isAllowed=y](http://saber.ula.ve/bitstream/handle/123456789/46018/libro_maracaibo_meneses-gordones.pdf?sequence=1&isAllowed=y)> Acceso 13 de Marzo 2020.
- Meneses Pacheco, Lino. 1992. “Desarrollo histórico de la arqueología venezolana”. En: *Boletín Antropológico*, N° 25, Centro de Investigaciones Museo Arqueológico, U.L.A, Mérida, Venezuela.

- Meneses Pacheco, Lino. 1999. "Las sociedades prehispánicas de la Cordillera Andina de Mérida". En: *Hacia la Antropología del Siglo XXI*. Lino Meneses P. Jacqueline Clarac de Briceño y Gladys Gordones (Editores). CONICIT, CONAC, Museo Arqueológico U.L.A, Mérida.
- Mosonyi, Jorge. 1987. "Lenguas indígenas de Venezuela". En: *Boletín de Lingüística*, N° 6, Escuela de Antropología, U.C.V, Caracas.
- Mosonyi, Esteban y Jorge C. Mosonyi. 1999. *Manual de lenguas indígenas de Venezuela*. Tomo I, Serie Orígenes, Fundación Bigott, Caracas.
- Navarrete Sánchez, Rodrigo. 1990. "Cerámica y etnicidad. Una aproximación al estudio de las formas culturales como expresión de lo étnico". En: *Boletín de Antropología Americana*, N° 22, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Niño, Antonio. 1988a. "Aproximación a una tipología de mintoyes para el área de la cordillera de Mérida y proposición metodológica para su excavación". En: *Boletín Antropológico*, N° 14, Centro de Investigaciones-Museo Arqueológico, Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela.
- Niño, Antonio. 1988b. "Excavaciones arqueológicas en el cerro Las Flores, La Hechicera, Mérida". En: *Boletín Antropológico*, N° 15, Centro de Investigaciones, Museo Arqueológico, U.L.A, Mérida, Venezuela.
- Niño, Antonio. 1990. "Presencia de talleres de placas aladas en la cuenca alta del río Chama, Cordillera Andina de Mérida". En: *Boletín Antropológico*, N° 20, Centro de Investigaciones Museo Arqueológico, U.L.A, Mérida, Venezuela.
- Niño, Antonio. 1997. "De lo simbólico en las prácticas funeraria de la cordillera". En: *Revista Bigott*, N° 42, Fundación Bigott, Caracas, Venezuela.
- Oliver, José R. 1989. *The archeological, linguistic and ethnohistorical evidence for the expansion of arawakan into northwestern Venezuela and northeastern Colombia*, Thesis, University of Illinois at UrbanaChampaign, USA.
- Oliver, José R. 1990. "Reflexiones sobre el posible origen Wayú (Guajiro)". En: Geraldo Ardila (ed). *La Guajira*. De la me-

- moria al porvenir. Centro Editorial, Fondo FEN Colombia, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia.
- Osborn, Ann. 1985. El vuelo de las tijeretas. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá, Colombia.
- Osgood, C. y G. Howard 1943. An Archeological survey of Venezuela. Yale University Publications in anthropology, N° 27, New Haven.
- Parada Soto, Ana Isabel. 1998. Pueblos de Indios de la provincia de Mérida. Su evolución (1558-1657). Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones, Vicerrectorado Académico, Mérida.
- Puig, Andrés. 1989. “Evidencias geográficas de la agricultura intensiva prehispánica en el Valle del Chama”. En: Boletín Antropológico, N° 17, Centro de Investigaciones, Museo Arqueológico, U.L.A, Mérida, Venezuela.
- Quesada P., Miguel A. 1991. “El vocabulario mosco de 1612”. En: Estudios de Lingüística Chibcha. Programa de Investigación del Departamento de Lingüística de la Universidad de Costa Rica. Serie Anual, Tomo X.
- Ramos, Elvira. 1988a. “Loma de La Virgen: Un nuevo sitio arqueológico en el área de Mérida”. En: Boletín Antropológico, N° 14, Centro de Investigaciones, Museo Arqueológico, U.L.A, Mérida, Venezuela.
- Ramos, Elvira. 1988b. “Excavaciones arqueológicas en la Loma de San Rafael, La Pedregosa, Mérida”. En: Boletín Antropológico, N° 15, Centro de Investigaciones, Museo Arqueológico, U.L.A, Mérida, Venezuela.
- Ramos, Elvira, et al. 1988. “Excavaciones arqueológicas de dos cámaras funerarias en Loma de la Virgen, La Pedregosa, estado Mérida”. En: Boletín Antropológico, N° 14, Centro de Investigaciones, Museo Arqueológico, U.L.A, Mérida, Venezuela.
- Ramos, Elvira. 1990. “El cementerio indígena de Llano Seco como expresión de la formación de centros jerárquicos en las antiguas sociedades de los andes merideños”. En: Boletín Antropológico, N° 18, Centro de Investigaciones, Museo Ar-

- queológico, U.L.A, Mérida, Venezuela.
- Redmon, Elsa y Charles S. Spencer. 1990. "Investigaciones arqueológicas en el piedemonte andino y los llanos altos de Barinas, Venezuela". En: Boletín de la Asociación Venezolana de Arqueología, N° 5, Caracas.
- Renfrew, Colin. 1990. Arqueología y lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos. Editorial Crítica, Barcelona.
- Rivet, Paul. 1927. La famille linguistique Timote. International Journal of American Linguistics, Vol.4.
- Rivet, Paul y Cesareo Armellada De. 1965. Los indios Motilones. En: Anuario. Revista del Instituto de Antropología e Historia, U.C.V, Caracas.
- Ruddle, Kenneth y Johannes Wilbert. 1983. "Los Yukpa". En: Roberto Lizarralde y Haydée Seijas. Los aborígenes de Venezuela. Etnología contemporánea de Venezuela, Monografía N° 29, Fundación La Salle, Caracas.
- Salas, Julio César. 1971. Tierra Firme: Estudios sobre etnología e historia. Universidad de Los Andes. Facultad de Humanidades y Educación, Mérida, Venezuela.
- Salas, Julio César. 1997. Etnografía de Venezuela. Colección temas y autores merideños. Academia de Mérida, Ediciones del Rectorado, Universidad de los Andes, Mérida.
- Samudio, Edda. 1997. "Los Pueblos de Indios de Mérida". En: Edificar, Año 1, Vol. 1, Facultad de Arquitectura y Arte, U.L.A., Mérida, Venezuela
- Sanoja, Mario e Iraida Vargas. 1967. "Proyecto de arqueología del occidente de Venezuela. Primer informe general, 1967". En: Revista de Economía y Ciencias Sociales. Año IX, N° 2, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, U.C.V, Caracas.
- Sanoja, Mario e Iraida Vargas. 1970. "Arqueología del Occidente de Venezuela. Segundo Informe General, 1968". En: Revista de Economía y Ciencias Sociales. Año XII, N° 3, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, U.C.V, Caracas.
- Sanoja, Mario. 1969. La Fase Zancudo. Investigaciones arqueológicas en el Lago de Maracaibo. Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, U.C.V, Caracas.

## Bibliografía

- Sanoja, Mario. 1986. "La formación del área cultural andina". En: Gens. Boletín de la Sociedad Venezolana de Arqueólogos, Vol. 2, N° 1, Caracas.
- Tarble, Kay. 1985. "Un nuevo modelo de expansión Caribe para la época prehispánica". En: Antropológica, N° 63-64, Fundación La Salle Caracas.
- Vargas Arenas, Iraida. 1969. La Fase San Gerónimo. investigaciones arqueológicas en el alto Chama. Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, U.C.V, Caracas.
- Vargas Arenas, Iraida. 1986. "Desarrollo histórico de las sociedades andinas de Venezuela". En: Gens. Boletín de la Sociedad Venezolana de Arqueólogos, Vol. 2, N° 1, Caracas
- Vargas Arenas, Iraida. 1990. Arqueología, ciencia y sociedad. Ensayo sobre la teoría arqueológica y la formación económica social tribal en Venezuela. Editorial Abre Brecha, Caracas.
- Vargas Arenas, Iraida. 1998. "La profesionalización de la arqueología en Venezuela". En: Historias de la Antropología en Venezuela. Emanuele Amodio (editor), Ediciones de la Dirección de Cultura, Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela.
- Velásquez, Nelly. 1995. Población indígena y economía. Mérida siglos XVI y XVII. Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones, C.D.C.H.T, Mérida.
- Wagner, Erika. 1970. "Arqueología en la región de Mucuchíes en los andes venezolanos". En: Acta Científica Venezolana, Vol. 21, N° 5, Caracas.
- Wagner, Erika. 1980. Prehistoria de Mucuchíes. Universidad Católica Andrés Bello, Instituto de Investigaciones Históricas, Caracas.
- Wagner, Erika. 1988. La prehistoria y etnohistoria del área de Carache en el occidente venezolano. Universidad de Los Andes, Ediciones del Rectorado, Colección Bicentenario, Venezuela.
- Wilbert, Johan. 1961. "Identificación etno-lingüística de las tribus indígenas del occidente de Venezuela". En: Memoria de la Sociedad de Ciencias Naturales La Salle, Vol. XXI (58), Caracas.

## Fuentes documentales

- Visitas por el Juez Poblador Don Bartolomé Gil Naranjo, 1586. En: Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Biblioteca Nacional Tulio Febres Cordero, Mérida.
- Visitas del Capitán Antonio Beltrán de Guevara, 1602. En: Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Biblioteca Nacional Tulio Febres Cordero, Mérida.
- Visitas del Oidor Alonso Vázquez de Cisneros, 1619. En: Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Biblioteca Nacional Tulio Febres Cordero, Mérida.
- Visitas de Oidor Juan Modesto de Meler, 1655. En: Archivo Histórico de la Nación. Visitas de Venezuela. Biblioteca Nacional Tulio Febres Cordero, Mérida.



## GLADYS GORDONES ROJAS

---

Investigadora del Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez desde el año de 1992, donde se desempeña en la actualidad como Coordinadora del Laboratorio de Arqueología y Arqueobotánica. Antropóloga egresada de la UCV en el año de 1991. Magister Scientiae en Etnología de la Universidad de Los Andes en el año de 2002. Doctora en Antropología de la ULA en el año 2015. Desde el 2017 se desempeña como Coordinadora de la Maestría en Etnología de la Universidad de Los Andes. Se ha desempeñado como Docente en el Doctorado en Antropología y Maestría en Etnología de la Universidad de los Andes, Mérida-Venezuela. Investigadora B del Programa de Estímulo a la Investigación e Investigación (PEII) del Observatorio Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación. Clasificada desde el año de 1997 en el Programa de Estímulo al Investigador del CDCHT-ULA. Ha ejecutado investigaciones arqueológicas en la Cordillera Andina de Mérida, Península de la Guajira y en el Orinoco medio. Ponente en diversos congresos nacionales e internacionales. Autora y co-autora de más de 35 artículos de corte antropológico y arqueológico publicados en revistas nacionales e internacionales. Autora y coautora de más de 11 capítulos de libros de corte arqueológico y antropológico publicados en Venezuela y el extranjero. Es co-editora de los libros: “Hacia la antropología del siglo XXI” (1999), “La arqueología Venezolana del nuevo milenio” (2001), “Lecturas antropológicas de Venezuela” (2007), “El Mercado Principal de Mérida a 20 años de su quema” (2007) y co-autora de los libros: “Arqueología de la Cordillera Andina de Mérida: timote, Chibcha y arawako”, mención honorífica del Premio Nacional de Libro del año 2005, “Historia gráfica de la arqueología en Venezuela” (2007), “De la Arqueología en Venezuela y de las colecciones arqueológicas” (2009), galardonada en el concurso de Publicación convocado por el Centro Nacional de Historia y, “El Lago de Maracaibo y su gente. Arqueología e historia de los pueblos originarios” (2019).



**LINO MENESES PACHECO**



---

Investigador del Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez desde el año de 1992, donde se desempeña en la actualidad como Director. Antropólogo egresado de la UCV en el año de 1991. Magister Scientiae en Etnología de la Universidad de Los Andes en el año de 1999. Doctor en Antropología de la ULA en el año 2015. Desde el 2018 se desempeña como Coordinador del Doctorado en Antropología de la Universidad de Los Andes y desde el 2017 es miembro de la Junta Directiva de la Maestría en Etnología de la Universidad de Los Andes. Se ha desempeñado como Docente en el Doctorado en Antropología y Maestría en Etnología de la Universidad de los Andes, Mérida-Venezuela, en el Doctorado en Ciencias Sociales, Colegio de Michoacán, México, Licenciatura en Antropología y Maestría en Antropología, Universidad del Zulia, Maracaibo-Venezuela. Investigador B del Programa de Estímulo a la Investigación e Investigación (PEII) del Observatorio Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación. Clasificado desde el año de 1997 en el Programa de Estímulo al Investigador del CDCHT-ULA. Coordinador del Comité Editorial del Boletín Antropológico, revista arbitrada e indizada editada por el Museo Arqueológico-ULA. Ha ejecutado investigaciones arqueológicas en la Cordillera Andina de Mérida, cuenca del Lago de Maracaibo y los Llanos de Cojedes. Ponente en diversos congresos nacionales e internacionales. Autor y co-autor de más de 34 artículos de corte antropológico y arqueológico publicados en revistas nacionales e internacionales. Autor y coautor de más de 14 capítulos de libros de corte arqueológico y antropológico publicados en Venezuela y el extranjero. Es co-editor de los libros: “Hacia la antropología del siglo XXI” (1999), “La arqueología Venezolana del nuevo milenio” (2001), “Lecturas antropológicas de Venezuela” (2007), “El Mercado Principal de Mérida a 20 años de su quema” (2007) y co-autor de los libros: “Arqueología de la Cordillera Andina de Mérida: timote, Chibcha y arawako”, mención honorífica del Premio Nacional de Libro del año 2005, “Historia gráfica de la arqueología en Venezuela” (2007), “De la Arqueología en Venezuela y de las colecciones arqueológicas” (2009), galardonada en el concurso de Publicación convocado por el Centro Nacional de Historia y, “El Lago de Maracaibo y su gente. Arqueología e historia de los pueblos originarios” (2019).





## Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez

**Dr. Lino Meneses Pacheco**

Director

**Lic. Lissette Sarmiento**

Administradora

**Lic. Lenín Contreras**

Coordinador de Registro e Inventario

**Dra. Gladys Gordones Rojas**

Coordinadora del Laboratorio de Arqueología y Arqueobotánica

**Antrop. Elimar Rojas Bencomo**

Investigadora / Laboratorio de Arqueología

**Br. Ana Rondón**

Asistente de la Biblioteca

**Br. Aidee Quintero**

Sala de Exposición

**Lic. María Eugenia Rondón**

Analista de Control e Información Estudiantil

Maestría en Etnología y Doctorado en Antropología

**Br. Ramón Ibarra**

Asistente de campo

**Br. Yuleidi Chacón Vergara**

Mantenimiento